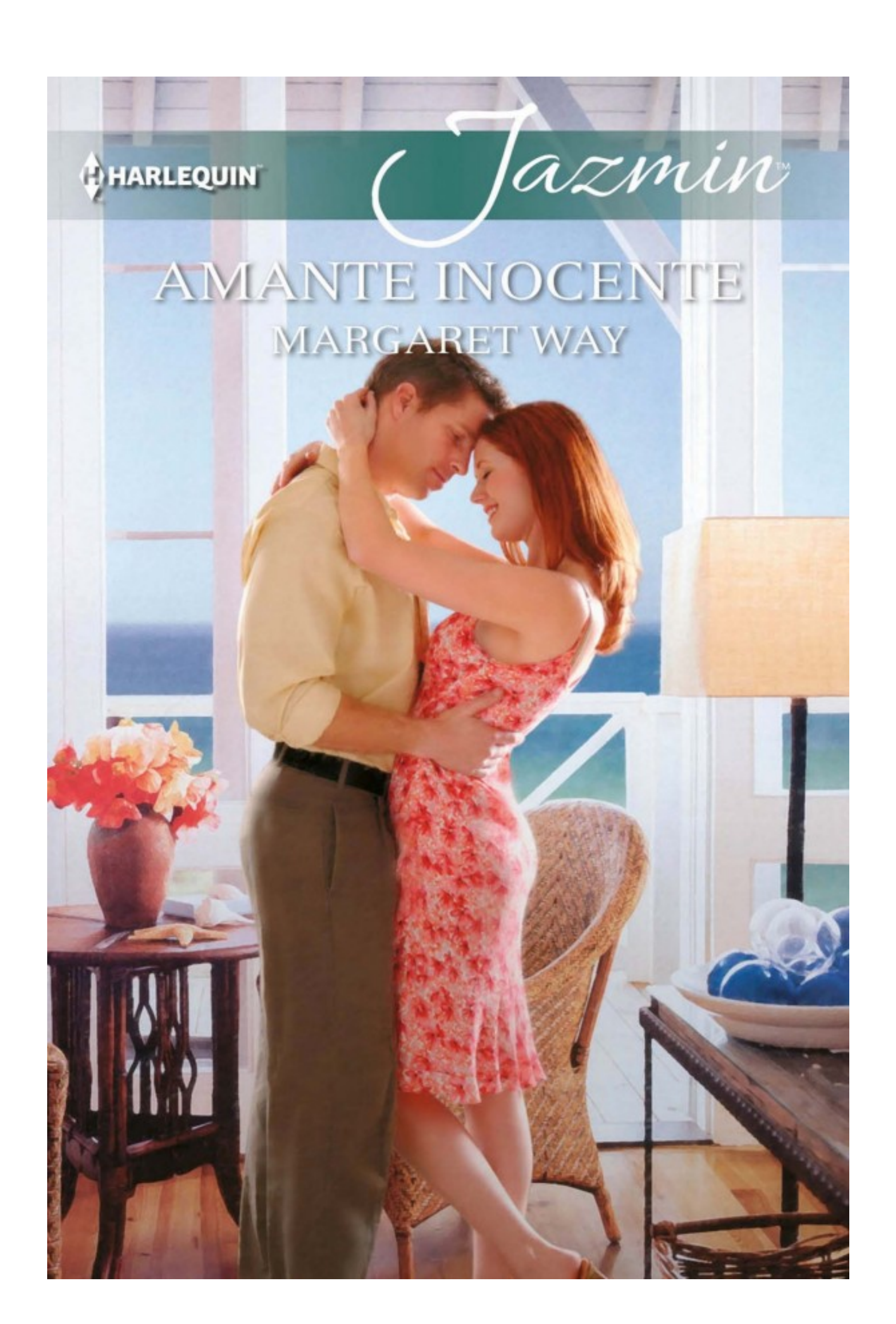

HARLEQUIN
Jazmin
AMANTE INOCENTE
MARGARET WAY



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Amante inocente, n.º 5468 - enero 2017
Título original: Innocent Mistress
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2004

I.S.B.N.: 978-84-687-8791-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11

Capítulo 1

Jude se limpió los labios de carmín y se ajustó la corbata. Poppy Gooding acababa de salir de su despacho, dejando el ambiente cargado de su perfume.

«Ten cuidado», se dijo Jude.

Nunca había conocido a una mujer tan promiscua y caprichosa. Estaba acostumbrada a salirse siempre con la suya. Jude había tenido que detenerla antes de que comenzara a quitarse la ropa frente a su mesa. O de que se la quitara a él. Nunca le había gustado mezclar los negocios con el placer, y especialmente con aquella mujer, que podía hacerle perder su trabajo.

Después de meses tratando de evitarla, había terminado por convertirse en uno más de sus caprichos. Lo habían precedido dos de sus compañeros del bufete.

Actualmente, el elegido era él, lo que provocaba jocosos comentarios por parte de sus colegas. El problema era cómo dejarla sin ofenderla. Poppy era la hija de su jefe, Leonard Gooding, socio fundador del prestigioso despacho de abogados Gooding, Carter y Legge. Trabajar en un despacho como aquél era lo que siempre había deseado. En la universidad, se había graduado el primero de su promoción. Era un formidable atleta y eso había impresionado a Leonard Gooding, que era un gran aficionado a los deportes.

Por suerte, Poppy había pasado los últimos seis meses en el extranjero, gastando una buena parte de la fortuna de su padre. Había sido ella la que, desde el momento en que había puesto sus ojos en él, no había cesado en su empeño de tenerlo.

Jude sabía que tenía éxito con las mujeres. Hubiera tenido que estar ciego para no darse cuenta. Pero no estaba interesado en perder su soltería. Tenía veintiocho años y unos impresionantes ojos azules que eran la atracción de sus compañeras de oficina. Vanessa, la recepcionista, había incluso bromeado ofreciéndose a ser la madre de sus hijos.

La vida en la gran ciudad le había dado la oportunidad de conocer mejor a las mujeres. Todas buscaban un marido, preferiblemente rico. Aquello lo aterraba. Muchos hombres al llegar

a los treinta años empezaban a plantearse el matrimonio, pero Jude no estaba seguro de que acabara casándose.

Para muchas mujeres, la única preocupación del matrimonio se limitaba al día de la boda: el vestido, el velo, las flores, la iglesia, el banquete… Daba la impresión de que habían pasado toda su vida organizando el acontecimiento. Por eso, cuando la pasión y la atracción desaparecían, la pareja acababa separándose.

Las estadísticas confirmaban que muchos matrimonios no funcionaban. Algunos de sus clientes habían estado casados dos y hasta tres veces, pero nunca habían sido felices. Él no quería que su matrimonio, si es que alguna vez llegaba a casarse, terminara en fracaso.

Hacía un mes que había aparecido en la lista de los diez hombres más atractivos de la ciudad y su foto había sido publicada en el periódico. Para Jude, aquello era una tontería que había provocado que fuera objeto de las burlas de sus compañeros.

Había tardado años en conseguir lo que tenía. Desde que había terminado la universidad, su vida había dado un gran cambio. Siempre le había gustado vestir con ropa cómoda: camisetas, vaqueros y zapatillas de deporte. Pero se había visto obligado a cambiar su aspecto para ser aceptado socialmente y aparentar ser lo que era: un joven y brillante abogado. Ahora vestía trajes caros y elegantes camisas y corbatas.

Su cabello rubio era rebelde y ondulado. Bobbi, su secretaria, le había indicado desde el momento en que había empezado a trabajar en el despacho, las tiendas en las que debía comprar y los lugares a los que debía acudir, incluida la peluquería.

Seguía yendo al gimnasio. Al fin y al cabo, seguía siendo un deportista nato e incluso había ganado una maratón celebrada en la ciudad.

No sabía como reaccionaría Leonard Gooding si se enterase de que mantenía una relación con su hija. Era una persona hermética con un rostro frío e inexpresivo. Las oportunidades que se le abrirían al futuro yerno de Leonard Gooding eran ilimitadas. De ser él el elegido, podría convertirse en el socio más joven del despacho y se ocuparía de los clientes más importantes. Tendría que reírles los chistes y dejarse ganar al golf. A pesar de los beneficios que ello le reportaría profesionalmente, no estaba dispuesto a venderse por nada. En aquel momento, lo mejor que le podía pasar era que Poppy se encaprichase de otro hombre.

Jude se acercó al gran ventanal y desde allí contempló la vista de River City. A esa hora de la tarde, los impresionantes edificios de acero y cristal bañados por los últimos rayos de sol, parecían inmensas columnas doradas.

La aversión que sentía hacia el matrimonio era consecuencia de lo que había vivido en su infancia. Su madre había abandonado al mejor hombre del mundo, su padre y, por supuesto, a él también. En aquel entonces, él tenía doce años y era un estudiante brillante.

–Mi niño –solía llamarle su madre.

Lo entristecía pensar en aquello.

Años más tarde, su padre le había contado toda la historia: su madre se había ido con un rico turista americano al que había conocido en el lujoso hotel en el que trabajaba como recepcionista. En aquellos días, su madre era una mujer impresionante: tenía una larga melena rubia, grandes ojos azules y una elegante figura.

Jude había llegado a la conclusión de que su padre había sido demasiado ingenuo. Incluso de niño, él mismo se había percatado de lo mucho que a su madre le gustaba flirtear.

–Sally necesita otro tipo de vida. ¡Es tan guapa! Se merece más de lo que yo puedo darle –solía decir su padre.

Pero, ¿aquello excusaba su infidelidad? Jude pensaba que no. Su padre se tenía por una persona seria y aburrida cuando realmente era un abogado inteligente y trabajador, al que le apasionaba la música. También disfrutaba pescando. Tenía un gran sentido del humor y, a pesar de que Sally lo había abandonado, nunca le había guardado rencor. Todo lo contrario que Jude.

Su padre había querido a su madre hasta el mismo día de su muerte. Sin embargo él, a pesar de ser un hombre práctico y cabal, no había dejado de odiarla por haberles amargado la vida. Además, al poco tiempo de empezar a trabajar en el despacho, su padre había muerto. Recordó la ocasión en que había ido a verlo para celebrar el nuevo trabajo con una suculenta cena. Antes de irse, le había dicho lo orgulloso que estaba de él y lo mucho que deseaba que su vida fuera mejor que la que él había tenido.

–Encuentra una buena chica y cásate con ella. Quiero que me hagas abuelo. Tú eres todo lo que tengo, Jude. Estoy muy orgulloso de ti.

Siempre se había preocupado por dar alegrías a su padre y eso lo había llevado a triunfar en todo cuanto se proponía. Pero inesperadamente, su padre había muerto. Había salido a pescar con

unos amigos cuando se desató una fuerte tormenta que hizo que la barca volcara. Su padre y uno de sus compañeros habían desaparecido bajo las olas y, a pesar de los esfuerzos realizados, sus cuerpos nunca habían sido recuperados. Lo extrañaba mucho.

Bobbi, la secretaria de Jude, golpeó suavemente la puerta de su despacho, interrumpiendo sus pensamientos.

–¿Has logrado deshacerte de ella? –preguntó, y sonrió con complicidad.

Bobbi era una mujer menuda, atractiva y con buen gusto a la hora de vestir. Tenía unos bonitos ojos de color avellana. Era una buena secretaria, eficiente y leal, y desde el primer momento se habían hecho grandes amigos. Estaba a punto de casarse con Bryan, un periodista deportivo con el que Jude también había congeniado a la perfección.

–No estés tan contenta. Ha sido muy difícil. Poppy Gooding está convencida de que sus sentimientos por mí son profundos –dijo regresando a su escritorio.

–Ni que lo digas. Sólo hay que ver la forma en que me ha echado de tu despacho. En el fondo, es igual que su padre.

–Pero, ¿por qué se ha fijado en mí? –preguntó Jude desesperado.

Bobbi lo miró fijamente. Jude Conroy era el sueño de cualquier mujer. Era un hombre muy atractivo, con unos impresionantes ojos azules.

–¿Quieres que haga correr el rumor de que eres gay?

Jude la miró y sonrió divertido.

Su sonrisa era tan perfecta que podía ser el anuncio de un dentífrico, pensó Bobbi.

–No creo que eso detuviera a Poppy. Al contrario, sería un reto para ella. Está convencida de que es capaz de cualquier cosa, incluso de cambiar la forma de ser de un hombre. Creo que lo que necesito son unas buenas vacaciones.

Estaba abriendo la puerta del coche cuando su teléfono móvil sonó. Era Bobbi.

–Escucha, Jude. Acaba de llamar un tal Ralph Rogan. Dice que es amigo tuyo y que necesita hablar contigo cuanto antes. Parecía enfadado. Le he dicho que estabas de camino a una reunión y que no acabarías hasta las cuatro. ¿Tienes bolígrafo para apuntar el teléfono?

–Dímelo, lo memorizaré.

–Eres una calculadora humana.

Siempre se le habían dado bien los números y, desde pequeño, había sido capaz de memorizar toda clase de cifras. Bobbi se lo dijo y enseguida se dio cuenta de que pertenecía a Queensland. Sabía perfectamente de qué Ralph se trataba.

Ralph Rogan era el hijo del hombre más rico de Isis, su ciudad natal. El padre de Jude había sido el abogado y asesor de su padre, Lester Rogan, y sólo había confiado sus asuntos a él.

Jude y Ralph habían ido juntos al colegio, pero nunca habían sido amigos.

Ralph siempre había tenido problemas con su padre, un hombre dominante que trataba a su familia como si de una posesión material se tratara. Había tratado de hacer de su hijo un hombre de provecho, pero éste siempre había estado a la sombra de su padre, un constructor dueño de gran cantidad de propiedades dentro y fuera de la cuidad.

Tenía que haber pasado algo muy importante para que Ralph lo llamara, pensó Jude. Tan pronto como terminara la reunión, lo llamaría.

Unos gritos lo despertaron. Se escuchaban por toda la mansión. En cuanto se dio cuenta de que quien gritaba era su madre, supo que algo no iba bien. A su padre le habían diagnosticado arteriosclerosis. No era de extrañar, después de la vida de excesos que había llevado. A pesar de las advertencias de los médicos, nunca se había cuidado. Y ahora, con un poco de suerte, estaría muerto.

Ralph no sentía ningún afecto por aquel hombre que era su padre. Saltó de la cama y se vistió a toda prisa con unos vaqueros y una camisa. No se molestó en ponerse zapatos y salió corriendo por el pasillo hasta el ala oeste de la casa, donde se encontraban las habitaciones de su padre.

Hacía años que sus padres no compartían dormitorio. Su padre había convertido una parte de la mansión familiar en su vivienda particular. Había hecho sufrir mucho a su madre. La había apartado de su lado y la trataba como a un objeto. El dinero y el poder lo habían convertido en un monstruo.

Entró en el recargado dormitorio de su padre y se encontró a su

madre tirada en el suelo junto a la cama. Estaba llorando amargamente. Al oírlo entrar, se giró y lo miró.

Ralph se quedó mirando el enorme cuerpo de su padre recordando toda una vida de amargura y resentimiento. Tenía la mandíbula desencajada y los ojos abiertos fijos en el techo. Se inclinó y se los cerró, retirando la mano con un movimiento rápido, como si esperara que el cadáver recobrara la vida. No quería tocar a aquel hombre que tan mal lo había tratado. Nunca le había dado muestras de cariño. Todo lo que de él había recibido habían sido humillaciones y comparaciones con aquel Conroy, el chico de oro, al que su padre estimaba tanto.

–Está muerto –dijo Ralph cubriendo con la sábana el rostro de su padre–. Voy a avisar a Atwell. Tendrá que venir a firmar el certificado de defunción –se detuvo contemplando a su madre y añadió–: Pero, ¿por qué lloras, mamá? Siempre te trató mal. Nunca tuvo una palabra amable contigo. Te echó de su cama para tener a otras mujeres.

–Pero yo lo quería –dijo la mujer entre sollozos mientras Ralph la ayudaba a levantarse y la acomodaba en un amplio sillón de cuero–. Hubo un tiempo en el que fuimos felices.

Ralph soltó una sarcástica carcajada.

–De eso hará siglos. Nunca ha habido alegría entre las paredes de esta casa. Trata de tranquilizarte mientras telefoneo a Atwell. ¿Dónde está Mel?

Era alto y demasiado gordo para sus veintiocho años. Tenía la mandíbula prominente y los ojos oscuros y profundos.

–Estoy aquí, Ralph –dijo su hermana desde la puerta con su estridente tono de voz–. No puede estar muerto.

–Sí lo está, hija –dijo Myra Rogan.

Melinda era dos años más joven que su hermano y había heredado las bonitas facciones de su madre. Tenía el cabello castaño y los ojos grises.

–Nunca siguió los consejos del médico. No sé de qué te extrañas –gruñó Ralph.

Melinda sintió un nudo en la garganta. Se acercó a su madre y la rodeó con sus brazos. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Después de todo, era su padre.

–No llores, mamá –dijo Melinda tratando de consolarla–. Nunca te trató con cariño.

–Hubo un tiempo en que me quería –dijo Myra con nostalgia.

–¿Y cuándo fue eso? –preguntó Ralph, mientras descolgaba el teléfono.

Myra se quedó pensativa.

–Antes de que nacierais.

–Ten, mamá –dijo Melinda entregándole un pañuelo a su madre, mientras Ralph hablaba por teléfono.

Las lágrimas rodaban por la cara de Myra hasta caer sobre el camisón que llevaba puesto. Había sido una mujer muy guapa, pero desde que su esposo la había apartado de su lado, se había abandonado.

–Atwell llegará en veinte minutos. Deja ya de lloriquear y vístete. Ese hombre –dijo señalando la cama– nos ha hecho un gran favor muriéndose. Por fin ha salido de nuestras vidas.

–Estás deseando poner tus manos sobre la herencia –dijo Melinda desafiante–. Ahora eres el cabeza de familia. Apuesto lo que quieras a que acabarás siendo como él.

Horas más tarde, Ralph Rogan telefoneó a Jude Conroy. Nunca se habían llevado bien, ni siquiera de niños. De hecho, Ralph no había podido olvidar aquella vez en el colegio cuando Conroy lo había puesto en ridículo. Se había reído de un chico nuevo, menudo como una niña, que había sido admitido en la escuela gracias a una beca. Se habían peleado y él había acabado en el suelo, con la nariz llena de sangre y un diente roto. Él, que estaba acostumbrado a pegar a otros chicos, en aquella ocasión había resultado vencido. En aquel momento, se juró que Jude se lo pagaría costara lo que costara. Incluso su propia madre se había puesto del lado de Jude y le había dicho que se lo tenía merecido.

Matthew Conroy, el padre de Jude, había sido el abogado de su padre y había conocido todos sus secretos. Pero ya había muerto y se los había llevado con él a la tumba. Ahora Ralph necesitaba un abogado y, aunque hacía tiempo que no tenía contacto con Jude, sabía que era a él a quien debía llamar. Matthew Conroy había redactado el testamento de su padre y había quedado establecido que, en el caso de que éste falleciese antes que Lester Rogan, Jude sería el albacea.

Un rato después de comenzar el funeral por Lester Rogan, una

joven entró en la iglesia. Tras arrodillarse durante unos minutos, se sentó en el último banco. Llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo de seda azul y un sencillo vestido del mismo color. Muy pocas personas se percataron de su presencia.

La familia se sentó en el primer banco de la iglesia y Myra Rogan no paró de llorar desconsoladamente desde el principio de la ceremonia. Muchos de los presentes pensaron que eran lágrimas de alegría. Por fin había desaparecido Lester de sus vidas y por fin podrían disfrutar, especialmente con la inmensa fortuna que heredarían.

Myra Rogan se veía muy desmejorada. Poco quedaba ya de aquella mujer que había sido tan atractiva. Llevaba un traje negro que le quedaba grande y una pamela gris que resaltaba la palidez de su rostro sin maquillaje.

Jude, que había llegado diez minutos antes de la ceremonia, se sentó unas filas más atrás. Aquel funeral era muy diferente al de su padre, pensó, en el que la iglesia había estado abarrotada. Ahora, apenas estaban ocupados la mitad de los bancos.

En el de su padre, la gente había llorado de emoción recordando las innumerables muestras de generosidad de Matthew Conroy. Había pasado la vida sirviendo a sus vecinos. Todos habían estado de acuerdo en que había sido un padre fantástico y que Jude era buena prueba de ello.

Se giró y miró a la mujer misteriosa del fondo de la iglesia. Parecía querer pasar desapercibida. Sólo destacaba la palidez de su blanca piel. De repente, ella se percató de que la estaba observando y bajó la cabeza, escondiendo su rostro.

Cuando terminó el funeral, Jude comprobó que la mujer ya se había ido. No había logrado reconocerla. Conocía a casi todas las personas de la ciudad, por lo que tenía que ser de fuera o haberse mudado recientemente. Estaba sorprendido de que aquella mujer hubiera despertado su curiosidad.

Jude condujo lentamente y disfrutó el recorrido por su ciudad hasta el cementerio. Una extraña sensación lo invadía cada vez que regresaba a Isis. Era un lugar tranquilo en el que no había tráfico ni hora punta. Se podía ir de un sitio a otro sin prisas. Se había criado en un lugar estupendo, pensó. El clima tropical, la luz del sol, la arena, el mar, los arrecifes de coral…

Llegó al cementerio y comprobó que sólo algunos de los asistentes al funeral habían acudido al cementerio. Estaban situados

alrededor de la tumba, junto a la familia del difunto.

El entierro fue breve. La viuda estaba deshecha. Los asistentes se colocaron en fila para presentar sus respetos a la familia. Jude se acercó y a lo lejos distinguió a la mujer que había llamado su atención en la iglesia.

¿Quién era aquella mujer? Estaba apartada de los demás, oculta bajo la sombra de los árboles. Tenía que haber algún motivo para que se mantuviera alejada de todos, pensó Jude. Era alta y esbelta. El vestido que llevaba resaltaba su figura y ni uno sólo de sus cabellos asomaba bajo el pañuelo.

Cuando le llegó el turno, Jude dio el pésame a Myra y ésta le agradeció su presencia y lo besó. Sintió lástima por ella. Después, reconfortó a Mel con un sincero abrazo.

–Me alegro de verte –susurró, recordando los tiempos que habían compartido en la niñez. Su hermano, Ralph, había sido muy cruel con ella y Jude siempre había estado a su lado para consolarla.

–Si necesitáis algo, podéis contar conmigo –dijo con su seductora voz–. Ha sido un golpe duro. Aunque tu padre estuviera enfermo, ha sido una muerte inesperada.

–Nunca se cuidó. Por el modo en que se comportaba, parecía estar deseando morir –se lamentó Mel–. Ya sabes que era una persona difícil y que nunca fue un buen padre.

–Ya lo sé, Mel.

–Tu padre era un hombre diferente, un ser excepcional. Sé lo mucho que te costó superar la marcha de tu madre. Fuiste muy valiente y siempre contaste con el apoyo de tu padre. Era un hombre encantador –dijo Mel, y se secó los ojos con un pañuelo bordado–. En cambio, mi padre siempre nos trató como si fuéramos estúpidos.

–Pero tú sabes que no lo eres, Mel –dijo Jude tratando de consolarla–. Tu padre siempre intentó hacernos sentir inferiores.

–Pues lo logró –afirmó ella, y bajó la mirada–. La muerte siempre llega por sorpresa, aunque sea esperada. Todavía no me creo que haya muerto –volvió a mirarlo a los ojos y añadió–. ¿Vendrás a casa?

–Desde luego. Soy el albacea del testamento de tu padre. Lo sabes, ¿no?

–Sí, nos lo dijo Ralph. Me alegro de que seas tú y no un extraño. Ya sabes que echamos mucho de menos a tu padre. Era un hombre

muy bueno. Como tú.

Jude sonrió.

–No soy tan bueno, Mel. Tengo mis defectos, como todo el mundo. Abriremos el testamento cuando tu madre se encuentre con fuerzas.

Ralph estaba al lado. Seguramente lo había oído todo, pensó Jude.

–Gracias por venir –dijo secamente. Por la expresión de su rostro era evidente que no sentía la gratitud que sus palabras expresaban. Seguía siendo el chico resentido y celoso que había conocido en el colegio–. Ven a casa. Con un poco de suerte, todo el mundo se irá pronto. Quiero que abras el testamento inmediatamente.

Jude miró a Myra.

–Tu madre está muy afectada. ¿Crees que será un buen momento para hacerlo?

–Para mí lo es –contestó Ralph secamente, y se dio media vuelta.

Capítulo 2

Jude esperó a que el resto de los asistentes al entierro se fueran para dirigirse a su coche. Ralph había demostrado una vez más la falta de tacto que lo caracterizaba. Quería leer el testamento de su padre enseguida.

Jude había decidido seguir el consejo de Bobbi y se había tomado unos días de vacaciones. Leonard Gooding no había puesto ningún reparo en ello, ya que acababa de ganar un importante caso que no sólo había reportado al despacho gran publicidad, sino también un gran beneficio económico.

La carretera de salida del cementerio era ancha y estaba flanqueada por grandes arbustos, lo que proporcionaba un toque de vida a un lugar tan triste. Desvió su atención de la carretera para mirar la hora en su reloj y justo en ese momento apareció una mujer en medio de su camino. Jude pisó a fondo el freno, haciendo chirriar las ruedas, y ella se echó rápidamente a un lado.

–¡Maldita sea! –exclamó Jude, y salió del coche al ver cómo la mujer caía sobre la hierba. Probablemente había tropezado con alguna de las raíces de los arbustos. Preocupado, se acercó con rapidez hasta ella.

–¿Está bien? –preguntó mientras la ayudaba a levantarse–. Lo siento. Creí que ya no quedaba nadie más por aquí.

–No se preocupe, es culpa mía –dijo ella con calma, y tomó su mano para ponerse en pie–. No debería haber ido caminando por la carretera. Tenía que haber seguido el camino peatonal.

–¿Seguro que está bien? ¿No se ha hecho daño en algún pie? –preguntó Jude, y miró con detenimiento sus bonitas piernas. Llevaba una falda corta, sin medias, y tenía la piel ligeramente bronceada. No se veía ninguna herida ni magulladura.

–Estoy bien –dijo ella después de unos segundos.

–Me alegro. Soy Jude Conroy –dijo alargando la mano hacia ella.

–Cate Costello –dijo ella estrechando su mano.

Tenía una mirada firme y segura, no como las que le solían dirigir otras mujeres. Sus ojos eran grandes y de un intenso color verde.

Se quedó mirándola fijamente atraído por su belleza. De cerca era más bonita de lo que le había parecido cuando la vio de lejos. Sus ojos tenían un brillo especial que daba un toque de distinción a sus suaves facciones. Enseguida se dio cuenta de que tenía un fuerte magnetismo que iba más allá de su atractivo físico. Su piel era blanca y lustrosa, tal y como había apreciado nada más verla en la iglesia. Sus enormes ojos verdes tenían forma de almendra y llamaban poderosamente la atención. Tenía el labio superior fino en comparación con el labio inferior, que era grueso y carnoso. Su rostro era un óvalo perfecto.

Además de por su belleza física, Jude se sentía atraído por la inteligencia que transmitía su mirada.

De pronto se percató de que se había quedado absorto mirándola, pero a ella pareció no importarle. Debía de tener unos veintidós o veintitrés años, aunque se comportaba como si fuera una mujer más madura. Su voz iba en consonancia con su aspecto: era suave y bien modulada.

Sentía curiosidad por saber el color de su cabello y deseó quitarle él mismo el pañuelo con el que lo cubría. Se sentía hechizado por el atractivo de aquella mujer.

–Es nueva en la ciudad, ¿verdad?

–Llevo viviendo aquí seis o siete meses –contestó ella–. He oído hablar mucho de usted.

–Espero que bien.

–Todo el que llega a la ciudad, oye hablar de usted y de su padre. Era muy querido y admirado.

–Y usted, ¿quién es? –dijo Jude. Sin pretenderlo, su pregunta adquirió el mismo tono frío que empleaba cuando estaba trabajando. Habían saltado chispas entre ellos, pero no sabía si para bien o para mal.

–Ya se lo he dicho. Soy Cate Costello –contestó.

Por la expresión con que lo miraba, era evidente que estaba decidiendo si seguir hablando con él o dar por concluida la conversación.

–¿Es amiga de la familia Rogan?

Ella dio unos pasos y se cobijó bajo la sombra de unos árboles cercanos.

–¿Es esto un interrogatorio?

–Creo que no he hecho ninguna pregunta fuera de lo normal.

–No es la pregunta, sino el tono que ha empleado al hacerla. Al

oírlo, nadie dudaría que es usted abogado.
–¿No le gustan los abogados?
–Nunca he necesitado uno, pero creo que son necesarios.
–Yo también lo creo –dijo Jude tratando de ser amable–. ¿A qué se dedica?
Era evidente que había cambiado su actitud, pensó Cate, y que trataba de embaucarla. Sintió un pequeño escalofrío en la espalda.
–¿Tanto le importa? –preguntó ella–. Probablemente no volvamos a vernos.
Jude sonrió y en su interior sintió unos irresistibles deseos de conocerla en profundidad.
–No puedo evitar sentir curiosidad.
–Si es así, se lo diré: tengo una pequeña galería cerca de la playa. Se llama La Cueva de Cristal. Compro y vendo piedras semipreciosas.
Jude la miró sorprendido.
–¿De dónde le viene ese interés por las piedras?
–Conocí a algunas personas que coleccionaban fósiles y me enseñaron a apreciar los tesoros que nos brinda la naturaleza. Sencillamente, me transmitieron su pasión por las piedras. Al fin y al cabo, el hombre las ha usado desde el principio de los tiempos.
Cate bajó la mirada para evitar sus intensos ojos azules que tanto la estaban turbando. Era evidente que aquel hombre tenía interés en algo más que en las piedras semipreciosas.
–¿Y dónde puedo encontrar La Cueva de Cristal? –preguntó Jude–. Voy a pasar por aquí mi mes de vacaciones.
–¿El mes completo?
–Sí, ¿por qué no? Nací en esta ciudad y probablemente muera en ella –dijo él quitándose la chaqueta–. Quizá debería irme, la estoy entreteniendo.
–No, en absoluto –contestó Cate, y sus mejillas se sonrojaron–. Soy yo la que tiene que irse.
–¿Andando? –preguntó Jude sorprendido–. ¿Dónde tiene el coche?
–Aquí a la vuelta.
–Permítame que la lleve. ¿Va a venir a casa del fallecido a acompañar a la familia?
–No, no me conocen, señor Conroy.
–Llámame Jude –dijo él sonriendo–. Y que no te quepa ninguna duda de que daré con tu galería.

–Te será fácil. Antes era la galería de arte de Tony Mandel. ¿Conoces a Tony?

–Por supuesto que conozco a Tony. Iba mucho por mi casa. Mi padre le compró algunos cuadros antes de que se hiciese famoso. ¿Sabes que es de él?

–Sí, hablamos de vez en cuando. Ahora vive en Londres. Su última exposición fue un éxito.

–Así que mantenéis el contacto.

–Sí, es amigo de mi familia –dijo ella, y sonrió dando por concluido el tema–. No necesito que me lleves hasta mi coche. Está aquí cerca.

–Insisto. No me gustaría que te secuestraran –dijo Jude bromeando sin retirar la mirada del rostro de Cate.

–¿Por qué me miras así? –preguntó ella, y frunció ligeramente el ceño.

–Discúlpame, pero no dejo de preguntarme quién eres y por qué has asistido al funeral de Lester Rogan si no conoces a la familia.

Ella levantó la barbilla y lo miró. Sintió un nudo en el estómago. Era alto y atlético, lo que le daba un porte majestuoso.

–¿Tanto te interesa?

Jude se encogió de hombros.

Cate se quedó mirándolo fijamente en espera de una respuesta. Había oído que era un hombre muy guapo. Sin embargo, él no parecía consciente de su atractivo. Estaba sorprendida por la fuerte atracción que sentía hacia él. Tenía una bonita y amplia sonrisa, que dejaba ver unos dientes perfectos.

–¿De qué color es tu pelo? –dijo Jude al cabo de unos segundos, y la pregunta pilló por sorpresa a Cate–. Estoy intrigado por saber por qué lo llevas escondido.

–Quiero pasar desapercibida. Pero si tanto interés tienes en verlo… –respondió, y se llevó la mano a la cabeza para quitarse el pañuelo.

Cate sacudió la cabeza haciendo que su melena se agitara y cayera sobre sus hombros. A la luz del sol, sus cabellos reflejaron una inmensa gama de colores: dorado, ámbar, rosa e incluso naranja. Su larga melena era de un intenso color cobrizo que contrastaba con la blancura de su piel.

–Ahora entiendo por qué querías pasar desapercibida.

Ella lo miró a los ojos y sujetó un mechón de pelo detrás de su oreja.

–Gracias por el ofrecimiento, pero no necesito que me lleves hasta mi coche.

–No tiene sentido que camines con el calor que hace. Venga, deja que te lleve.

–Está bien –dijo Cate después de unos segundos.

–Este sol es muy fuerte y puede quemarte la piel con facilidad –dijo Jude una vez en el coche, tratando de encontrar algún tema de conversación.

–Es cierto, pero me aseguro de usar una buena crema de protección solar y de usar sombreros, aunque los que tengo son demasiado informales para llevarlos durante un funeral.

–Me gustaría verte con alguno. Seguro que te sientan muy bien.

Jude se la imaginó con un sombrero de paja con grandes flores de color rosa. Era el tipo de sombreros que su madre solía usar para protegerse del sol. Recordó con nostalgia los años en que sus padres eran felices y cuidaban juntos del jardín de la casa familiar, que estaba lleno de rosales. Su gusto por las rosas se había mantenido con los años, e incluso tenía por costumbre enviar ramos de rosas a las mujeres con las que salía.

Ya se había bajado Cate del coche, cuando Jude se dio cuenta de que al final no le había dicho por qué había asistido al funeral de Lester Rogan.

Diez minutos más tarde llegó a la mansión de los Rogan, un reflejo de la riqueza del fallecido Lester Rogan. La casa era inmensa. Era impresionante por su tamaño, aunque desde el punto de vista arquitectónico no tenía ningún valor. Estaba rodeada por un enorme jardín tropical de dos hectáreas.

La entrada estaba controlada electrónicamente y el camino de acceso hasta la casa estaba bordeado por altas palmeras. Entre los árboles se adivinaba la piscina y, al fondo, el ala de los invitados. Lo más sorprendente era que estaba al borde del mar.

Había muchos coches aparcados alrededor de la casa. Jude detuvo el suyo. No había podido dejar de pensar en su encuentro con Cate Costello. ¿Por qué habría ido al funeral de Rogan si no conocía a la familia? A lo mejor no conocía a Myra, Ralph y Melinda, pero sí a Lester. Quizá Lester fuera el propietario de la galería y se la había alquilado a Cate. Al fin y al cabo, aquel local era una buena inversión y Lester podía haberlo comprado pensando

en que se revalorizaría en un futuro. Pero si era así, ¿por qué no se lo había dicho? ¿Por qué tanto misterio? Tenía que haber algún motivo por el que se había estado escondiendo bajo los árboles durante el entierro y él estaba dispuesto a averiguarlo.

Una hora más tarde, Ralph había conseguido echar a todos los asistentes de mala manera.

–Éste es un buen momento para leer el testamento –dijo, y mirando a Jude, añadió–: ¿Lo tienes?

–Sí, claro. He dejado mi maletín en la entrada.

–Yo te lo traeré, Jude –se ofreció Melinda, que estaba junto al arco que comunicaba la entrada de la casa con el salón principal.

–¿Seguro que está preparada, señora Rogan? –preguntó Jude, preocupado por el mal aspecto de Myra–. Podemos hacerlo mañana o en cualquier otro momento.

Ralph le lanzó una mirada desafiante. Era un hombre joven en perpetuo estado de enojo.

–Está preparada, Jude. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Estamos listos para conocer su contenido.

–Estaba hablando con tu madre, Ralph, no contigo –dijo Jude, y miró a Myra.

–Díselo tú, mamá.

–No, Ralph, no –dijo Myra con voz temblorosa.

Ralph se quedó parado observando a su madre con desprecio.

–Mira, esto nos llevará poco tiempo. Luego te puedes meter en la cama o hacer lo que te venga en gana.

–Será mejor que se acueste ahora mismo –dijo Jude, tratando de ser amable–. Acaba de pasar por un triste trance.

–Venga, acabemos con esto, Jude –intervino Melinda, que regresaba con el maletín. Al igual que su hermano, parecía deseosa de conocer el contenido del testamento–. Yo me ocuparé de mamá. Es más fuerte de lo que parece.

–Está bien, Jude. Cuanto antes, mejor –dijo Myra, cambiando de opinión.

–De acuerdo –admitió Jude. En contra de lo que pensaba, decidió acceder a sus deseos–. Mel, ayuda a tu madre a sentarse en un sillón más cómodo.

Myra estaba sentada en una vieja silla que parecía más un objeto de decoración que un lugar cómodo donde sentarse.

Melinda rodeó con un brazo a su madre y la ayudó a cambiar de asiento. Myra se movía con lentitud, y Jude sospechó que el doctor Atwell le habría dado algún tranquilizante.

–Haz el favor de sentarte de una maldita vez –dijo Ralph desesperado, con la misma falta de delicadeza que su difunto padre.

–Eres muy cruel –dijo Melinda.

–Como papá –repuso Ralph mirando con altivez a su hermana–. Venga don Perfecto, lee el testamento.

Jude lo miró desafiante.

–Gracias Ralph, pero te recuerdo que mi nombre es Jude y te pido que te comportes. Soy el abogado de tu difunto padre y no tu lacayo.

Jude no estaba dispuesto a que le faltaran al respeto por mucho dinero que tuvieran los Rogan.

–Tranquilízate. Entenderás que esté ansioso por conocer cómo ha repartido su herencia entre nosotros tres.

–Por supuesto.

Jude se sentó en una silla junto a una gran mesa de estilo oriental. Abrió su maletín y sacó los documentos. Los ojos de todos los presentes estaban puestos en él.

–Espera un momento –lo interrumpió Ralph–. Voy a servirme una copa. ¿Alguien más quiere una?

–¿No has bebido ya suficiente, Ralph? –preguntó Myra.

–¿Llevas la cuenta de lo que he bebido, mamá? –dijo, y se sirvió un vaso de whisky del bar–. ¿Quieres algo, Jude?

–No, gracias –respondió con fastidio. Quería acabar con aquello cuanto antes.

Ralph se colocó al otro lado de la gran mesa.

Jude les mostró el testamento de Lester Rogan con el sello lacrado intacto y a continuación tomó el sobre y lo abrió.

–Éstas son mis últimas voluntades –comenzó a leer, pero el llanto de Myra lo interrumpió.

Jude se preguntó si aquel llanto no sería fingido. Después de cómo se había comportado su marido con ella, era imposible que lo amara. Mel tomó la mano de su madre y la apretó. Aquel gesto más que de consuelo, parecía un modo sutil de hacer que se callara.

–¿Sería mucho pedirte que te contuvieras, mamá? –dijo Ralph con absoluto desprecio hacia su madre–. Continúa, Jude.

–Este testamento ha de ser cumplido *in terrorem* –anunció, y levantó la vista para ver sus reacciones.

–¿Qué demonios significa eso? –dijo Ralph, haciendo girar los cubitos de hielo de su vaso.

Jude no respondió, pero se quedó pensando que aquel testamento iba a ser una sorpresa para todos. Conociendo a Lester Rogan, no sería de extrañar que no recibieran nada en herencia. Sería un golpe duro de encajar para Ralph, que tenía asumido que heredaría el imperio inmobiliario de su padre.

–Por favor, dejad que termine de leer el testamento –pidió Jude–. Os explicaré los términos jurídicos en cuanto acabe.

–De acuerdo –murmuró Ralph entre dientes.

–Empecemos con las disposiciones. A mi esposa, Myra, le lego en propiedad la casa familiar incluyendo las dos hectáreas de terreno que la rodean y todo su contenido. Además, recibirá la cantidad de diez millones de dólares para que viva cómodamente el resto de sus días. En el supuesto de que volviera a casarse, la casa pasaría a mi hijo.

Ralph sintió un vuelco en el corazón. Su madre merecía recibir mucho más que aquello. Su padre debía de tener unos cien millones de dólares. Todo el mundo sabía que tenía mucho dinero. ¿No merecía Myra un porcentaje de su fortuna? Ralph no lo sabía con certeza, pero creía que así era. De lo que no tenía ninguna duda era de que su madre no protestaría. Mejor para él.

–A mi hija Melinda –continuó leyendo Jude–, le lego una renta anual de setenta y cinco mil dólares que se le abonarán a través de la fundación que he creado para ello, hasta que se case. El día de su boda, recibirá un pago final de cinco millones de dólares.

No dejaba nada más para su hija. Ningún tipo de bien o propiedad en su recuerdo.

–¡Qué bastardo! –dijo Ralph, y dejó escapar una carcajada. Aquello sólo podía significar una cosa, pensó: él salía ganando. Después de todos aquellos años de humillaciones, por fin había llegado el momento de recibir su recompensa. Sería rico y poderoso.

–A mi hijo Ralph le legó mi colección de trofeos y coches, mi yate Sea Eagle y cinco millones de dólares con la confianza de que podrá hacer algo por sí mismo en el futuro –leyó Jude, y levantó la mirada. Se respiraba la tensión que había en el ambiente.

–¡Sigue! –ordenó Ralph poniéndose en pie–. Tiene que haber más. ¡Yo soy su heredero!

–Claro que hay más, querido –dijo Myra tratando de tranquilizarlo.

–Por supuesto que tiene que haber más –intervino Melinda–. Por favor Ralph, siéntate y deja que continúe.

Jude sintió una pequeña presión en el pecho. No quería leer en voz alta lo que venía a continuación, pero no le quedó más remedio.

–A Jude Kelsey Conroy, hijo del único hombre honesto en el que siempre he confiado, Matthew John Conroy, y en reconocimiento por la devoción hacia su padre y por méritos propios, lego la cantidad de cien mil dólares. El resto de mis propiedades inmobiliarias, tierras y casas, las lego a Catherine Elizabeth Costello, soltera, de…

Ralph dejó escapar un fuerte rugido.

–¿Quieres que siga leyendo? –preguntó Jude con voz calmada–. Os aseguro que no sabía nada de mi legado.

–¡Maldita sea! ¡No quiero seguir escuchando nada más! –gritó furioso, y lanzó el vaso que tenía en la mano contra la pared, rompiéndolo en mil pedazos.

–¡El viejo se volvió loco! Catherine Elizabeth Costello. Pero, ¿quién es esa mujer? ¿Alguna prostituta con la que se acostaba? No puedo creer esto.

Jude trataba de contener la sorpresa que sentía. Ahora se daba cuenta de que Cate Costello no traería más que problemas.

–¿Alguno de vosotros la conoce?

Myra negó con la cabeza. Al menos, parecía haberse espabilado ante los acontecimientos.

–Yo la conozco –admitió Melinda–. Tiene una galería cerca de la playa, La Cueva de Cristal.

–¿Y a nosotros que nos importa? –dijo Ralph. Se inclinó para tomar el testamento entre sus manos, con la clara intención de hacerlo añicos, pero Jude lo retiró a tiempo–. ¿Sabías algo de esto?

Jude negó con la cabeza. No podía culpar a Ralph por estar furioso. ¿Quién era Catherine Elizabeth Costello y qué relación tenía con Lester Rogan?

–Tú mismo has visto como abría el sobre lacrado. Créeme, yo estoy tan sorprendido como tú.

Decidió no confesar que ya había conocido a la misteriosa mujer. Quería protegerla y no estaba dispuesto a discutir con Ralph.

–Es joven –dijo Melinda–. Más joven que yo. Y muy guapa. Tiene un pelo maravilloso, de un color muy peculiar, entre dorado y rojizo. La he visto varias veces en el centro, pero nunca me la han presentado.

–Ahora caigo. Ya sé de quién se trata –dijo Ralph, y se cruzó de brazos–. Es la chica que ahora está en la galería de Mandel. He oído a los muchachos hablar de ella y de lo atractiva que es. Pero no sé qué tiene que ver una mujer joven y guapa con un viejo feo y gordo como papá.

–Papá no era ningún viejo –dijo Myra con determinación–. Ni siquiera tenía sesenta años. Hoy en día una persona de sesenta años es joven. Además, tu padre fue un joven muy guapo. Por favor, Jude –añadió, y se giró hacia el abogado–. Tienes que asesorarnos. Esto nos ha tomado a todos por sorpresa. Si no lo he entendido mal, Lester ha dejado la mayor parte de su fortuna a una joven que no conocemos, ¿no es así?

–Así es, señora Rogan. Personalmente, creía que su fortuna iría a parar a su familia. No tengo ni idea de por qué su marido lo ha hecho, pero le prometo que lo averiguaré.

–¡Por supuesto que lo harás! –gritó Ralph enfurecido. Respiraba con dificultad. La expresión de su rostro era devastadora; era evidente que sus sueños e ilusiones se habían desmoronado–. Mi padre siempre fue una persona muy cruel. Incluso muerto nos sigue castigando. Pero esta vez no dejaré que se salga con la suya. Ese dinero es mío.

–Nuestro –lo corrigió Melinda.

–Pero, ¿qué demonios tenéis que ver vosotras en esto? –dijo Ralph mirando a su hermana mientras se ponía de pie para servirse otra copa–. Ni mamá ni tú sabéis nada de negocios. Siempre habéis tenido todo lo que habéis querido. Tú ni siquiera te has molestado en trabajar. Dime, ¿cuántas mujeres de tu edad conoces que no hayan tenido nunca un trabajo?

–Déjalo ya, Ralph –dijo Myra en tono autoritario–. Siempre necesité tener a Mel en casa.

–¿Para qué? ¿Para ver cómo crecían las plantas? –dijo Ralph, y dio un puñetazo en la mesa–. Tú que eres el abogado, ¿qué nos aconsejas?

–El testamento sólo sería nulo si tu padre hubiera tenido las facultades mentales perturbadas cuando lo redactó –contesto Jude tranquilamente–. Pero no creo que encontráramos a nadie que pudiera decirnos que realmente era así. Por ley, tu madre tiene algunos derechos sobre la casa y algunas otras propiedades. Pero Mel y tú, no. Tu padre tenía plena libertad para hacer lo que quisiera. *In terrorem* significa básicamente que si alguno de vosotros

impugnáis el testamento, no recibiréis nada.

Ralph dio rienda suelta a su ira y volvió a dar un puñetazo sobre la mesa.

–¿Y qué pasa si el viejo estaba loco? Quizá esa joven lo tuviera comiendo de su mano. ¿Y si lo había persuadido para modificar el testamento a su favor? Me gustaría saber de dónde ha salido esa mujer.

«Ya somos dos», pensó Jude.

–Podrías impugnar el testamento sobre esa hipótesis –dijo Jude mirando a Ralph. En el fondo, sentía lástima por él–. Podrías alegar que actuaba bajo coacción. Pero es mi obligación como abogado advertirte que un proceso legal podría hacer peligrar tu herencia. Además, tu madre tendría prioridad para reclamar su parte. Lo más aconsejable es que ella iniciara la acción judicial. Aunque podría perderse y eso sería terrible. Lo que voy a hacer es ir a ver a esa mujer y recabar información.

–Incluso tu padre nos ha traicionado –dijo Ralph con beligerancia.

Jude sintió cómo se le tensaban los músculos de todo el cuerpo.

–Deja en paz a mi padre. No estoy dispuesto a dejar que lo pongas en entredicho. Mi padre se limitó a recoger los deseos de tu padre en un documento.

–Ten un poco de dignidad, Ralph –dijo Melinda–. Sabes el respeto y la admiración que papá sentía por el señor Conroy y por Jude. Papá siempre fue un hombre muy listo.

–Él sí, pero tú no –dijo Ralph, y se giró hacia Jude–. Seguro que tu padre ya te lo había contado todo.

–Mi padre nunca me dijo nada. Era un buen profesional y respetaba la confidencialidad con sus clientes. Siento de verdad que el testamento no fuera lo que tú esperabas. Ahora y como albacea del testamento, tengo que hacer una visita a la señorita Costello.

Jude se puso de pie y guardó los documentos en su maletín.

–Pero asegúrate de mantenernos informados.

–No soy tu abogado, Ralph –reseñó Jude–. Simplemente soy el albacea del testamento de tu padre –añadió, y se giró hacia Myra–. Como amigo de la familia, señora Rogan, si hay algo que pueda hacer por usted, no dude en pedírmelo.

Myra se levantó y estrechó su mano.

–Muchas gracias, Jude. Necesitaremos tu ayuda. Ahora, tengo que asimilar todo lo que ha pasado. Ha sido muy inesperado.

–Te acompaño hasta la puerta –dijo Melinda tomándolo del brazo–. No sabes cuánto me alegro de que estés aquí con nosotros. Confío en que pronto sepamos qué tiene que ver esa Catherine Costello con papá.

Jude se sintió incómodo. Cabía la posibilidad de que Cate Costello hubiera sido amante del rico y poderoso Lester Rogan, a pesar de la diferencia de edad. Esas cosas pasaban. Pero ¿cómo había podido una mujer joven y distinguida relacionarse con un ser tan desagradable? La vida daba muchas vueltas y era muy complicada. Él mismo se preguntó cuándo su vida dejaría de ser tan enrevesada.

Capítulo 3

Jude decidió olvidarse de aquel asunto por el resto del día. Necesitaba tiempo para pensar.

Tomó la estrecha carretera de la playa, la ruta más rápida para llegar a su casa en Spirit Cove, que estaba a casi cinco kilómetros de la mansión de los Rogan. A un lado tenía el inmenso océano y, al otro, las extensas plantaciones tropicales de caña de azúcar, plátano, mango, piña, aguacate y otras frutas que Jude no conocía.

Bajó la ventanilla del coche para disfrutar de la brisa marina. El olor a sal se mezclaba con el aroma de las frutas tropicales.

Iba absorto en sus pensamientos. No podía creer que aquella mujer misteriosa fuera amante de Lester Rogan. ¿Sería posible que hubiera algún vínculo familiar entre ella y Rogan? ¿Podría ser una hija ilegítima? Físicamente, no se parecía a él en absoluto.

Pensó en aquellos bonitos ojos verdes, enmarcados por largas pestañas y cejas perfectamente perfiladas, y en su bonita melena brillante como el cobre. Había muchas cosas de Cate Costello que tenía que averiguar. De momento, todo lo que sabía de ella era que escondía un secreto.

Jude suspiró. Lester Rogan no podía ser el padre de aquella mujer. ¿Sabría algo de aquello su padre? Él era una de las pocas personas en las que Lester Rogan había confiado.

Pensó otras cuantas teorías, pero ninguna de ellas llegó a convencerlo. Estaba preocupado por una completa desconocida. No sabía por qué sentía ese repentino interés por aquella mujer.

Unos minutos más tarde llegó a su casa. Un viejo amigo y compañero de pesca de su padre que vivía cerca, Jimmy Dawson, se encargaba de su mantenimiento. Abrió la puerta de la valla y se quedó contemplando la bonita casa de color blanco que había sido de su padre. Aquel había sido su hogar hasta que se había ido a trabajar como abogado a la capital del estado. Tenía dos plantas y un amplio porche alrededor, al que se accedía subiendo unos escalones.

Enormes palmeras crecían en el extenso jardín sobre la hierba, que Jimmy cortaba regularmente. Muchos de los arbustos estaban

en flor y era intenso el aroma que se respiraba, especialmente el de los jazmines que rodeaban la valla. Cuidar de aquel jardín era demasiado trabajo para Jimmy. Era un hombre de unos setenta años, que se mantenía tremendamente ágil.

Jude le había dicho que iba a ir y, por eso, la casa estaba limpia y ventilada. Había leche, mantequilla, queso, beicon, huevos, un pollo asado, una botella de vino, cuatro tarros de mermelada casera y una barra de pan fresco. También había té, café y una botella de whisky.

Jimmy era un buen hombre y sentía un gran cariño y aprecio hacia él.

–¿Hay alguien en casa? – preguntó Jude. Sabía que no obtendría la respuesta que tanto le hubiera gustado– ¿Estás ahí, papá?

No lograría sobreponerse nunca a su pérdida, pensó.

–No sabes cuánto te echo de menos, papá –susurró mientras miraba a su alrededor.

Era una casa fantástica en la que vivir. Además, había una leyenda de la que siempre se hablaba en Spirit Cove. Sesenta años atrás, una bonita joven de la ciudad, de la que se decía que estaba locamente enamorada de un hombre casado y propietario de la mayor plantación de caña de azúcar, se había suicidado ahogándose en el mar. Desde entonces, muchas personas decían haberla visto paseando por la noche en la playa, llevando un largo vestido blanco. Jimmy siempre contaba que en una ocasión había llegado a hablar con ella durante unos segundos antes de que desapareciera. Incluso la escéptica madre de Jude llegó a verla.

De niño, en más de una ocasión se había acercado a escondidas hasta la playa. Por mucho que había deseado ver aquel espíritu, nunca lo había logrado.

Jude recorrió las amplias habitaciones que daban a una galería exterior. En aquel lugar con vistas al océano, había disfrutado de agradables momentos en compañía de sus padres. Le gustaba mucho aquella parte de la casa y la vida al aire libre del trópico.

La parte trasera del jardín estaba llena de árboles frutales: mangos, plátanos, aguacates, higos, limones, limas, manzanas, guayabas… Era imposible pasar hambre allí. Antes también había habido una pequeña huerta, de la que solía arrancar los tomates y comérselos directamente. Pero ya no. A veces en sueños, veía a sus padres ocupándose del jardín. Su madre con uno de los amplios sombreros que tanto le gustaban para protegerse del sol. ¿Por qué

seguía soñando con su madre si no la veía desde que tenía doce años? No sabía qué habría sido de su vida. Quizá se habría casado con aquel ricachón. Puede que incluso hubiera tenido otros hijos. A Jude eso no le importaba, pero lo que nunca podría perdonarla es que los hubiera abandonado. Lo que había vivido con su madre era el motivo por el que no confiaba en el matrimonio.

Telefoneó a Jimmy para darle las gracias y le propuso ir a comer juntos al día siguiente a un pequeño restaurante de la ciudad.

Luego decidió salir a pasear por la arena blanca de la playa. A aquella hora de la tarde, el color del mar era de un intenso azul celeste. Se quitó los zapatos para sentir la calidez de la arena en los pies y caminó hasta la orilla.

Más tarde, se preparó unos bocadillos de pollo y se sentó en el porche a comérselos. Tenía mucho en qué pensar. Decidió llamar a Cate Costello aquella misma noche, en lugar de esperar al día siguiente como había pensado. No sabía el por qué ese interés que sentía por aquella mujer a la que ni siquiera conocía.

Diez minutos más tarde, estaba de camino a la ciudad. Había decidido ir a verla sin avisar, para no darle la oportunidad de escabullirse. Sabía que él era Jude Conroy y que era abogado. Y, teniendo en cuenta que era una mujer muy lista, inmediatamente se daría cuenta de que el motivo de la visita era el testamento de Lester Rogan.

El difunto había sido un hombre fuerte y vigoroso, con un aspecto imponente. A lo largo de su matrimonio había tenido muchas amantes. Había sido un secreto a voces. Pero nunca habían sido jóvenes de veintipocos años como Cate. Por lo general habían sido atractivas viudas. La más joven que recordaba había sido una maestra de treinta y seis años.

Su padre siempre había dicho que Lester no podía vivir sin mujeres. Nunca había sido un hombre fiel, pero siempre se había asegurado de que a sus mujeres no les faltara de nada. Así que o bien Catherine Elizabeth Costello no se había dado por satisfecha o había alguna pieza en la historia que no encajaba. Conociendo a Lester Rogan y, aunque le gustara poco la idea, las probabilidades de que Cate hubiera sido su amante eran altas.

Llegó a La Cueva de Cristal, la antigua galería de arte de Tony Mandel, y observó que no había luz en el interior. Aquel lugar

apenas había cambiado con los años. Salió de su coche y entonces vio un coche deportivo rojo aparcado al otro lado. Sintió como cada músculo de su cuerpo se ponía en tensión.

Ralph estaba allí y eso no era buena señal. Cuando se había ido de la mansión de los Rogan, ya había bebido mucho, así que probablemente estaría borracho. ¿Cómo no se le había pasado por la cabeza que Ralph podía ir a verla? Sabía dónde vivía la mujer misteriosa. Se imaginó a Cate tratando de defenderse de un Ralph borracho y enfadado y sintió miedo por ella.

Jude corrió por el camino lateral de la casa hasta el jardín trasero. Su corazón latía con fuerza. Tenía que haberla llamado antes de ir, así habría sabido que Ralph estaba allí. Confiaba en que llevara allí poco tiempo. Por lo general ya era un ser despreciable, así que borracho lo sería aún más. Y en la situación de amargura y resentimiento que lo había dejado el testamento de su padre, podía ser muy peligroso.

La parte trasera de la casa estaba iluminada. Todas las luces del porche estaban encendidas. Había un pequeño jardín rodeado de poincianas y gardenias, que desprendían un intenso aroma.

–¡Salga! ¡Váyase ahora mismo! –gritó una voz femenina.

Jude subió los escalones de dos en dos, dispuesto a cualquier cosa para parar a Ralph sin pensar en las consecuencias.

A través de las ventanas vio una cómoda estancia dividida en dos: la cocina y el salón. Al fondo, la mujer trataba de protegerse de Ralph, que se estaba acercando a ella lentamente. Era evidente que estaba a punto de golpearla. Ella vestía un pantalón corto blanco y una camiseta de gran escote que dejaba entrever sus pechos.

Jude vio a Ralph dando un puñetazo al aire y sintió cómo le hervía la sangre. A su lado, la mujer parecía una delicada y diminuta muñeca, pero se movía con rapidez y esquivó el golpe.

Jude sintió una subida de adrenalina y empujó la puerta con gran violencia. Debido al fuerte golpe, Ralph y Cate se quedaron paralizados. Ella lo observó con los ojos abiertos como platos. Él se giró, haciendo frente al recién llegado.

–Tenías que ser tú, Conroy –gruñó Ralph con voz potente.

Se calló al ver cómo la mujer corría por la habitación y se colocaba detrás de Jude en busca de protección.

–Gracias a Dios que estás aquí –dijo ella jadeando–. Me has salvado.

–¿Por qué demonios lo has dejado entrar? –preguntó Jude en

voz baja, y la tomó de la mano en un gesto protector.

Cate se percató de que sus ojos azules brillaban con furia.

–¡No lo he dejado entrar! Traté de impedírselo, pero me dio un empujón y entró. Luego cerró con llave la puerta. No había manera de hacerle entrar en razón.

–Ésta no es la manera de cortejar a una mujer, Ralph –dijo Jude desafiante, y apartó a un lado a Cate–. ¿Qué demonios pretendías?

–Escucha, Jude –dijo Ralph. Parecía haberse tranquilizado–. Esto no tiene nada que ver contigo. Tan sólo quiero que me responda unas preguntas. No podrás negarme que tengo motivos para hablar con ella.

–Pero éstas no son formas –dijo Jude con determinación.

Ralph sintió que su respiración se hacía pesada. Había aprendido hacía años que en aquel estado tenía las de perder con Conroy.

–Se ha aprovechado de papá, tú lo sabes muy bien –dijo con desprecio–. Quiero que me diga por qué.

–Deja ya de decir tonterías, Ralph. ¿Es que nunca aprendes? –preguntó Jude.

–¿Acaso no se supone que eres nuestro abogado? –dijo Ralph, poniéndose a la defensiva.

Cate decidió detener aquella conversación o acabarían peleándose. Se interpuso entre los dos hombres.

–Ya está bien –intervino ella con decisión, y miró con ojos suplicantes a Jude–. No merece la pena.

–¿Te importaría quitarte del medio? –dijo Jude sin dejar de mirar a Ralph. Estaba atento a cada uno de sus movimientos, ya que era impredecible y podía intentar cualquier cosa.

–Ésta es mi casa. No quiero que haya una pelea, y menos por mi culpa –dijo Cate sin moverse de donde estaba y mirando a Ralph, añadió–: Quiero que se vaya ahora mismo.

–¿No quieres llamar a la policía? –sugirió Jude.

–Quiero que se vaya –repitió–. Este hombre está loco. Ha dicho que iba a prender fuego a mi casa, que haría todo lo necesario para que me fuera de la ciudad.

–¿Cómo has podido amenazarla así, Ralph? –dijo Jude, y se giró hacia la mujer–. Llama a la policía y presenta una denuncia inmediatamente.

–Ni se le ocurra –dijo Ralph en tono amenazante–. Maldito seas, Conroy. ¿De qué lado estás? Tienes que conseguir que esta zorra te cuente todo lo que sabe.

–Será mejor que tenga cuidado con lo que dice –dijo Cate. Sus mejillas estaban coloradas–. Ahora mismo voy a llamar a la policía.

Se marchó a la cocina y descolgó el teléfono.

–No lo haga –suplicó Ralph–. Pídeselo tú, Jude. No quiero más problemas en todo esto.

Jude dejó escapar una carcajada irónica.

–Yo mismo le he aconsejado que llamara a la policía. Soy testigo de lo que ha pasado. He visto cómo la amenazabas y cómo has estado a punto de agredirla físicamente.

De pronto, Ralph sintió miedo. Se dejó caer sobre una silla y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

–Detenla, Jude. Juro que no iba a hacerle daño. Tan sólo estaba tratando de hablar con ella, pero no tenía ni idea de que se iba a asustar tanto –dijo en un intento de calmar la situación–. Lo siento. No pretendía asustarla. Le ruego que acepte mis disculpas.

Cate colgó el auricular y se mordió el labio pensativa. Era nueva en la ciudad y tenía un negocio que atender. No quería verse involucrada en escándalos.

–Estoy segura de que quería asustarme –dijo Cate contradiciéndolo. Había visto un brillo salvaje en su mirada y no era la primera vez que veía unos ojos como esos–. Le recuerdo que entró en mi casa contra mi voluntad. Su única intención era intimidarme. No quiero ni imaginar lo que habría pasado si Jude no hubiera llegado a tiempo.

–¿Jude? –dijo Ralph sorprendido–. ¿Os conocíais?

–Claro que no –negó Jude inmediatamente–. Recuerda que no has parado de llamarme por mi nombre desde que llegué.

Ralph se puso de pie.

–No te creo. Sí que os conocíais. Tu padre la conocía y el mío también, por supuesto.

–Nunca había visto a la señorita Costello hasta hoy y ella a mí tampoco –dijo Jude acercándose a Ralph–. Mi padre nunca mencionó su nombre. Ya te pedí antes que dejaras a mi padre fuera de esto. Él era un hombre honesto.

–Está bien. Todo esto es muy extraño.

–Estoy de acuerdo –dijo Jude sin retirar la mirada de Ralph.

–Quiero que se marche –repitió Cate con cautela. Todavía estaba pálida–. Y no quiero que vuelva por aquí jamás. Si lo hace, llamaré a la policía. Y si es necesario, conseguiré una orden de alejamiento. No sé qué es lo que quiere de mí.

Ralph se frotó la frente como si tratara de aclarar sus pensamientos.

–Será mejor que hables con ella, Conroy. No sé a qué esta jugando –dijo. Parecía que por fin se había tranquilizado y no buscaba más enfrentamientos. Se le veía cansado.

Cate dirigió sus grandes ojos verdes hacia Jude.

–¿Jugando? –preguntó confundida.

–¿Qué otra cosa podrías estar haciendo más que tomándonos el pelo? –dijo Jude sin pensárselo dos veces.

–Así se habla, Jude –dijo Ralph dirigiéndose hacia la puerta–. Sabe muy bien por qué he venido, señorita, no se haga la tonta. Nunca había visto una mujer tan atractiva. Estoy seguro de que papá se lo debió pasar en grande con usted.

La muchacha miró a Jude con expresión atónita.

–¿De qué está hablando?

Por un instante, Jude estuvo a punto de creerla. Era una actriz perfecta.

–Estoy seguro que sabe perfectamente a lo que se refiere, señorita Costello –dijo Jude mostrándose frío y distante–. Usted sabe tan bien como nosotros por qué Ralph ha venido a verla. Déjeme que le diga que ha tenido mucha suerte de que yo llegara a tiempo.

–Pues no sé por qué ha venido, pero me gustaría saberlo –contestó. Estaba enfadada por el cambio de actitud de Jude. Por la expresión de sus ojos se dio cuenta de que por alguna razón que desconocía, había dejado de confiar en ella. ¿Qué habría pasado desde su encuentro en el cementerio para que se hubiera producido ese cambio?–. Además, tampoco sé qué estás haciendo tú aquí.

–Si tienes un momento, te lo diré –dijo Jude con sequedad.

–Está bien, Jude –dijo Ralph saliendo al porche–. Te dejo a ver qué sacas en claro de todo esto. Asegúrate de que tu visita no sea una pérdida de tiempo.

Jude observó a Ralph, que caminaba pesadamente.

–Estás borracho, Ralph. No deberías conducir en tu estado.

–No me digas lo que tengo que hacer. Llevo mucho tiempo conduciendo y no tengo miedo a los policías.

Una vez hubo salido de la casa, Cate se acercó hasta la puerta y la cerró de golpe. Aunque todo parecía haberse acabado, no podía dejar de temblar.

–Gracias a Dios que se ha ido –dijo, y trató de mostrarse

tranquila.

–¿Te das cuenta de que podía haberte hecho daño?

Jude seguía enfadado con ella, pero a la vez preocupado por lo que había visto. A pesar de que su piel era muy blanca, era evidente que estaba pálida por los momentos que había vivido.

–Por suerte, se tranquilizó cuando tú llegaste.

–Sí, nos conocemos desde niños –dijo Jude sonriendo–. Y ahora, si me dices dónde está cada cosa, prepararé té.

Cate se sentó en una silla, antes de que sus piernas fallaran y se doblaran.

–Está bien. El té está en el armario, al lado tienes el azúcar y la leche está en la nevera. Me gusta con leche y poco azúcar.

–Espera. Primero, debería asegurarme de que se ha ido –dijo Jude. Ralph era capaz de cualquier cosa. Podía haber cambiado de opinión y seguir por allí–. Tardaré un minuto.

Cate cerró los ojos y trató de calmarse. Cuando volvió a abrirlos, Jude ya había vuelto.

–El coche no está. Ralph no estaba en condiciones de conducir. Un día de estos se va a matar.

–Lo peor es que provoque un accidente y mate a otros –dijo Cate, y observó la soltura con la que Jude se movía en la cocina–. ¿A qué viene tanto misterio? ¿Por qué vino hasta aquí y dijo todas esas cosas horribles sobre mí? No me cabe ninguna duda de que está loco.

–¿No tienes ni idea de por qué vino a verte? –preguntó él escrutándola con sus ojos azules.

–Será mejor que me lo digas –dijo ella mientras se miraba un moratón que tenía en el brazo.

–¡Qué animal! –exclamó Jude al verlo–. Tómate el té mientras hablamos. Estás muy pálida y asustada.

–¿Qué mujer no lo estaría después de hacer frente a un gorila como ése?

Tomó la taza y derramó parte de su contenido debido al temblor de sus manos.

–¿Te has quemado? –preguntó Jude solícito mientras tomaba un paño de cocina. Le quitó la taza y volvió a dejarla sobre la mesa–. Ralph disfruta asustando a las mujeres. Deberías haber llamado a la policía.

Se sentía más tranquila y tomó un sorbo de té.

–Soy nueva en la ciudad y la galería es muy importante para mí.

No quiero verme envuelta en escándalos.

–Tenemos que hablar –dijo Jude, y la miró con el ceño fruncido. Aquella mujer tan pronto se mostraba desafiante como vulnerable. Debía de ser por culpa de lo asustada que estaba. Además, parecía cansada.

Cate se terminó el té.

–Estás siendo muy amable, teniendo en cuenta que no te caigo bien.

Jude sonrió.

–Todavía no he tomado una decisión al respecto. Tenemos que aclarar un asunto primero.

–¿El qué? –preguntó Cate–. Estás en la ciudad como abogado de los Rogan, ¿verdad?

Jude levantó una ceja.

–Así que ya lo sabías.

–No soy tonta. Sé que tu padre era el abogado del señor Rogan y que trabajas en un importante despacho de abogados de Brisbane –dijo, y se detuvo unos segundos–. Es curioso lo mucho que se habla de ti y de tu padre por aquí.

–Entonces, también habrás oído hablar de mi madre.

Cate se tomó unos segundos antes de contestar. Sabía todo lo que se comentaba en la ciudad, pero no quería decir algo que pudiera molestarlo.

–He oído que era una mujer muy guapa y elegante y que tú y tu padre sufristeis mucho cuando os abandonó.

–Es lo normal, dada la situación –admitió él. Estaba desconcertado por la dulce y comprensiva mirada con la que ella lo observaba–. Pero todo eso pertenece al pasado. Ahora quiero que me digas de una vez por qué estabas en el funeral. Dijiste que no eras amiga de la familia.

–No sabía si podía confiar en ti. Al fin y al cabo, eres abogado –afirmó poniéndose seria–. Es cierto que no conozco a la familia.

–Pero a Lester sí, ¿verdad? –dijo dando largos pasos por la habitación. La estudió detenidamente. Poco a poco, el color estaba regresando a sus mejillas.– ¿Erais amigos?

Cate estaba enfadada y confusa.

–Era mi casero. Mi única relación con él era pagarle la renta.

–¿Venía él a recoger el dinero personalmente? –preguntó Jude asombrado.

–¿Por qué no te estás quieto y te sientas? Me estás poniendo

nerviosa –dijo, y observó su cuerpo, alto y esbelto.

–Está bien, lo siento –respondió sentándose en el sofá que había frente a ella–. Por favor, sigue. Me estabas hablando del pago de la renta.

–¿Qué quieres saber? ¿Lo que pagaba?

–No, sólo quiero saber si recogía él personalmente la renta.

–Sí, cada quince días venía por aquí.

–¿De verdad? ¿Un hombre tan ocupado como él, con todo un imperio inmobiliario a sus pies, venía en persona a recoger el dinero de la renta? ¿No es extraño?

–Sí, pero él era el casero y parecía que le gustaba venir personalmente.

–¿Solíais hablar?

–Sí –contestó Cate encogiéndose de hombros. Su piel era suave y delicada–. Era un hombre muy interesante. Le gustaban las gemas y quería que le enseñara cosas sobre ellas. Además, le interesaba saber de dónde venía mi interés por las piedras semipreciosas.

–¿Y qué consiguió Lester a cambio? –preguntó Jude con sarcasmo.

–Te estás equivocando, Jude Conroy. No pretendía nada más que aprender. Era muy amable conmigo y todo un caballero.

Jude la miró incrédulo.

–De todos los adjetivos que se me ocurren para el difunto Lester Rogan, los últimos serían amable y caballeroso. Estaba casado, pero prefería estar con otras mujeres. Todo el mundo en la ciudad sabía eso.

Cate sintió que su enfado iba en aumento.

–Se me ocurren algunos calificativos para ti –dijo enfadada–. ¿Qué es lo que tanto te preocupa? Y aunque hubiera tenido algo que ver con Lester Rogan, ¿a ti eso qué más te da?

Jude hizo un esfuerzo y la miró directamente a los ojos. Su mirada lo aturdía.

–Soy el albacea del testamento de Rogan –contestó él. Aquél era un motivo razonable.

–¿Eso que tiene que ver conmigo? –preguntó Cate con los ojos abiertos como platos.

–¡Ya está bien! Estoy harto de esta farsa –dijo Jude poniéndose de pie bruscamente. Comenzó de nuevo a dar largos pasos recorriendo la cocina y el salón.

Observó que la pared del fondo estaba llena de estanterías

repletas de libros, lo que significaba que era una lectora asidua. Además, se dio cuenta de que tenía muy buen gusto en decoración. Pero, indiscutiblemente, lo que mejor se le daba era fingir.

–Te estás dejando llevar por tu imaginación. ¿Por qué no te estás quieto y me dices de una vez qué está pasando?

–Escucha –dijo Jude volviendo a sentarse frente a ella–. Espero que estés lista para escuchar lo que tengo que decirte. Al menos estás sentada. Tu nombre aparece en el testamento de Lester Rogan. Te ha dejado en herencia la mayor parte de su fortuna. Su familia no entiende por qué. ¿Tienes tú alguna idea? Todos estamos deseando saber algo.

Cate se quedó rígida en su asiento.

–Espera un minuto –dijo haciendo un gesto con la mano para detenerlo–. Estoy tratando de asimilar lo que acabas de decir.

–¿Acaso no te lo esperabas? –preguntó Jude con ironía–. ¿Lester no te dijo nada?

Cate sintió deseos de tirarle algo a la cabeza, pero se contuvo. No le gustaba la expresión tan arrogante de su rostro.

–Escucha, acabo de vivir una experiencia terrible con Ralph. Lo último que necesito ahora es oír tus burlas.

Jude apretó los labios con fuerza.

–Hablo en serio. Eres la heredera de una gran fortuna valorada en muchos millones.

Cate se puso de pie.

–¿Heredera? No estarás borracho como tu amigo, ¿verdad?

–¿Amigo? Ralph y yo nunca hemos sido amigos. Te lo juro –dijo Jude sonriendo–. Lo que te he dicho es cierto: Lester Rogan te ha dejado en herencia la mayor parte de su patrimonio.

–No puedo creerlo.

Abrumada, se quedó pensativa tratando de asimilar lo que Jude le acababa de comunicar. Sus grandes ojos verdes brillaban sorprendidos, destacando sobre su blanca piel.

–Pues créetelo. Te leeré el testamento ahora mismo. ¿Tienes idea de por qué te ha nombrado su heredera? No serás hija secreta de Lester, ¿no?

–¡Por favor! ¿Cómo puedes pensar que tengo algo que ver con ese animal que ha estado aquí?

–Aunque te parezca extraño, Ralph puede llegar a ser muy agradable. De hecho, tiene mucho éxito con las mujeres. Pero hoy estaba borracho. Y dadas las circunstancias, es comprensible que

haya reaccionado como lo ha hecho.

–En el fondo estás disfrutando, ¿verdad? –preguntó Cate molesta.

–Te aseguro que no. Esto es un asunto muy serio. La familia cree que Lester sufría demencia cuando redactó el testamento.

Jude apenas podía retirar los ojos de ella.

–Quizá lo estaba y todo esto no sea más que un error.

–Eso es lo que creen los Rogan –dijo Jude amablemente.

–Y tú también, ¿verdad? –preguntó ella. Estaba confundida por los continuos cambios que observaba en Jude. Cuando había hablado con él después del funeral lo había encontrado encantador y sexy. Muy sexy. Pero ahora se comportaba de manera diferente.

–Creo que no estás siendo honesta conmigo.

–¿Son todos los abogados tan suspicaces como tú?

–Me temo que sí, va con la profesión. Lester Rogan debía tener una buena razón para nombrarte su principal heredera. Tenía que apreciarte mucho.

–Pero se le olvidó decirme por qué. Siempre fue muy amable conmigo –dijo Cate–. Ahora entiendo por qué su hijo vino a verme fuera de sí.

–Deja que te diga que fuiste muy atrevida abriéndole la puerta –dijo Jude y, poniéndose serio, añadió–: Voy a contestar a tu pregunta. La señora Rogan, su hija Melinda y su hijo Ralph han recibido suficiente para vivir con comodidad el resto de sus vidas, pero no lo que era de esperar.

–¿Qué sacas tú de todo esto?

Él mantuvo su expresión neutra.

–¿Por qué lo preguntas?

–¿Por qué no? Todo el mundo sabe que los abogados siempre lográis que vuestros clientes os leguen algo en sus testamentos. Continuamente se habla de ello en los periódicos. En ocasiones las familias de los fallecidos incluso emprenden acciones judiciales –dijo Cate con ironía–. No quiero ese dinero.

–Eso es lo que dices ahora.

–Es lo que siento.

–Siempre puedes donarlo a algún centro de rehabilitación o institución de caridad. Incluso a algún amigo. Hay muchas personas necesitadas.

–Todo esto es una locura.

–Estoy de acuerdo –dijo Jude frunciendo el ceño–. No me quedo

tranquilo dejándote aquí sola –añadió tras unos segundos.

Cate miró hacia la ventana.

–¿Crees que ese animal volverá a venir por aquí?

–Eso es lo que me preocupa. Si quieres seguir viviendo aquí, debes aumentar la seguridad de la casa –dijo Jude estudiándola. Había un brillo diferente en sus grandes ojos verdes pero no sabía a qué era debido.

–¿Y por qué querría seguir viviendo aquí? Por lo que dices, ahora soy millonaria. Tengo que asumir que voy a recibir una gran fortuna. ¿No es eso lo que acabas de decirme? –dijo ella con ironía, manteniendo la mirada de Jude.

–Ralph nunca pensó que el patrimonio de su padre acabaría dividiéndose. Siempre creyó que heredaría todo. Si te soy sincero, yo también lo creía, al igual que muchas otras personas. Si sigues viviendo aquí, todo el mundo te acosará con preguntas. Querrán saber los motivos que tuvo Lester Rogan para nombrarte su heredera.

–¿Y por qué no lo averiguas tú? –dijo retándolo, y dio un paso hacia él–. Tú eres el gran abogado. ¿Cuánto cobras por hora?

–Mucho, aunque creo que ahora podrás permitírtelo.

Cate dejó escapar una carcajada sarcástica.

–No tengo miedo de quedarme aquí. Estaré bien –afirmó Cate con seguridad. Sin embargo, en su interior se sentía asustada. El intento de agresión de Ralph Rogan había despertado viejas pesadillas en ella.

–Tendrás que instalar una puerta más segura y poner cerrojos en las ventanas.

–Nunca he tenido ningún problema con nadie hasta hoy –dijo Cate y, acariciándose la frente, añadió–: Ahora mismo no sé qué hacer. Estoy un poco confundida.

–Todavía no has visto el lado más oscuro de Ralph. ¿Por qué fuiste al funeral? ¿Por qué tratabas de ocultarte bajo ese pañuelo? Alguna relación debías tener con el fallecido para asistir –volvió a preguntar Jude–. Hay algo que no me quieres contar.

–Tan sólo fui por respeto a él. Y déjame que te recuerde que yo no era la única que estaba allí, había otras personas.

Jude sacudió la cabeza.

–Sí, pero eran pocas. Lester Rogan tenía muchos enemigos. De hecho, casi todo el mundo cree que lo que más le gustaba hacer era buscarse enemigos. Sin embargo, tú dices que era amable y cortés.

O había un motivo para que Lester fuera así contigo o me estás mintiendo. Quiero que sepas que cualquier cosa que me digas, será confidencial y quedará entre nosotros.

–No hay nada más que decir –dijo. Su enfado iba en aumento–. Me da igual lo que piensen de mi amistad con el señor Rogan. Y deja ya de pensar que era mi padre.

–Necesito tu ayuda. ¿Te importaría hablarme de tus padres?

–Prefiero no hacerlo –respondió poniéndose a la defensiva–. Si mi madre hubiera tenido alguna relación con Lester Rogan, yo lo habría sabido. Necesito tiempo para pensar. Ha sido todo muy precipitado.

Por la expresión de su rostro y por su comportamiento, era evidente que estaba tensa. Se podía ver en sus ojos. Jude se puso de pie.

–Tenemos que volver a revisar el testamento. Mañana he quedado a comer con un viejo amigo de mi padre, pero el resto del día estaré libre. No me gusta que te quedes aquí sola. Tengo una casa en Spirit Cove. Es una casa amplia y hay sitio suficiente para que pases la noche. Así estaré más tranquilo sabiendo que estás segura.

–No te preocupes –dijo Cate, aunque estaba tentada de aceptar su oferta. Dormiré como un bebé.

–Pues yo no podré dormir sabiendo que estás aquí sola –admitió Jude con franqueza–. En cualquier momento, Ralph podría volver a aparecer. ¿Por qué no metes unas cuantas cosas en una maleta y te vienes conmigo?

Cate tragó saliva. No sabía si Jude la apreciaba o no, pero su preocupación por ella parecía ser sincera.

–Prefiero quedarme aquí –repitió ella.

–Te repito que no es conveniente. Has tenido una mala experiencia y estás asustada. Puedo verlo en tus ojos. Francamente, me parece que ha sido un milagro que haya llegado a tiempo esta noche. No quiero preocuparte, pero Ralph podría regresar en cualquier momento confiando en que yo me haya ido.

Cate sabía que eso era posible.

–Sí, eso es cierto, podría volver en cualquier momento del día o de la noche –dijo alarmada.

Jude la miró con detenimiento. Su belleza estaba atrayendo cada uno de sus sentidos. Le conmovía la elegancia con la que movía las manos. Resultaba una mujer muy atractiva para cualquier hombre.

Seguro que a Lester Rogan también se lo pareció.

–Iré a ver a Ralph cuando esté sobrio y hablaré con él. Le explicaré que su comportamiento puede ser constitutivo de delito y así se asustará y te dejará tranquila una temporada.

Capítulo 4

Mientras Cate recogía unas cuantas cosas, Jude recorrió la casa comprobando las puertas y ventanas. Isis era un sitio tranquilo donde sus habitantes seguían dejando las puertas de sus casas abiertas.

Todavía no le había dicho la relación que la unía a Tony Mandel ni qué la había llevado hasta allí. Jude decidió pensar que sencillamente había decidido vivir y trabajar en una pequeña ciudad costera. Muchos jóvenes se marchaban a las ciudades en busca de trabajo y diversión y regresaban al cabo de algunos años. Su propio padre, un hombre muy listo y capaz que podía haber llegado muy lejos en su carrera, nunca había deseado vivir en otro lugar que no fuera allí, al contrario que Jude, que se había marchado en busca de trabajo.

A los veintiocho años le iba muy bien profesionalmente, pero no era del todo feliz. El asunto con Poppy Gooding le preocupaba. Era una seria amenaza que ponía en peligro su carrera.

–¿Lista?

–Sí –contestó Cate. Llevaba una pequeña maleta y se había cambiado los pantalones cortos por una falda. Llevaba unas bonitas sandalias azules.

–Déjame que te lleve eso –dijo él tomando la maleta.

–Muchas gracias. ¿Crees que debería dejar alguna luz encendida?

Jude negó con la cabeza.

–Creo que no será necesario. He asegurado todas las ventanas.

–Cualquiera puede entrar en esta casa –dijo Cate en tono fatalista, mientras apagaba las luces–. A Tony no le importaba la seguridad, no tenía nada de qué preocuparse.

–Tony era capaz de cuidarse solo. Pero una mujer ha de tomar algunas precauciones.

–¿Cómo conociste a Tony? –preguntó Jude una vez en el coche.

Al mirarla de reojo, observó que tenía un bonito perfil.

–Es una larga historia. Te la contaré en otro momento.

–Está bien. Conozco a Tony y nunca me habló de ti.

–Es un buen amigo y una magnífica persona –contestó Cate con voz suave.

–Cierto.

–En una ocasión pintó un retrato mío –dijo ella.

–No me sorprende.

Cate no supo cómo interpretar su comentario. No sabía si lo decía con ironía o si se estaba burlando de ella. Se preguntó por qué se sentía tan a gusto con él, especialmente después de la desagradable experiencia vivida con Ralph. Era como si Jude Conroy, con su amable sonrisa, hubiera hecho desaparecer la barrera que había entre ellos.

–¿Qué quieres decir? –decidió preguntar Cate.

–Tony tenía una especial afinidad con las cosas bonitas –dijo. Hablaba con cariño de aquel amigo de su padre–. Mujeres, flores, pájaros… ¿Dónde está ese retrato?

–En mi casa

–Me gustaría verlo alguna vez.

–Ya te lo enseñaré.

–¿Cómo es? ¿Grande o pequeño? De cualquier manera, será un cuadro valioso, tanto aquí como en el extranjero. Tony es un pintor de gran prestigio.

–Es un cuadro grande y precioso. El tratamiento del color y de la luz es sencillamente maravilloso.

Jude estaba intrigado. Cate Costello había hecho de modelo para Tony al igual que su madre. Obviamente, tenía algo más que su belleza: era inteligente y tenía un magnetismo especial que estaba haciendo mella en él.

–¿Cuándo lo pintó? ¿Antes de irse a vivir al extranjero?

–Sí, mucho antes. Yo tenía doce años,casi trece –respondió en tono nostálgico.

–Por lo que veo, hace años que conoces a Tony. ¿Cuántos años tienes?

–Veintidós –contestó ella–. ¿Tú crees en el destino, Jude?

Se sintió aturdido al oírla pronunciar su nombre. Sonaba muy dulce y sensual.

–Sí.

–Tony era un buen amigo de mi madre y siempre se ha portado muy bien conmigo.

–¿Y tu madre? –preguntó él.

La expresión de su rostro se entristeció. Tras unos segundos en

silencio, Cate respondió.

–Mi madre desapareció –dijo en voz baja como si le costara hablar–. Nunca supimos qué fue de ella.

Jude se quedó de piedra. No esperaba que su pregunta pudiera tener aquella respuesta.

–Lo siento, Cate. Tuvo que ser muy duro para ti.

–Más que duro –dijo ella–. Fue una tortura.

–Lo imagino –afirmó Jude. Aunque había ocurrido de otra manera, él también había perdido a su madre, por lo que se sintió identificado con ella–. ¿Se apellidaba Costello? –preguntó tratando de recordar si había oído hablar de aquella mujer desaparecida.

–No –dijo Cate negando con la cabeza–. Mi madre se volvió a casar dos años después de morir mi padre en un accidente de tráfico. Yo tenía diez años. Lo quería mucho. Era muy cariñoso conmigo y una persona muy alegre y decidida.

–¿Cómo has podido superar todo ese dolor? –dijo mirándola nuevamente de reojo. Deseó que hubiera más luz para poder ver su expresión. La vida de aquella mujer, al igual que la suya, estaba llena de tragedias.

Cate miró por la ventanilla del coche. Sobre el océano, el cielo estaba plagado de estrellas.

–Soy huérfana como tú. Pero al menos, es posible que tu madre esté viva en algún lugar –y, girándose hacia Jude, le preguntó:– ¿Te gustaría volver a verla?

Aquella pregunta lo pilló por sorpresa.

–No hay sitio en mi vida para mi madre.

–Eso suena muy fatalista.

Jude se quedó en silencio durante unos segundos.

–Es lo que siento –dijo por fin.

–Daría cualquier cosa por saber que mi madre está viva, por verla aunque sólo fuera por unos momentos –afirmó Cate emocionada.

–¿Cómo desapareció? –preguntó Jude mirándola abiertamente–. Imagino que se llevaría a cabo una investigación para saber lo que pasó.

–Sí, a nivel nacional. Mi madre se casó con un hombre llamado Carl Lundberg.

Aquel nombre le resultaba familiar a Jude.

–Lundberg –dijo en voz alta para sí–. Ahora recuerdo haber oído hablar de la desaparición de tu madre.

El caso había tenido gran repercusión en la prensa. De eso hacía unos seis o siete años. El profesor Lundberg era una eminencia académica, de familia pudiente y muy respetado por la comunidad. La señora Lundberg, mucho más joven que su esposo, había sido vista por última vez mientras paseaba con su perro por el bosque que había cerca de su gran casa colonial. Ni ella ni su perro fueron vistos nunca más.

–Fue como si mi madre y su perro Blaze hubieran desaparecido de la faz de la tierra –dijo Cate.

Se quedó triste y Jude la tomó de la mano en un intento de consolarla.

–Lo siento, Cate. ¿Por qué algunos tenemos unas vidas llenas de tanto dolor y sufrimiento? La única manera de sobreponerse es asumirlo. Recuerdo que fue un caso muy sonado, y probablemente siga abierto. La policía nunca lo dio por concluido.

–Fueron muy amables conmigo, pero no pudieron encontrar pruebas suficientes para presentar cargos. Yo creo que fue mi padrastro quien la mató.

Jude se quedó de piedra al oír aquello. No sabía qué decir.

–¿Por qué crees eso? –preguntó tratando de guardar la calma–. Seguro que la investigación fue exhaustiva. El cónyuge es siempre el principal sospechoso y la primera persona a la que se investiga.

–Estoy segura de que fue él quien la mató –repitió Cate–. No sé por qué te estoy contando todo esto. Eres la primera persona con la que hablo de este asunto en años. Mi padrastro tenía una coartada. Dijo que había estado todo el día en su despacho de la universidad atendiendo a sus alumnos. Nunca encontraron evidencias para arrestarlo, pero estoy convencida de que fue él. Tiene amigos muy poderosos –dijo, y sonrió con ironía–. Se comportó como un marido destrozado por la desaparición de su esposa, como si fuera el fin del mundo. Yo era la niña de dieciséis años celosa, paranoica y difícil cuyo cariño había intentado ganarse, pero no lo había conseguido. Según él, yo no estaba dispuesta a dejar que ocupara el lugar de mi padre. Desde luego, en eso no se equivocaba. Al final de la investigación, la policía no tenía nada contra él.

–Es evidente que la pérdida de tu madre te produjo un gran resentimiento hacia tu padrastro. Pero después de todos los años que han transcurrido, ¿no crees que quizá estuvieras equivocada?

–No estoy equivocada –afirmó Cate entre dientes–. Lo odio. Si mi madre no lo hubiera conocido, ahora estaría viva.

Estaban a punto de llegar a su destino. Ambos se quedaron en silencio. Jude repasaba mentalmente lo que Cate le acababa de contar. Aquello daba un giro dramático a todo el asunto del testamento de Lester Rogan. Había pensado que sería un trámite rutinario y que después podría relajarse y disfrutar de unas tranquilas vacaciones en casa. Pero todo parecía indicar que no iba a ser así.

Tenía muchas cosas que averiguar sobre la hermosa y misteriosa mujer que estaba junto a él. ¿Por qué motivo se habría mudado a Isis, una ciudad tan apartada de todo? ¿Qué relación habría tenido su madre con Tony Mandel? Y lo que era más extraño, ¿qué conexión había entre Cate y su benefactor Lester Rogan? A la vista de lo que le había contado, le parecía imposible que Cate hubiera convencido a Lester de nada, pero quién sabe si habría sido la propia madre de la muchacha. Quizá fuera hija suya. A lo largo de los años, Jude había aprendido que la vida estaba llena de sorpresas.

Por fin llegaron a casa de Jude. Ahora que estaba allí, se sentía más tranquilo.

Cate se detuvo en la entrada.

–Es una casa preciosa –dijo mirando a su alrededor–. Me encanta la arquitectura tropical. Me he fijado muchas veces en esta casa, me gusta mucho más que la mansión de los Rogan. Aunque las vistas sean fabulosas, la arquitectura de la casa no tiene ningún valor.

Luego pasaron al salón, donde uno de los magníficos cuadros de Tony Mandel estaba colgado. Era uno de los muchos que su padre había adquirido de su amigo. Jude encendió las luces para que Cate pudiera contemplarlo. Esa misma tarde, había dispuesto flores recién cortadas del jardín por toda la habitación. Su madre siempre había tenido la casa llena de flores.

–¡Qué ramos tan bonitos! –dijo Cate.

–Me gustan desde que era pequeño. Hubo un tiempo en que mis padres pasaban buenos ratos cuidando del jardín.

–Sigue siendo un jardín precioso –dijo, y se giró para contemplar el cuadro–. Esa pintura de Tony es magnífica.

–Hay más colgadas por toda la casa. También pintó a mi madre. Tony no podía resistirse a una mujer bonita.

Cate se dio la vuelta y lo miró fijamente.

–¿Dónde está el retrato de tu madre? ¿Lo tienes tú o se lo llevó?

–¿Que si se lo llevó? –dijo Jude con amargura–. Se fue con lo

puesto y nunca más regresó. Se marchó con un americano millonario.

–¡Qué triste debió de ser para ti y para tu padre! –exclamó Cate–. ¿Dónde está ese cuadro ahora?

–En el piso de arriba. Cuando se fue mi madre, mi padre lo escondió. Pero al poco tiempo volvió a colgarlo en su sitio. Nunca pudo dejar de amarla. ¿Quieres verlo?

–Si no te importa…

–Vamos, así dejaremos tu maleta en el dormitorio de invitados. Un viejo amigo de mi padre cuida de la casa y la mantiene limpia.

–¿Jimmy Dawson? –preguntó ella sonriente.

–¿Conoces a Jimmy? –dijo Jude, volviendo a dejar la maleta en el suelo.

–¿Cómo no iba a conocerlo? Es uno de los personajes más populares aquí. De vez en cuando se deja caer por la galería con algo interesante. Antes hacía prospecciones y ha viajado mucho por todo el mundo. Tiene una gran colección de ópalos, zafiros, topacios, ágatas…

–Este Jimmy es todo un caballero –comentó Jude sonriente–. Venga, subamos.

Los viejos escalones de madera crujieron a su paso, como de costumbre. Cate se agarró a la bonita barandilla de madera tallada.

El retrato de la madre de Jude dominaba el final del pasillo. Estaba junto a la puerta del dormitorio que había sido de sus padres. Él había seguido utilizando el mismo dormitorio que cuando era niño, al otro extremo del pasillo. La casa tenía cuatro dormitorios, cada uno con su cuarto de baño, y él había decidido preparar el que estaba a mitad del pasillo para Cate.

Jude dejó la maleta junto a la puerta de la habitación y encendió las luces. Cate caminó hasta el retrato de Sally Conroy para observarlo detenidamente. Era una mujer muy guapa y atractiva. Había un gran parecido entre Jude y su madre. Tenían los mismos rizos rubios rebeldes y los vivos ojos azules que tanto la atraían. Sally lucía una sonrisa enigmática con un hoyuelo a ambos lados de las mejillas. La sonrisa, al igual que la de su hijo, tenía mucha fuerza. Tony debió de estar enamorado de aquella mujer, a la vista de los detalles del retrato, pensó Cate. Sally llevaba una blusa de color rosa con los hombros al descubierto y un generoso escote. Era una mujer con una belleza impresionante.

Jude se acercó a ella.

–Creo que Tony estaba enamorado de mi madre. El cuadro transmite una gran sensualidad.

–Te pareces mucho a ella.

–Sí, pero sólo en lo físico –dijo Jude–. Te enseñaré tu habitación. Creo que es la más acogedora.

Se hizo a un lado y dejó que Cate entrara primero.

–Eres muy amable, Jude –dijo ella agradecida mientras entraba en la habitación.

–Desde aquí tienes una buena vista de la playa –dijo él mientras abría las puertas de cristal que daban a la terraza–. Aunque ahora que lo veo, hay un par de arbustos que tendré que podar –añadió, y salió fuera.

Cate lo siguió. El aire era fresco y olía a mar.

–Esto es un paraíso –murmuró ella–. No me extraña que Tony pasara tantos años pintando aquí.

–¿Qué relación tienes con Tony? –preguntó Jude bruscamente, apoyando las manos sobre la balaustrada.

Una inmensa tristeza embargó a Cate.

–Tony amaba a mi madre. Siempre decía que era él quien tenía que haberse casado con ella, pero mi padre se cruzó en su camino. Cosas del destino. Tony estaba destinado a hacerse famoso y mi padre, a morir. Mi padrastro… –Cate se detuvo de pronto y cambió bruscamente de conversación–. ¡Qué brisa tan agradable! ¡Mira! –dijo señalando algo en la distancia–. Hay alguien en la playa. ¿De dónde ha salido?

Jude miró a lo lejos en la oscuridad.

–No veo nada –dijo él, aunque por un instante le había parecido ver algo.

–Claro que sí –dijo Cate con voz nerviosa–. Mira, allí. Hay una mujer en la playa con una larga falda volando al viento.

–No hay nadie, Cate –dijo escéptico–. Has oído la historia y te estás sugestionando.

–¿Qué historia? –preguntó Cate girándose para mirarlo con sus enormes ojos llenos de inocencia.

–La del fantasma de Spirit Cove –dijo mirándola incrédulo. Por su expresión, Cate parecía un ángel recién caído del cielo.

–¡No era ningún fantasma! –exclamó Cate–. He visto a una mujer paseando por la playa. ¿No me crees?

–Me temo que no.

–Entonces, vayamos a ver –lo retó–. No estará muy lejos. Venga,

vamos. No me mires como si me lo hubiera inventado.

Para su sorpresa, Cate se giró y salió al pasillo. Comenzó a bajar rápidamente la escalera.

–¡Cate! –dijo Jude corriendo para alcanzarla–. No me puedo creer esto.

–Tengo que verla.

Jude vio como abría la puerta trasera y salía a la oscuridad de la noche.

–Cate, tranquila.

No tenía más remedio que seguirla. Sus ojos se acostumbraron rápidamente a la penumbra, pero decidió detenerse para encender las luces del porche. Cuando llegó a la valla, Cate ya no era más que una figura corriendo por el camino que conducía hasta la playa. Al menos, no había tropezado con nada en su carrera.

Tras unos minutos caminando hacia la playa, la iluminación quedó atrás. No había ni rastro de Cate. La había perdido en la oscuridad.

–¡Cate! –gritó Jude–. ¡Vuelve! Venga, Cate. ¿Dónde estás?

No había luna esa noche, tan sólo un puñado de estrellas en el cielo.

¿Hacia dónde se había ido? ¿A la derecha o a la izquierda? Decidió seguir por la derecha.

Conocía a todos los vecinos. La mayoría de ellos eran jubilados, personas de edad a las que les gustaba pasear por la playa.

De repente, Cate apareció corriendo hacia él.

–Te digo que estaba ahí –dijo jadeando–. Es imposible que haya sido mi imaginación. Era una mujer real.

Jude la agarró por los hombros e, inmediatamente, se arrepintió de haberlo hecho. Su piel era suave, la más sedosa que nunca había tocado.

–Olvídalo –dijo él secamente.

Cate lo miró. Aunque no distinguía la expresión de Jude en la oscuridad, estaba segura de que no la creía.

–La he visto muy bien y la he seguido. Llevaba un vestido blanco largo.

–Aunque hubieras corrido más rápido no habrías podido alcanzarla. Te la has imaginado.

Jude sentía un fuerte deseo hacia aquella mujer. Tenía miedo de no poder controlarse. Además, la noche siempre tenía una magia especial sobre el comportamiento de las personas.

–Te aseguro que su falda ondeaba al viento –reiteró Cate en un intento desesperado de que la creyera.

–Quizá fue tan sólo un reflejo.

Jude no estaba dispuesto a decirle que su propia madre había afirmado haber visto a aquella mujer una noche en la playa. Poco tiempo después de aquello, su madre lo había abandonado. Ahora recordaba que la leyenda decía que el fantasma era visto por aquellas personas cuyas vidas se encontraban en una encrucijada.

–Era una mujer real –dijo Cate levantando la barbilla–. Ha debido de entrar en una de esas casas.

–No le habría dado tiempo –dijo Jude, negando con la cabeza–. Como ves, nuestra casa está bastante aislada. Los vecinos más próximos están a cierta distancia. Ha debido de ser tu imaginación, Cate. No había ninguna mujer. Habrá sido un reflejo producido por la bruma del mar.

–De acuerdo –admitió Cate, y suspiró–. Ya veo que no voy a convencerte y no quiero discutir –añadió.

De repente, salió corriendo.

–Muy bien –dijo Jude–. ¡Echemos una carrera hasta la casa!

Cate no dijo nada y siguió corriendo con soltura sobre la blanda arena. Estaba a punto de alcanzar la valla cuando tropezó y cayó al suelo sin parar de reír.

–Ayúdame a levantarme –pidió ella.

Jude se acercó hasta donde estaba. Las luces de la casa se reflejaban en la inmaculada piel de Cate y en su largo cabello cobrizo. Se inclinó para ayudarla ofreciéndole la mano y ella la tomó. Sólo quería ayudarla a levantarse pero, sin proponérselo, se encontró estrechándola entre sus brazos.

Lo siguiente que supo es que la estaba besando apasionadamente. Aquel beso duró una eternidad. Los labios carnosos de Cate se abrieron sensualmente para él. Su mano descansaba a escasos centímetros de sus senos. ¡Cuánto deseaba acariciarlos! Jude estaba perdiendo el control y se estaba dejando llevar por sus emociones.

Todo estaba sucediendo rápidamente y sólo sabía que no quería separarse de ella. Deseaba tumbarla sobre la arena, quitarle la pequeña camiseta que llevaba y hundir la cabeza sobre sus pechos desnudos. Ella no ofrecía resistencia. Estrechaba su cuerpo contra el de él y parecía tan excitada como Jude.

¿Hasta dónde llegarían? ¿Acabarían en la cama? Sus cuerpos

estaban próximos y sus bocas, unidas en un profundo beso. Se la imaginó desnuda, tumbada junto a él. El perfume de las gardenias del jardín se mezclaba con el de Cate. Nunca había sentido todas aquellas sensaciones con tan sólo un beso.

De pronto, la magia del momento se desvaneció. Ella se hizo a un lado. Los dos jadeaban profundamente.

–Lo siento –dijo Jude. No se le ocurrió nada mejor que decir–. No tenía derecho a hacerlo. Lo último que quiero es asustarte.

No le cabía duda de que ella había podido percibir la rigidez de su miembro. Deseaba tomarla entre sus brazos y hacerle el amor hasta gritar de placer. Deseaba hablarle de su vida, de su infancia… Estaba seguro de que ella lo entendería a la perfección, ya que había sufrido tanto como él.

–Está bien, Jude –dijo en un murmullo–. Los dos nos hemos dejado llevar.

Se habían dejado llevar, sí, pero todo había sido perfecto, pensó él. Aquellos besos lo habían hecho estremecerse hasta lo más profundo de su ser. Había deseado besarla desde el mismo instante en que la había visto en la iglesia.

Nunca había deseado a nadie a primera vista. Se sentía enamorado de Cate a pesar de no saber casi nada de ella.

Ninguno de los dos habló hasta que regresaron a la casa y cerraron la puerta.

–Iré por sábanas –dijo él–. Además, tengo hambre, ¿y tú?

Cate se sorprendió al comprobar que ella también estaba hambrienta.

–Sí. De hecho, estaba a punto de preparar la cena cuando llegó Ralph. ¿Qué puedes ofrecerme?

–No mucho –dijo él encogiéndose de hombros–. Hay huevos, pan, beicon, té, café… Jimmy trajo algunas cosas, pero mañana tendré que comprar más.

–Está bien. Haré una tortilla. Espero que tengas una buena sartén, es imprescindible para que una tortilla salga bien.

–Seguro que encontrarás alguna –dijo Jude mientras se dirigía hacia la escalera.

Cuando volvió de preparar la habitación para Cate, la mesa de cristal del comedor ya estaba preparada. Había puesto un mantel amarillo y copas para vino.

–Espero que te parezca bien si tomamos vino con la cena –dijo Cate–. Me ayudará a dormir.

–Por supuesto. ¿Quieres que abra la botella? –se ofreció él.

Se sentía eufórico. Aquella mujer era preciosa y la había besado.

–Sí, por favor. La tortilla ya está lista –repuso Cate tratando de controlar el enorme nerviosismo que sentía.

–Así que encontraste la sartén perfecta, ¿eh? –dijo él descorchando la botella.

–Tienes una cocina muy completa.

La madre de Jude había sido una gran cocinera y había reunido todo el equipamiento necesario, como si de un chef profesional se hubiese tratado.

El vino estaba frío y Jude sirvió las copas.

–Salud –dijo levantando su copa.

–Salud –respondió Cate–. Siéntate, por favor.

Jude rompió a reír.

–Acabas de llegar a mi casa y ya estás cocinando.

–Y espero que te guste –dijo Cate.

–Esta tortilla tiene muy buen aspecto. A mí no me quedan tan bien.

–Se me dan muy bien las tortillas –dijo Cate sonriendo, y sirvió cada plato–. Es el resultado de mucha práctica y la ayuda de los libros de cocina. Me encantan los libros, especialmente los de recetas.

–Ya me di cuenta de que tienes cientos en la galería.

–Mi padre siempre me animó para que leyera mucho –dijo ella con nostalgia–. En una ocasión me contó que en la casa en la que vivió de niño, había una gran biblioteca.

Jude la miraba ensimismado.

–¡Qué fascinante! –exclamó él–. Una casa con una gran biblioteca, tuvo que ser una casa grande.

–Eso creo –dijo ella. Por su expresión era evidente que se arrepentía de haber sacado ese tema y trató de cambiar de conversación–. Como no tenías queso parmesano, he puesto queso cheddar. También lleva cebollinos y todos los huevos que había.

–Mañana iré a comprar.

–Vamos, empieza a comer antes de que se enfríe –dijo ella volviendo a la cocina.

–¿No me acompañas? –preguntó Jude observando los movimientos de Cate. Parecía encontrarse tan cómoda como si estuviera en su casa.

Ella se giró y se ruborizó al percatarse de que la observaba.

–Por supuesto –dijo volviendo a la mesa con una fuente de tostadas recién hechas.

Jude se sorprendió al comprobar el hambre que tenía. En el fondo, estaba sorprendido por muchas cosas. Aquella mujer era una desconocida, pero sentía que la conocía de toda la vida. No entendía muy bien el porqué, pero así era.

La tortilla estaba deliciosa. No dijeron nada más y se terminaron la botella de vino. Jude preparó café y salieron al porche a tomarlo.

–Creo que esta noche vi un fantasma –dijo Cate.

Jude sonrió.

–¿Qué tratas de hacer? ¿Matarme de miedo?

–A mí no me dan miedo –aseguró Cate.

–Yo no creo en fantasmas ni en espíritus.

Cate lo estudió detenidamente.

–Eso no es cierto, Jude. Estoy segura de que estás convencido de que tu padre sigue presente en esta casa. Te he visto sonreír cada vez que los escalones crujen.

Jude no podía negar lo evidente.

–¿Cómo lo sabes?

–Quizá sea mi sexto sentido. Quizá el haber perdido a mi madre de aquella manera…

–¿De verdad crees que fue asesinada? –la interrumpió.

–Sí. Mi vida se quedó vacía cuando desapareció.

–Escúchame bien, Cate –dijo tomándola de la mano–. Todo se arreglará.

–No –dijo ella sacudiendo la cabeza–. Ya nada será como antes.

–Tu padrastro, ¿era un hombre violento?

No era extraño encontrar hombres que, a pesar de ser encantadores fuera de casa, fueran unos auténticos demonios dentro de ella, pensó Jude.

–Eso es lo raro –dijo Cate, y sorbió un poco de café–. Nunca le puso una mano encima a mi madre ni hubo violencia física, pero ella le tenía mucho miedo.

–Parece que tú también.

Cate se puso rígida.

–Era un hombre muy estricto. Mamá tenía que pedirle permiso incluso para salir de casa –dijo. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero consiguió contenerlas.

Jude deseó abrazarla para reconfortarla.

–Ahora entiendo por qué no soportabas vivir bajo el mismo

techo que él.

Cate bajó la mirada y se mordió el labio.

–No quiero volver a verlo en mi vida. Pero sé que tendré que hacerlo.

–Cate, pase lo que pase, todo irá bien –dijo. Aquello parecía una promesa–. Sé cómo te sientes. Pero tenemos que seguir con nuestras vidas. Tú y yo lo sabemos muy bien. ¿Estás completamente segura de que tu madre no planeaba escaparse a algún sitio y llevar una nueva vida? Mira lo que me pasó a mí. Mi padre y yo confiábamos en mi madre, pero fíjate lo que nos hizo.

Cate sacudió la cabeza.

–Siento lo que te pasó, Jude. Pero sé que mi madre nunca me habría abandonado –dijo ella, y se retiró un mechón de pelo de la cara–. Yo tenía dieciséis años y ni siquiera había acabado el colegio. Además, nos queríamos mucho. Nunca tocó sus cuentas bancarias ni las tarjetas de crédito. En marzo del año que viene será dada oficialmente por muerta.

Era evidente que había mucho dolor en su corazón.

–¿Llegaste a querer al hombre que ocupó el lugar de tu padre? –preguntó él.

–Nunca lo reemplazó –dijo Cate amargamente–. Mi padre era un hombre encantador y muy divertido. Hacía muy buena pareja con mi madre. Ella era una mujer muy bella.

–No me cabe duda, viéndote a ti.

–Dicen que yo me parezco a la familia de mi padre. Siempre me han dicho que tengo el aire de los Costello. Al menos, eso era lo que me decía mi padre.

–¿Conoces a la familia de tu padre?

–No –dijo Cate negando con la cabeza–. Debió de pasar algo en la familia y nunca los conocí. Además, están muy lejos, en Irlanda. Mi padre vino a Australia recién terminada la universidad. Era arquitecto. Trabajó en una compañía en Sydney y con el tiempo abrió su propia empresa. También dio clases en la universidad. Allí fue donde mis padres conocieron a Lundberg.

–¿Qué pasó después de que tu madre desapareciera? –dijo mirándola intensamente–. ¿Cómo pudiste seguir viviendo con tu padrastro?

–No lo hice. Ni siquiera durante las vacaciones. Mi madre tenía una amiga, Deborah, que lo convenció para que me fuera a vivir a una residencia de estudiantes hasta que acabara el colegio. Le costó

mucho trabajo convencerlo, pero fue muy persuasiva. Debió de ejercer algún tipo de presión sobre él. A ella tampoco le gustó nunca mi padrastro. Cuando acabó el colegio, me marché.

–¿Cómo que te marchaste? –preguntó Jude.

–No esperarías que me quedara a su lado –dijo Cate esbozando una sonrisa.

–Está claro que le tienes mucho miedo –respondió con expresión apesadumbrada.

–Sé que algún día me encontrará.

–Si tanto miedo le tienes, ¿por qué no haces algo? –preguntó Jude tomándola de la mano.

–¿Como qué? ¿Conseguir una orden de alejamiento? Eso no sirve para nada. Prefiero esconderme.

–¿Por eso estás aquí? ¿Has venido para esconderte de él?

–Sí. Tony y yo lo preparamos juntos. Le conté la desaparición de mi madre y se quedó desolado. Así que no quise contarle lo que sospechaba. Como ya te he dicho, en aquella época yo estaba muy confundida. Sólo tenía el apoyo de Deborah –dijo Cate, y añadió–: Además, todo el mundo admiraba a Lundberg. Es un hombre muy respetado que ha hecho importantes donaciones a la universidad.

–¿Y dónde has estado antes de venir a Isis?

–Aquí y allá –dijo sonriendo–. Nunca he permanecido demasiado tiempo en el mismo sitio, salvo en Outback, donde estuve dos años. Allí estaba segura. Y aquí también, al menos eso pensaba hasta el asunto del testamento y la visita que Ralph Rogan me hizo.

–Apenas hemos hablado de ese tema –recordó Jude.

–Dejémoslo por hoy –suplicó Cate.

–Está bien –accedió él–. Y, ¿cómo se te ocurrió dedicarte al negocio de las piedras?

–Por unos amigos de Outback. Hice unos contactos en el extranjero y me han estado ayudando. Han sido muy amables.

–¿Por qué te fuiste de allí? –preguntó Jude. Estaba ansioso por conocer todos los detalles.

–Cuidaba a unos niños, pero crecieron y ya no me necesitaban. Iban a empezar la escuela. Tenía dos opciones: irme o quedarme a vivir allí y acabar casándome con alguien. Así que tomé la primera opción. El matrimonio no entra dentro de mis planes.

–¿Por qué no?

–Me pasa lo que a ti, Jude. No creo que pueda confiar en nadie lo suficiente para casarme.

–Eso suena muy tajante, Cate.

–Es lo que siento. Me resulta muy difícil confiar en las personas, pero contigo es diferente; quizá sea porque tú también has sufrido mucho –levantó la cabeza para mirar las estrellas que brillaban en el cielo–. Será mejor que me vaya a la cama. Estoy cansada. No sé si seré capaz de asimilar todo lo que ha pasado, no entiendo nada.

Cate observó que el cabello rubio de Jude brillaba. El ambiente húmedo y salino había revuelto aún más sus rizos.

–Mañana tenemos que hablar sobre el testamento.

–No quiero su dinero, Jude –dijo Cate recogiendo las tazas–. No hay nada que discutir. Apenas puedo creerlo. Lester Rogan no tenía nada que ver conmigo, lo prometo. Únicamente era mi casero.

–Pues te ha dejado una verdadera fortuna.

Cate ni siquiera tenía interés en saber cuánto. Aquel dinero no era suyo.

–Preferiría poder tener a mi madre a mi lado –dijo Cate con tristeza, y se dio media vuelta.

Capítulo 5

La casa estaba en silencio cuando se despertó. Se giró en la cama y miró la hora en el reloj de la mesilla de noche: eran las ocho y media.

Había tardado mucho en dormirse. Con Cate en la habitación de al lado no había conseguido relajarse, especialmente después de aquellos besos apasionados que habían compartido.

«Venga Jude, tienes que levantarte», se dijo.

Escuchó ruido en la planta baja y el sonido de unas voces. Se puso unos pantalones y se mesó los rebeldes cabellos antes de salir a la terraza.

–Jimmy, ¿eres tú?

–¿Qué tal estás, hijo? –preguntó Jimmy, apareciendo justo bajo la terraza.

–Llegas pronto.

–Llevas demasiado tiempo en la ciudad. Llevo en pie desde las cinco y media. Aquí está Cate conmigo –dijo guiñándole un ojo.

–¿Os conocéis?

Cate apareció vestida con la misma falda larga que llevaba el día anterior y una blusa amarilla sin mangas de gran escote.

–Buenos días –saludó ella sonriente–. Jimmy ha estado haciéndome compañía.

–Y estoy disfrutando mucho. Venga, hijo, baja. Cate está muerta de hambre, ¿verdad?

–Claro que sí. Jimmy ha traído unos cruasanes y otros dulces de la pastelería.

–¿Vas a bajar, hijo?

–Enseguida.

Jude se lavó la cara con agua fría, se peinó y se puso una camiseta blanca.

Encontró a Jimmy sentado en una butaca del cuarto de estar junto a la cocina, mientras Cate preparaba el desayuno.

–Cate me ha contado lo que pasó anoche –dijo Jimmy con expresión de disgusto–. Ese Ralph es tan arrogante como su padre.

–Tengo una sorpresa para usted –dijo Cate mientras sacaba las

tazas–. Lester Rogan me ha dejado en herencia una gran cantidad de dinero. Ése fue el motivo por el que vino a verme.

Jimmy se incorporó de su asiento y miró a Jude.

–¿Es eso cierto?

–Sí. Cate asegura que no tiene ni idea de por qué Lester le ha dejado la mayor parte de su fortuna.

Aquella noticia tan inesperada dejó a Jimmy sorprendido. Se puso de pie y tomó a Jude del brazo.

–Jude, si Cate dice que no sabe por qué le ha dejado esa fortuna, es porque realmente no lo sabe.

Aquello era lo último que Jude necesitaba: Jimmy tomando partido por Cate.

–Tranquilo, Jimmy. Es todo una cuestión legal. –dijo tratando de sonar relajado. La presión de los dedos de Jimmy en su brazo estaba empezando a hacerle daño.

–No me sorprende. Así era Lester –dijo Jimmy soltando a Jude–. Seguro que odiaba a su hijo Ralph más de lo que éste lo odiaba a él. ¿Y qué pasa con Myra? ¿La ha dejado con las manos vacías? Pobre Myra, ¡qué vida más desgraciada ha tenido junto a Lester! ¿Y qué pasa con Mel y con Ralph? Al fin y al cabo, él es el primogénito. Lester les habrá dejado algo, ¿verdad?

Jude miró a Cate, que estaba poniendo la mesa para el desayuno. En el centro había dispuesto una bandeja de cobre con naranjas. Aquellos detalles le gustaban, a pesar de que le recordaban a su madre.

–Todos han recibido suficiente para vivir cómodamente el resto de sus vidas. Pero nadie pensó que la familia se quedaría sin la mayor parte de su fortuna.

–Tu padre conoció el contenido del testamento –dijo Jimmy rascándose la calva–. Me pregunto qué pensó de todo esto.

–Seguro que supo cuáles fueron los motivos para dejárselo casi todo a Cate –afirmó Jude.

–¿Y no se lo contó a nadie?

–Hubiera sido una falta de ética profesional, Jimmy. Ya lo sabes.

–Es sorprendente. Todavía no puedo creerlo.

–Yo tampoco –intervino Cate–. De hecho, tengo miedo. Por eso me he quedado en casa de Jude.

–Es que Jude es todo un caballero –dijo Jimmy con una gran sonrisa cómplice–. Y espero que sepa comportarse como tal.

–Ya está listo el desayuno –anunció Cate.

–¿Has preparado té, querida? –preguntó Jimmy–. El médico me ha prohibido tomar café. Dice que es perjudicial para mi corazón.

–Sí, lo sé –afirmó Cate llevando la tetera a la mesa–. Jude, para nosotros he preparado café.

–Está bien –contestó éste sujetando la silla a Cate para que se sentara.

–Esto tiene un aspecto estupendo. Se me hace la boca agua –dijo Jimmy tomando un cruasán–. Tampoco creo que esto sea muy sano. No hacen más que decirme que no coma de esto, que no coma de aquello… Y dejadme que os diga que no haga caso de nada –añadió mientras untaba la mantequilla–. ¿Tienes alguna idea de por qué Lester pudo nombrarte su heredera?

Cate negó con la cabeza.

–No tengo ni idea –reconoció ella–. Usted mismo coincidía a veces con Lester en la galería.

–No quería dejarte a solas con él –explicó Jimmy con voz disgustada.

Jude se giró hacia Cate con mirada inquisitiva.

–Nunca fue un casanova conmigo –reconoció ella.

–Lester era lo suficientemente listo para darse cuenta de que Gwennie y yo lo estábamos vigilando para protegerte de él.

Jude levantó las cejas sorprendido.

–¿Te refieres a la señorita Forsyth? –preguntó.

–La misma –confirmó Jimmy satisfecho–. Gwennie y yo hemos estado cuidando a Cate desde que llegó a la ciudad.

–Han sido muy amables conmigo –dijo mirando a Jude con una dulce expresión en su rostro. Aquella sonrisa hizo que una sensación de serenidad lo invadiese.

–La hemos vigilado como si fuésemos sus ángeles de la guarda –dijo Jimmy orgulloso–. Gwennie se va a llevar una sorpresa cuando se entere de lo del testamento. Nosotros pensábamos que estábamos protegiendo a Cate de Lester y ahora resulta que le ha dejado una suculenta herencia. Gwennie querrá investigar a fondo el porqué, ya sabes cómo es.

Jude esbozó una sonrisa. Gwennie,la señorita Forsyth, era todo un personaje. Siempre había dicho que tenía experiencias paranormales. Había sido profesora de inglés, historia y teatro en el colegio privado para niñas de Saint Agatha en Cairns hasta que se había jubilado. De eso debía de hacer unos diez años, por lo que Gwennie tendría más de setenta años.

–Será mejor que dejéis que yo me ocupe de todo esto –sugirió Jude–. ¿Cómo está la señorita Forsyth? ¿Sigue haciendo viajes astrales?

Jimmy rió.

–El otro día me dijo que había pasado la noche en el Tíbet quemando incienso con el Dalai Lama –dijo Jimmy, y añadió–: Sigue corriendo por la playa cada mañana y ya tiene setenta y cinco años.

–Eso demuestra lo saludable que es hacer ejercicio –dijo Cate sonriendo–. Espero que pueda estar como ella cuando tenga sus años.

–¿Qué vamos a hacer respecto a Ralph? –preguntó Jimmy mirando a Jude–. No podemos permitirle que vaya por ahí molestando a Cate.

–Por supuesto que no –dijo Jude–. Cate necesita seguridad. Ya me he ocupado de eso. Ahora lo que tenemos que hacer es tratar de averiguar qué relación hay entre Lester y Cate –añadió mirándola fijamente–. Tengo que revisar algunas cosas contigo, incluido el testamento.

–Si quieres, os puedo dejar a solas –se ofreció Jimmy.

–No, Jimmy, quédate –dijo Jude negando con la cabeza–. No hay nada que esconder.

–¿Por qué viniste a vivir aquí? –preguntó Jimmy–. Nunca nos lo has contado. Gwennie cree que estás huyendo de alguien. Eres una mujer muy joven y bonita para vivir en una ciudad pequeña y aburrida como ésta.

–A mí me parece un lugar magnífico. Hay un inmenso bosque tropical aquí cerca, y no olvidemos el gran arrecife de coral. Me gusta la belleza y la tranquilidad de este sitio.

–Pareces una actriz –dijo Jimmy–. Soy un viejo con más de setenta años, pero todavía sé reconocer a una mujer bonita. ¿Verdad que es bonita, Jude?

–Y misteriosa también.

–Será mejor que me vaya –dijo Jimmy, y se puso de pie–. Gracias por el té, Cate. Os dejo. Necesitáis aclarar unas cuantas cosas. Jude, ¿te parece bien si le digo a Gwennie que venga a comer con nosotros? Cuento contigo también, Cate.

–Se lo agradezco, Jimmy, pero tengo que abrir la galería –repuso Cate, aunque no parecía muy convencida.

–Jimmy, ¿recuerdas cuándo Lester Rogan vino a vivir aquí?

El anciano se rascó la cabeza tratando de recordar.

–Debió de ser un año o dos antes de casarse con Myra. Salió con muchas chicas y todos hacíamos apuestas acerca de con quién acabaría. Por aquel entonces, Myra era una mujer muy guapa y su padre se estaba haciendo rico comprando y vendiendo terrenos. Él fue uno de los primeros constructores y el que introdujo a Lester en el negocio. Pero a diferencia de otros jóvenes de su misma edad, Lester ya era rico cuando llegó, aunque desconozco por qué. No recuerdo que hablara nunca de su familia. Quizá Gwennie recuerde algo. A ella la invitaron a la boda, y a tus padres también.

Jude se quedó pensativo unos segundos.

–Recuerda decirle a la señorita Forsyth que venga a comer con nosotros. Me gustará volver a verla. Además, quizá nos pueda aclarar algo. ¿Te parece bien, Cate?

–Por supuesto –dijo ella asintiendo con la cabeza–. Necesitamos toda la ayuda posible para recabar información.

De camino a la puerta, Jimmy se giró.

–Jude, ¿te parece bien si hago una reserva en el restaurante de Elio para cuatro? ¿Dentro o fuera?

–Fuera estará bien. Me gusta el patio. Creo que a la una es buena hora.

–Me vas a ver tan guapo, Cate, que apenas podrás reconocerme –bromeó Jimmy antes de irse.

–Eso espero –dijo Cate sonriendo mientras recogía las tazas del desayuno y las llevaba a la cocina–. Jude, necesito volver a casa. No puedo estar escondida aquí para siempre.

–Me temo que tienes razón –respondió Jude pensativo–. Todo esto es muy extraño. Nadie nombra heredera a una desconocida así como así.

–Claro que no. Lo normal cuando no se tiene familia es recurrir a instituciones benéficas, a sociedades protectoras de animales…

–Pero no es el caso de Lester Rogan. Él sí tenía una familia.

–No entiendo por qué me ha legado la mayor parte de su fortuna a mí. ¿Puedo ver el testamento? –preguntó ella con voz nerviosa.

–Claro, voy por él –dijo Jude. Él también sentía los nervios a flor de piel.

Regresó con el documento y se lo entregó.

–Ve directamente a la segunda página –le indicó.

–Gracias –dijo Cate sentándose en una de las sillas de la mesa de cristal para leerlo–. Este testamento se hizo hace más de dos años.

Es decir, antes de que yo viniera a vivir aquí. Revoca cualquier otro testamento preexistente.

–Sí –confirmó Jude. El anterior heredero era Ralph.

–Aquí dice que soy dueña de terrenos, casas, edificios… ¡Incluso la galería es mía!

–Todo, incluso una gran cantidad de dinero.

Cate sacudió la cabeza.

–Nunca me comentó que fuera a hacer algo así.

–Tienes que hacer memoria y decirme de qué cosas hablabais –dijo Jude.

–¿Y de qué servirá? –preguntó Cate.

–Ya lo veremos. ¿Recuerdas si te preguntó por tu madre, tu padre, tu padrastro o cualquier otro detalle de tu vida?

Cate se quedó mirándolo fijamente. Estaba viendo un lado de Jude que todavía no conocía: el profesional.

–¿Por qué me da la impresión de que no crees una sola palabra de lo que te he dicho?

–Eso no es cierto. Necesito respuestas, Cate, y tú eres la única que puede dármelas.

Ella sacudió la cabeza.

–Ya te he dicho que no tengo respuesta para lo que quieres saber –dijo ella enfadada.

Jude se sentó frente a ella.

–No me has dicho todo lo que sabes, Cate. Hay algo que me ocultas.

–¿El qué? ¿Qué me acostaba con Lester Rogan?

–¿Es eso cierto? –preguntó él directamente.

Cate hizo amago de levantarse, pero él la detuvo tomándola por la muñeca.

–Venga, cálmate.

–Das por hecho que lo hacía y no es cierto en absoluto –dijo confiando en que soltara su mano. El simple roce con su piel la aturdía–. Puede que Lester Rogan fuera un mujeriego, pero conmigo no se comportó como tal.

–¿Así que no hubo nada sexual?

–¿Cuántas veces quieres que te lo diga? –exclamó Cate desesperada.

–Discúlpame, pero tengo que encontrar algo que me permita pararles los pies a los Rogan. Ya has visto a Ralph; está enfadado y es muy peligroso. ¿Crees que puedes tener algún lazo familiar con

Lester Rogan?

Cate lo miró horrorizada.

–Hasta que llegué aquí no había oído hablar de él.

–Háblame de tus padres. Empecemos por tu madre. ¿Crees que pudo conocer a Lester Rogan en algún momento de su vida?

–No lo creo.

–Pero no lo sabes con seguridad. Lester Rogan fue un hombre muy atractivo y tuvo muchas aventuras. Lo mismo que Ralph.

–No sé cómo alguien puede encontrar atractivo a Ralph –dijo Cate–. Es un ser horrible. Tampoco imagino a mi madre con Lester. Tony la amaba y deseaba casarse con ella, pero ella quería a mi padre y se casó con él con tan sólo veinte años.

–¿Cuál era el apellido de soltera de tu madre? –preguntó Jude.

–Lo siento, pero me resulta muy difícil hablar de mi madre –dijo Cate poniéndose de pie.

–Por favor.

–Courtney.

–¿Nació en Australia?

–Sí, pero mi padre no. Te lo dije anoche. Él era irlandés. Era un hombre inteligente, culto y todo un caballero. Estaba muy orgullosa de él.

–Quizá tu padre conocía a Lester Rogan –murmuró Jude.

–No lo sé –dijo Cate. Por momentos estaba más enojada–. Pareces un policía en vez de un abogado.

–No quiero molestarte, Cate. Estamos tratando de establecer la relación entre tu familia y la de Lester Rogan. Por cierto que Rogan es un nombre irlandés, ¿verdad? Rogan, Regan, Reagan,…

–¿Qué pasa con ello? –preguntó Cate sentándose otra vez–. Muchos inmigrantes irlandeses vinieron a Australia. Dicen que hay más irlandeses fuera de Irlanda que dentro. Casi todo el mundo tiene antepasados de Inglaterra, Irlanda o Escocia. Pero Lester Rogan tenía un marcado acento australiano. A pesar de todo el dinero que tenía, no era un hombre con cultura. Mi padre tenía un agradable acento irlandés. No veo qué conexión pudiera tener con Rogan. Y ahora, quisiera irme a mi casa.

El ambiente entre ellos era tenso. Ninguno de los dos podía olvidar lo que había pasado la noche anterior en la playa.

–Está bien, te llevaré.

–No quiero que pienses que soy una desagradecida.

Jude empujó su silla hacia atrás y se puso de pie. Deseaba a

aquella mujer, pero no podía perder el control. Eso sólo estropearía las cosas.

–Tenemos que seguir hablando, Cate –dijo volviendo a comportarse como un abogado–. Y tengo que decirte que no estoy en absoluto de acuerdo con que pases la noche sola en la galería.

–No tengo otra opción –dijo Cate tratando de controlar su voz para que sonara calmada. Ralph Rogan la había asustado y ella no se asustaba fácilmente.

–Te puedes quedar si quieres –dijo él–. Aquí estarás a salvo.

Quizá estaba siendo amable por puro egoísmo, pensó Jude. Apenas sabía nada de ella, más allá de lo evidente: que era una mujer preciosa hacia la que se sentía fuertemente atraído. Su pasado era dramático. Por un lado, estaba la misteriosa desaparición de su madre y, por otro, la posible relación de su padrastro con dicha desaparición. ¿Habría tenido realmente algo que ver su padrastro en ello? Quizá había sido la mala relación de Cate con su padrastro lo que la había llevado a sospechar de él. Había muchos interrogantes en toda aquella historia.

–¿Seguro? –dijo ella con una sonrisa–. No estarás buscando tener una aventura conmigo, ¿verdad?

–Eso sólo complicaría más las cosas. Me gustas y no lo puedo disimular. Y menos después de lo que sucedió anoche. Pero tengo una misión que cumplir. Y no quiero que vuelvas a la galería. Aunque avisara a la policía, Ralph no sería capaz de mantenerse alejado. Además, para empeorar las cosas le gusta beber. No hace otra cosa más que emborracharse desde que cumplió catorce años.

–¿Crees que sería capaz de hacerme daño?

–Sí. Y tú lo sabes.

–Quizá podría quedarme en casa de la señorita Forsyth –dijo Cate, y se quedó pensativa–. Seguro que no pondría reparos. Ella y Jimmy han sido muy amables conmigo.

–¿Tienes miedo de mí? –preguntó Jude sonriendo.

–¿Qué quieres que diga? ¿Que prefiero quedarme aquí contigo?

–Esta casa es más grande que la de la señorita Forsyth. Si no recuerdo mal, la suya es pequeña y está llena de gatos. Es una mujer un tanto peculiar.

Cate esbozó una dulce sonrisa.

–Yo diría excéntrica –lo corrigió–. ¿Crees que Ralph vendrá aquí? Cuando sepa que estoy contigo, se pondrá furioso.

–¿Más de lo que ya está? –preguntó Jude levantando una ceja–.

No te preocupes. Seguro que Ralph todavía recuerda la última vez que llegamos a las manos. Pero no hablemos de eso ahora y vayamos a tu casa.

Capítulo 6

Quince minutos más tarde, Jude tomó la desviación y entró en la calle sin salida en donde estaba la galería de Cate. Ya no tendría que pagar un alquiler por ella, era suya. Todo gracias a Lester Rogan. Hasta el momento no había podido establecer qué conexión existía entre Cate y Lester.

No tendría que trabajar nunca más ni pasaría apuros económicos en toda su vida. Se había convertido en multimillonaria de la noche a la mañana. Pero ahora mismo tenía un gran problema con el anterior heredero, Ralph Rogan, el primogénito de Lester.

Jude detuvo el coche y Cate se quedó observándolo. No llevaba nada de maquillaje y, aún así, estaba preciosa. Él volvió a sentir un fuerte arrebato de deseo. ¿Cómo era posible que aquella mujer le estuviera robando el corazón?

–No quiero entrar –dijo asustada.

Jude sonrió tratando de animarla.

–Te entiendo, Cate, pero debemos entrar. Tienes que comprobar que todo está bien y cambiarte para ir a comer.

–Ha estado aquí –afirmó ella temblando.

–Quédate aquí –dijo poniéndole una mano sobre el hombro para tranquilizarla–. Iré a ver.

–No, entraremos juntos.

Cate se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del coche, dirigiéndose a la puerta trasera de la casa.

Jude fue tras ella y se aseguró de llegar el primero a la puerta.

–¿Está todo en orden? –dijo Cate mientras esperaba impaciente al pie de la escalera del porche.

Jude miró a través de las ventanas. A pesar de que conocía a Ralph y lo que era capaz de hacer, no podía creer lo que estaba viendo.

–Quédate aquí fuera –ordenó Jude.

La puerta trasera había sido forzada. Jude entró y comprobó que dentro de la casa todo estaba revuelto. Ningún mueble había quedado en su sitio. Las estanterías habían sido arrojadas al suelo y había libros por doquier. Estaba claro que Ralph había estado en la

casa y había dado rienda suelta a su furia.

Jude se dirigió al dormitorio y, antes de entrar, se dio cuenta de que Cate estaba a su lado. Estaba horrorizada. El armario estaba vacío y toda la ropa tirada por el suelo. Todos los adornos estaban rotos en mil pedazos. Para su sorpresa, el retrato que Tony le había pintado de niña, estaba intacto.

El cuarto de baño olía intensamente a una mezcla de esencias proveniente de los numerosos frascos y tarros de perfumes, cremas y sales de baño, que habían sido reventados. Cate salió de allí llorando y se dirigió rápidamente a la galería.

La puerta tenía un cerrojo que parecía intacto. Cate sacó la llave. Mientras la abría, Jude sintió un nudo en el estómago. La galería tenía dos entradas. La principal, por la que se accedía a través de una gran puerta de acero que Cate había hecho instalar y la puerta trasera, por la que estaban entrando. Con un poco de suerte, Ralph no habría logrado entrar.

Cate encendió las luces.

–Gracias a Dios –dijo aliviada.

Jude miró a su alrededor fascinado. Recordó cómo había sido la galería en tiempos de Tony Mandel. Cate había transformado las inmaculadas paredes blancas en una cueva de cristales brillantes. El interior parecía un caleidoscopio debido a los destellos de las aguamarinas, las amatistas, los cuarzos, las obsidianas y algunos otros minerales de color morado, naranja, amarillo, verde, azul… cuyos nombres Jude desconocía. Estaban dispuestos en estanterías colocadas en las paredes en forma de pirámides. Parecía estar en otro mundo.

–Es muy bonito –dijo Jude maravillado.

–Gracias –repuso Cate sin poder retirar los ojos de su rostro, como si en aquel momento nada más existiera en el mundo. Todavía podía recordar el sabor de su boca.

–Menos mal que no ha podido entrar –dijo Jude observando detenidamente la colección de piedras semipreciosas–. Quizá hubo algo que lo interrumpió y no pudo llegar hasta aquí. Esto ha sido idea de Ralph. Lo ha podido hacer él personalmente o alguien a quien haya pagado por hacerlo. No sería la primera vez. Estoy seguro de que ha sido él. Tenemos que llamar a la policía, no podemos dejar que se salga con la suya.

–Será mejor que lo olvidemos –sugirió Cate.

Jude negó con la cabeza.

–Me quedaría más tranquilo si la policía supiese lo que ha pasado –dijo él.

–¿Y si no fue Ralph?

–¿Quién podría ser si no? Después de lo que ha pasado, no me cabe la menor duda.

–Quizá pretenda que llamemos a la policía y que sepan todo lo que ha pasado. Quiere que todo el mundo sienta pena por él y me vean a mí como la malvada que se ha quedado con su herencia. Además, seguro que tendrá una buena coartada.

–Conozco a Ralph y a sus amigos desde hace años. Debe de haber huellas suyas por toda la casa. Aunque siempre puede decir que son de su visita anterior.

–Exacto –dijo Cate–. No quiero llamar a la policía, Jude. Quiero llevar este asunto discretamente.

Cate parecía asustada. Jude deseaba estrecharla entre sus brazos y borrar aquella expresión de su rostro.

–Tienes un enemigo y la próxima vez tratará de entrar en la galería. Piensa en todo el daño que puede causar a la colección que tienes.

Cate recorrió la galería con la mirada.

–Me alegro de que te gusten –dijo ella–. ¿Crees que podrán instalarme un sistema de seguridad hoy mismo? Tenía que haberlo hecho nada más transladarme aquí.

–Habría sido una buena idea.

–Todos los vecinos parecían muy agradables, abiertos y honestos. Pero ese animal tuvo que venir y hacer esto. Los Harvey viven aquí cerca. Seguro que oyeron algo. Aunque estoy segura de que no vino en su llamativo coche rojo.

Jude se encogió de hombros.

–Quizá trató de pasar desapercibido con cualquier cosa: una gorra, unas gafas de sol, una barba postiza… Ralph nunca ha sido muy listo. Es posible que incluso todo esto lo haya hecho algún amigo suyo. Fíjate que tu retrato está intacto. Estoy seguro de que quien lo hizo ni siquiera te conocía. Por cierto que es un retrato magnífico.

–Tony es un artista con mucho talento –afirmó Cate–. Me habría llevado un gran disgusto si el cuadro hubiera sufrido algún daño. Tiene un gran valor sentimental para mí.

–Y económico también –puntualizó Jude.

–Para mí lo que cuenta es que es una obra de Tony –dijo Cate, y

añadió–: Me sentiré mejor cuando limpie todo esto.

Jude miró su reloj.

–Será mejor que cancele la comida –dijo él.

–Ni hablar. Tú sí irás.

–No seas tonta –replicó en un tono demasiado brusco–. Sigo pensando que lo mejor sería llamar a la policía. Tienes que denunciar que alguien ha forzado la puerta y ha entrado en tu casa.

Cate se echó el pelo hacia atrás.

–Por favor, Jude. No quiero hacerlo.

–¿Por qué tengo la sensación de que me ocultas algo?

–Tienes que creerme –suplicó Cate–. Será mejor que empiece a poner todo en orden.

Jude sacó su teléfono móvil del bolsillo.

–Dame un minuto para llamar a Jimmy y enseguida te ayudaré. Ten cuidado cuando entres en el cuarto de baño. Está lleno de cristales rotos. Yo me ocuparé de limpiarlo.

–¿Qué clase de persona puede haber hecho esto? –preguntó Jimmy mirando todo aquel caos.

–Te daré una pista. Su nombre empieza por erre. Y eso que llevamos media hora limpiando. Tenías que haber visto cómo estaba cuando llegamos. Acabamos de colocar todos los libros en su sitio.

–Ha destrozado esa bonita lámpara que tenías aquí –dijo Jimmy–. No entiendo por qué no quieres llamar a la policía. Bennet es un buen hombre. Además, la policía está para protegernos.

–Eso lo está haciendo Jude de maravilla –dijo Cate sonriéndole, pero él no le devolvió la sonrisa.

–Yo también le he aconsejado que lo denuncie –intervino Jude.

–La próxima vez tratará de entrar en la galería –dijo Jimmy.

–Hay muchas probabilidades de que Ralph rompa alguna ventana y entre por ahí. Menos mal que Cate había hecho instalar un buen cerrojo en la puerta que comunica la galería con la casa –dijo Jude mirando a Jimmy–. Seguro que Ralph Rogan ha decidido dejar la galería para su próxima visita.

–Tenemos que pensar algo para evitarlo –intervino Jimmy rascándose la calva.

–Ya he llamado para que instalen unas cuantas cosas, incluida una cámara de seguridad. Cate puede permitirse pagar todo eso

ahora. Estoy convencido de que volverá en breve –añadió Jude.

–¿Qué puedo hacer? –preguntó Jimmy–. Ese Ralph es un miserable y un cobarde. No me extrañaría que lo hubiera hecho ese amigo suyo llamado Kramer por un buen dinero. Kramer apenas tiene amigos y a Ralph le gusta tenerlo a su alrededor.

–Ya hablaré con Ralph más tarde –dijo Jude–. Ayúdame aquí, Jimmy, mientras Cate se ocupa de arreglar el dormitorio.

–Está bien –asintió Jimmy poniéndose manos a la obra.

La señorita Forsyth se quedó sin palabras cuando vio el estado en que había quedado el dormitorio de Cate.

–Respeto tu decisión de mantener oculto lo que ha pasado, querida, pero tengo que decirte que estoy de acuerdo con Jimmy y con Jude. Lo mejor sería que llamaras a la policía. Alguien tiene que pararle los pies a Ralph Rogan y darle una lección.

Cate miró a la alta y esbelta anciana que tan amable estaba siendo con ella. Le tenía mucho aprecio. Llevaba su impecable uniforme diario: camisa amplia de algodón, pantalones de color beige de lino y sandalias de cuero marrón.

–Su padre ya le ha dado la primera gran lección, señorita Forsyth –dijo Cate–. Imagino que Jimmy ya le habrá dicho que soy la heredera de Lester Rogan.

–Es el tipo de sorpresa que puede provocarle a uno un ataque al corazón –afirmó la señorita Forsyth, y se agachó a recoger algunos vestidos–. Hay algo que quiero preguntarte, querida. ¿Conocías a Lester antes de llegar aquí?

–Nunca antes había oído hablar de él. Ya se lo he dicho a Jude. Está siendo muy amable conmigo a pesar de que no crea lo que le digo.

–Jude es todo un caballero –afirmó la señorita Forsyth, y añadió–: No podrás negarnos que el asunto de la herencia es una historia muy extraña. Tiene que haber alguna conexión.

–Pero la desconozco –aseveró Cate, dando vueltas por la habitación.

La señorita Forsyth recogió unas camisetas del suelo.

–¿Las guardo en uno de estos cajones?

–Sí, por favor, en el primero. Pero no se preocupe y siéntese.

–No puedo estar sin hacer nada –dijo la señorita Forsyth mientras doblaba las camisetas y las guardaba en el cajón–. Ralph

está muy enfadado con todo el asunto del testamento de su padre. Es lógico, nadie se lo esperaba. Lester era un hombre muy cruel que ha hecho sufrir mucho a su familia. Eso cuando lo veían, porque apenas iba por su casa. Sospecho que tenía cosas mejores en las que entretenerse.

Cate dejó lo que estaba haciendo y miró a la señorita Forsyth con perplejidad.

–¿Qué cosas?

La mujer se encogió de hombros.

–Lester tuvo relaciones con muchas mujeres. Con el tiempo, Myra terminó por aceptarlo. No me extrañaría que Lester tuviera algún hijo desconocido.

–No me mire a mí –dijo ella–. Mi madre estaba locamente enamorada de mi padre. Fue el amor de su vida.

–Estoy segura, querida. No te enfades. Estamos haciendo suposiciones.

–Además, físicamente me parezco a la familia de mi padre. Tengo los mismos rasgos y el mismo color de pelo. Por lo que la conexión con Lester no viene por ahí. Tampoco sé por qué era tan amable conmigo ni por qué me ha dejado la mayor parte de su fortuna. No me alegra en absoluto. No quiero su dinero. Sé que usted y Jimmy se preocupaban mucho cada vez que venía a la galería, pero todo lo que hacía era hablar.

–¿De qué hablabais? –preguntó la señorita Forsyth en tono calmado–. Te escucho, querida. Tan sólo quiero ayudarte.

Cate se encogió de hombros.

–Eran conversaciones triviales, sin importancia. Hablábamos sobre minerales y sus propiedades. Tenía mucho interés en ello. Le gustaba oír historias de mi época en Outback.

–¿Te hacía preguntas sobre tu vida? –preguntó la señorita Forsyth pensativa.

Cate se sonrojó.

–Le hablé sobre mi infancia. Sobre mi padre y mi madre. También hablamos sobre Tony. Tony le vendió la galería.

La señorita Forsyth dejó a un lado la prenda que estaba doblando y se quedó mirando fijamente a Cate.

–¿Por qué no nos has hablado de tu pasado, querida? Sabes que somos tus amigos y que te apreciamos. Por supuesto que respetamos tu intimidad, pero tienes que confiar en nosotros. Tiene que haber algún motivo por el que Lester te mencionó en su testamento.

Tenemos que descifrar la clave de este misterio.

–De verdad, señorita Forsyth –suplicó Cate–. No he tenido ninguna relación sentimental con Lester Rogan.

–Eso no es lo que necesitamos saber, querida. De todas formas, déjame que te diga que esa posibilidad nunca se me pasó por la cabeza.

–A Jude sí –dijo Cate apesadumbrada.

–Eso te molesta, ¿verdad?

–Por supuesto –reconoció Cate.

–No olvides que Jude es un abogado, querida y, como albacea del testamento, ha de tener en cuenta todas las posibilidades. Estoy segura de que fue una de las primeras ideas que desechó. Tengo la impresión de que la clave va a estar en tus padres. Toda esta historia tiene que tener una lógica. Lester no era ningún demente. ¿Quién podría ayudarnos?

Cate se sentó en la cama y se cruzó de brazos.

–Soy huérfana, así que con mis padres no podemos contar.

–Quizá conocía a tus padres. Tuvo que haber una estrecha relación que permaneció a lo largo de todos estos años. Lester no era un filántropo, era un ser cruel que disfrutaba haciendo daño. A lo mejor con esta herencia quería compensar algo. En los últimos años, Lester sabía que podía sufrir un ataque al corazón en cualquier momento, y era una manera de poner orden en su vida.

Cate suspiró.

–Lástima que no tuviera en cuenta todo el daño que su decisión causaría. Tuvo que imaginarse cuál sería la reacción de su familia, lo sorprendida que se quedaría al conocer el testamento. ¿Y qué pasa conmigo? ¿No tuvo en cuenta el peligro al que me exponía? Él sabía cómo era su hijo. Todo lo que ha hecho ha sido ponerme en peligro.

El técnico tardó un buen rato en instalar el nuevo sistema de seguridad. Mientras Jude, Cate y Jimmy se afanaban en restaurar el orden de la casa, la señorita Forsyth se ofreció para preparar algo de comida. Tras unos minutos, regresó con una bandeja llena de bocadillos que preparó con los ingredientes que encontró en la nevera de Cate y una jarra de té helado. Había sándwiches de pollo y aguacate con mayonesa y nueces, de cangrejo y queso, de pavo y salsa de mango. Todos estaban hambrientos y comieron con

ansiedad.

–No me sorprendería que cualquier día de estos acabáramos casándonos, Gwennie –dijo Jimmy pellizcando cariñosamente la mejilla de la señorita Forsyth.

Ella rompió a reír.

–No me tomes el pelo, Jimmy. Estoy muy bien como estoy. Además, ya sabes que nunca accedería, así que lo mejor será que sigamos siendo amigos.

–Lo dice una mujer que el día de su boda escapó por la ventana del cuarto de baño –dijo Jimmy.

Cate no sabía si lo había dicho en serio o no.

–¿Es cierto, señorita Forsyth?

–Por supuesto que no, y no trates de arruinar mi reputación, Jimmy –contestó golpeando suavemente a Jimmy en el pecho–. Salí por la ventana del cuarto de baño para escapar de mi prometido, el hombre más estúpido que he conocido en mi vida. Había estado escuchando cómo ensayaba un sermón durante más de una hora y no lo soportaba más. Era un reverendo y fue mi madre la que decidió que tenía que casarme con él. Él se sintió ofendido y rompió nuestro compromiso, lo que molestó a mi madre. No creo que hubiera sido una buena esposa para un reverendo. Además, así pude viajar por todo el mundo antes de quedarme a vivir aquí.

–¿Es usted inglesa? –preguntó Jude.

–Tengo familia inglesa y también irlandesa. Siempre pensé que Lester Rogan tenía un ligero acento irlandés –dijo frunciendo el ceño–. Por alguna razón trataba de disimularlo. Siempre me pareció que exageraba su acento australiano.

–Ahora que lo dice, es cierto –admitió Cate pensativa.

–¿Es posible que su país natal fuera Irlanda? –preguntó Jude dirigiéndose a la señorita Forsyth.

–Él siempre decía que llevaba toda la vida viviendo en Australia, que había nacido aquí –dijo analizando sus propias palabras.

–¿Lo duda?

–Como ya he dicho, había algo extraño en su acento, si uno se paraba a escucharlo detenidamente.

–El padre de Cate era irlandés –dijo Jude.

–Lo sé –contestó la señorita Forsyth.

–Quizá existiera alguna relación entre él y Lester Rogan. Puede que incluso fueran de la misma familia.

–Aunque eso fuera cierto y yo fuera familiar lejano suyo, ¿por

qué iba Lester a dejarme su fortuna?

–Es una posibilidad que tenemos que considerar.

–¿Ha dejado algún tipo de carta, Jude? Quizá en algún sitio dejó escritos los motivos que le llevaron a designarte su heredera –dijo la señorita Forsyth–. El bueno de Matthew a lo mejor lo convenció para que lo hiciera.

–No he encontrado ninguna carta –dijo Jude negando con la cabeza sin retirar los ojos de Cate–. Ya he revisado los expedientes de mi padre, pero volveré a hacerlo.

–Seguramente Matthew sabía qué relación existió en todo esto –dijo Jimmy–. Lester confiaba en él. Lástima que tu padre muriera tan inesperadamente.

–Fue una tragedia –intervino la señorita Forsyth–. Desde luego que Lester nos ha puesto a todos en una posición muy difícil. No quiero pensar que habría pasado anoche si no hubieras llegado a tiempo a casa de Cate.

–No puedo obligar a Cate a que ponga una denuncia, así que iré a hablar con Ralph y con su madre.

–Pobre Myra. Apenas puede controlar a su hijo –dijo la señorita Forsyth–. Myra es una mujer frágil y sin personalidad. Lester la ignoraba, nunca la amó. Siempre la trató como si fuera una más de sus pertenencias. Se casó con ella porque le convenía. Su suegro le enseñó todo lo que sabía sobre los negocios inmobiliarios.

–Al poco tiempo de casarse con Myra empezó a ganar mucho dinero –intervino Jimmy–. Y no es que le hiciera falta. Tenía su propia fortuna. Me preguntó de dónde la sacó. Nunca fue un caballero como tu padre, Jude. Si al menos tu padre viviera, nos podría decir todo lo que necesitamos saber.

Capítulo 7

Jude encontró a Ralph sentado en el escritorio de su padre, en el estudio de la mansión de los Rogan. No había llamado antes de ir para evitar que se fuese. Melinda lo recibió con alegría y lo condujo hasta donde estaba su hermano. Ella decidió quedarse en la puerta y así ser testigo de lo que allí se hablase, pero Ralph la echó.

–Está bien, Mel. Vete. Jude quiere hablar conmigo, no contigo.

Jude miró a Melinda con una dulce sonrisa en los labios.

–Hablaremos antes de que me vaya, Mel –prometió Jude–. Tengo que hablar con Ralph. ¿Qué tal tu madre?

–En la cama, como de costumbre –intervino Ralph–. Parece la única mujer en el mundo que ha perdido a su marido. Encima un marido que no la amaba y que se comportaba como un bastardo con ella.

–¿Cómo puedes hablar así? –protestó su hermana–. Siempre has odiado a papá.

–Te recuerdo que tú también, Mel. ¿Por qué no maduras? Búscate un trabajo.

–¿Por qué tienes que ser tan ofensivo? –preguntó Jude–. A lo mejor es que has decidido pasar el resto de tu vida haciendo daño a tu madre y a tu hermana.

–Quizá es que me parezco más a mi padre de lo que había imaginado –dijo Ralph, y suspiró.

–No tienes por qué comportarte como él. Tú puedes ser diferente. Puedes olvidar el pasado y preocuparte del futuro. Y Mel, tú podrías viajar –añadió Jude girándose hacia ella–. Hay un mundo ahí fuera esperándote y seguro que la experiencia te beneficiaría mucho.

–Es incapaz de hacerlo –afirmó Ralph–. Será mejor que permanezca en casa y siga con su vida miserable.

–Tiene que ser muy miserable teniéndote a ti como hermano –replicó Jude–. Si yo estuviera en tu lugar, trataría a tu madre y a tu hermana con más cariño. Esta casa no es tuya, ni este estudio ni esa mesa. Todo esto es de tu madre.

–Tiene razón, Ralph –afirmó Melinda como si se acabara de dar

cuenta de ese detalle–. Mamá podría echarte de esta casa.

–¡No me hagas reír! –exclamó Ralph. Había un brillo malicioso en sus ojos–. Mamá no tiene ni idea de nada, y menos de cómo llevar esta casa.

–Pero puede contratar a alguien –dijo Jude–. Trataré de buscar un administrador para que la ayude con los asuntos financieros. Estoy aquí para ayudar.

–Por supuesto –dijo Ralph con ironía–. Se me olvidaba que tú eres el hombre perfecto.

–Créeme. Estoy aquí para defender los intereses de tu madre y de tu hermana. También los de Cate Costello. ¿Por qué no le cuentas a Mel lo que estuviste haciendo anoche antes de que se lo diga yo?

–Ni se te ocurra –dijo Ralph furioso.

–No seas ridículo.

–¿Qué es lo que hizo? –intervino Melinda interesada.

–¿Es que no me has entendido? –gritó Ralph–. Esto no tiene nada que ver contigo, Mel.

–Será mejor que te vayas, Mel –le aconsejó Jude.

Melinda se quedó mirando a su hermano.

–Cualquier día de estos cometerás alguna tontería –dijo ella.

–Si no te vas inmediatamente, la haré ahora mismo –amenazó Ralph poniéndose en pie.

–Siéntate y quédate tranquilo –dijo Jude con voz autoritaria. Ralph obedeció–. Ya tienes bastantes problemas.

–¿Quieres que te traiga algo, Jude? Té, café, un refresco… –ofreció Melinda.

Jude sintió lástima por ella. Su vida y la de su hermano habían sido un infierno.

–Estoy bien, gracias. Si quieres, tomaremos un café antes de que me vaya –dijo Jude.

–¡Perfecto! –exclamó Melinda, y sus mejillas se sonrojaron.

–Esa estúpida está enamorada de ti –dijo Ralph cuando su hermana se hubo marchado del estudio.

–Tonterías.

–No te habrás dado cuenta, pero bebe los vientos por ti desde que era una niña. Aunque ya debes de estar acostumbrado a que todas las mujeres se fijen en ti, ¿verdad?

Jude se encogió de hombros.

–El motivo de mi visita es comentar lo que hiciste anoche.

Ralph se reclinó en su asiento y puso las manos detrás de la cabeza.

–Sé que fui un tanto brusco, pero ya me disculpé. Estaba borracho.

–¿Y por eso regresaste más tarde y revolviste toda la casa?

–¿De qué me estás hablando? –preguntó Ralph con expresión de inocencia–. Te estás confundiendo.

–Creo que no. Hay huellas tuyas por toda la casa.

–¿Y qué? Tu mismo estabas allí cuando fui a ver a esa zorra.

–Tiene un nombre –dijo Jude enfadado.

–¿No me digas? También te ha atrapado en sus garras, ¿verdad? Reconozco que no está mal si te gustan las de su tipo. Después de salir de allí me fui a casa de Amy Gibson, donde pasé la noche. Si no me crees, llama a Amy y te dará más detalles.

–Sólo un tonto te creería –repuso Jude–. Tenías motivos para hacer lo que has hecho, pero eso no lo justifica. La policía te hará más preguntas.

Aquello no era cierto, ya que Cate se había negado a denunciar ante la policía lo que había pasado, pero Jude pretendía intimidar a Ralph.

–Por mí no hay problema. Yo no estuve allí. Debió de hacerlo otra persona. Hay muchos hombres interesados en ella en la ciudad. Mira cómo atrajo a mi padre. El viejo loco era su amante.

–Yo no lo creo, Ralph. Como te acerques a ella o a su casa, o la amenaces de alguna manera, me aseguraré de que acabes en la cárcel. Lo digo en serio.

–¿No se supone que estamos juntos en esto? Esa pelirroja me ha quitado la herencia. Yo soy el heredero legal de mi padre, el hijo primogénito. Y, ¿quién es ella? Si no era su amante, ¿quién demonios es? Lo que está claro es que aunque tenga ese aspecto angelical, consiguió sacarle a mi padre lo que quería.

–Hay algo detrás de todo esto que estamos tratando de averiguar.

–¡Claro que tiene que haber algo! –exclamó Ralph–. A lo mejor es hija ilegítima de mi padre. Tuvo muchas aventuras en su vida, la mayor parte del tiempo mi madre no sabía dónde estaba metido.

–Te prometo que seguiré investigando y que en cuanto sepa algo, te lo diré. De momento, sólo te haré una advertencia: mantente alejado de Cate Costello.

–Vosotros dos os estáis haciendo buenos amigos, ¿verdad? –dijo

Ralph. Su aspecto era desaliñado e incluso parecía estar algo bebido–. ¿Cómo vas a arreglar todo esto? –añadió. Su tono había pasado de agresivo a preocupado–. No estoy dispuesto a dejar que una desconocida se marche con la fortuna de mi familia. Sé que tú tampoco lo permitirás y que harás lo que haga falta. Todo esto es una locura.

Jude sacudió la cabeza.

–Estoy de acuerdo. Y también Cate Costello. Asegura que no tiene ni idea de por qué tu padre ha hecho una cosa así.

–¿Cómo puedes confiar en las mujeres? –preguntó Ralph agitando bruscamente los brazos en el aire–. Mira cómo tu madre se fue de la noche a la mañana sin deciros nada para ir detrás de otro hombre. No se fue por amor, Jude, se fue por dinero, por mucho dinero. El motivo siempre es el mismo. Las mujeres buscan dinero al igual que los hombres buscan poder. ¿Quién sabe por qué esa pelirroja vino hasta aquí? ¿No se te ha ocurrido pensarlo? Quizá era la querida de Tony Mandel y un buen día oyó hablar de papá, un importante hombre de negocios inmobiliarios, y prefirió irse con él.

–Hay otra posibilidad que tenemos que averiguar –dijo Jude–. ¿Alguna vez tu padre habló de su infancia? ¿Sabes dónde nació, dónde está su familia?

–Era un hombre que nunca daba explicaciones de nada. Sé que antes de casarse con mi madre, le contó que no tenía familia porque la había perdido siendo muy joven. No sé nada del pasado de mi padre.

–Siempre hay alguna forma de averiguarlo. La señorita Forsyth dice que tenía un ligero acento irlandés.

Ralph rió con sorna.

–¿Qué demonios sabe ella?

–Tiene familia irlandesa.

–Siempre pensé que era una mujer lista, pero ahora veo que estaba equivocado. El acento de papá era australiano. De todas formas, ¿qué importa que fuera irlandés?

–El padre de Cate Costello nació en Irlanda. Murió hace algunos años, así que no podemos hablar con él. Necesitamos respuestas. No te culpo por sentirte traicionado, pero no tiene ningún sentido hacer daño a Cate Costello. Estoy convencido de que es una víctima inocente en todo esto.

–¿Víctima? –dijo Ralph, y soltó una carcajada–. Ahora mismo es una mujer rica, muy rica.

–Hay algunos detalles que no conocemos. Te pido que me des tiempo para tratar de averiguarlos.

Ralph se balanceó en su butaca.

–¿Cuándo vas a regresar a tu trabajo? –preguntó.

–Me quedaré por aquí durante un tiempo –dijo Jude–. Estoy de vacaciones. Así tendré tiempo de hacer algunas comprobaciones.

–No voy a dejar que se salga con la suya, Jude –advirtió Ralph–. No puedo tolerar lo que mi padre nos ha hecho.

–Legalmente, tu padre no tenía obligación de dejarte su fortuna. Además, te ha legado una importante cantidad, aunque sé que tú esperabas más. Muchas personas no reúnen ese dinero en toda su vida.

–No dejaré que me quite lo que es mío –repitió Ralph–. No creo que sea tan inocente como pretende hacernos creer. Los hombres nos dejamos engañar fácilmente por las mujeres, pero al cabo del tiempo descubrimos cómo son. Deberías saberlo, Jude. Tienes que averiguar algo sobre ella –continuó–. Tú y yo nunca hemos sido amigos y estoy seguro de que nunca llegarás a caerme bien. Sobre todo por el modo en que mi padre se empeñaba en ponerte como modelo. Yo nunca he sido tan listo como tú. Además, había una buena relación entre tu padre y tú. En cambio, mi padre siempre nos ignoró. Pero por extraño que parezca, tengo confianza en ti. Sé que eres un buen abogado y que cumplirás con tus obligaciones como albacea del testamento. Por ello te pido que averigües quién es esa mujer. Si descubrimos la verdad, quizá podamos llegar a algún tipo de acuerdo con ella.

Jude se puso en pie.

–No olvides que tú y yo hemos hecho un trato. Quién sabe lo que tenías en mente cuando estuviste en casa de Cate anoche. Apuesto a que le pediste a Kramer que fuera a revolver su casa y así asustarla. Espero que no vuelvas a hacerlo. Me veré obligado a darte tu merecido. Y díselo a tu amigo Kramer también.

–No te preocupes –gruñó Ralph–. Dile a tu amiga que esté tranquila. Prométeme que averiguarás algo.

–Te lo prometo, Ralph. Tiene que haber alguna clave en el pasado, estoy seguro.

Cuando Jude regresó a la galería, todo estaba otra vez en orden. Los últimos rayos de sol de la tarde entraban por los ventanales.

Cate estaba colocando un ramo de flores en un jarrón. Sintió deseos de abrazarla. En cuanto lo vio llegar, Cate dejó lo que estaba haciendo.

–¿Qué tal fue? Estaba muy preocupada.

–No tenías por qué –respondió Jude entrando por la puerta de cristal–. Ralph estaba en su casa y estuvimos hablando. Prácticamente ha reconocido que mandó a alguien a tu casa. Estoy seguro de que no volverá a ocurrir. Tal y como sospechaste, dijo que había pasado la noche con una amiga, pero todo fue idea suya. ¡Qué ramo tan bonito! ¿De dónde has sacado esas flores?

–Me las trajo Jimmy. Sabe que me gustan los arreglos florales de estilo japonés.

–Pues te ha quedado muy bonito.

–Gracias –dijo Cate acariciando un tallo–. ¿Sabías que los capullos simbolizan el futuro? La señorita Forsyth me dio este jarrón. Es muy antiguo –hizo una pausa y lo miró a los ojos–. Te has portado muy bien conmigo, Jude. Gracias por ir a hablar con Ralph.

–Le he hecho una seria advertencia para que no vuelva a hacerlo. Parece que ya está instalada la alarma, ¿no?

–Sí, han tardado horas en hacerlo. La alarma emite un sonido muy agudo. Si alguien trata de entrar, se va a enterar todo el vecindario.

–Eso está bien –dijo Jude satisfecho–. ¿Has preguntado a la señorita Forsyth si podías quedarte con ella?

–No le he dicho nada –respondió Cate–. Ella se ofreció para que pasara la noche en su casa, pero le di las gracias y le dije que estaría bien aquí.

–¿Estás segura? –preguntó Jude–. Creo que será mejor que te quedes conmigo hasta que las cosas se normalicen. Yo también me quedaría más tranquilo.

–No puedo, Jude –dijo mirándolo a los ojos.

–¿Por qué no? Te aseguro que no pasará nada. Además, prefiero tenerte cerca hasta que todo haya vuelto a la normalidad. Podemos ir a comprar vino y marisco para cenar. Sería una buena ocasión para que me hablaras sobre ti. Hay muchas cosas que tenemos que averiguar.

–No quiero dejar la galería –dijo Cate.

–Podemos activar el sistema de alarma. Cate –continuó él–, sé que hay algo de lo que deberías hablarme.

–Todo el mundo tiene cosas de las que hablar –repuso ella.

Jude se encogió de hombros.

–Seguramente es así, pero lo que me interesa es tu historia. No quiero que temas por nada. Nadie va a molestarte, ni siquiera yo. Ya has tenido dos malas experiencias seguidas y tienes que sobreponerte.

–He tenido experiencias peores –afirmó Cate.

–Quizá sea buena idea hablar de ello –dijo Jude con expresión seria.

Cate se quedó en silencio durante unos segundos.

–Parece mentira que haga tan sólo un día que nos conocemos, ¿verdad?

–Cierto –dijo Jude con una sonrisa–. Desde entonces, estoy bajo tu hechizo misterioso.

Cate lo miró fijamente a los ojos.

–Será mejor que tomes tus precauciones.

–Es lo que estoy intentando, Cate, pero de todos modos, gracias por la advertencia.

Jude eligió el vino: una botella de vino rosado para el aperitivo y otra de vino blanco para acompañar al marisco. Habían comprado ostras, cangrejos, gambas y langostinos para cenar. También pan fresco y un pastel de almendras y chocolate en la panadería.

De regreso a la casa se detuvieron en una granja para comprar varios tipos de lechugas y verduras. Jude conversó animadamente con los dueños, un matrimonio italiano al que conocía de toda la vida, y les presentó a Cate.

–Hemos comprado tantas cosas que parece que vamos a celebrar algo –comentó ella, una vez en el coche.

–¿Por qué no?

–No vuelvas a hablarme de la herencia –dijo Cate, y añadió–: Aunque seas el albacea del testamento de Lester Rogan, espero que podamos llegar a ser amigos.

–¿Qué crees que estoy haciendo?

–Estás siendo muy amable conmigo, pero tienes dudas sobre mí. Sé que me observas cuando no estoy mirando. Y que no has dejado de preguntarte si yo era…

–¿La amante de Lester? Cualquiera pensaría eso, Cate. Los hombres ricos, tengan la edad que tengan, siempre acaban con mujeres bonitas mucho más jóvenes que ellos. Todos sabemos que

eso ocurre. Pero enseguida me di cuenta de que ese tipo de relación no existió entre vosotros.

–¿Quieres decir una relación sexual?

–Olvídalo ya, Cate. Hace tan sólo unos minutos estabas relajada hablando con los Pagliaro.

–Ellos me han aceptado porque estaba contigo. Me pregunto si se habrían comportado de la misma manera si hubiesen sabido que Lester Rogan me ha dejado su fortuna.

–Les has gustado por lo que eres: una joven bonita y agradable. A mí me pasó lo mismo la primera vez que te vi. Fue en la iglesia. Incluso mejoró mi opinión cuando hablamos.

–¿Qué piensas de mí ahora? –preguntó Cate, y miró su atractivo perfil.

–Ya te lo dije: me tienes hechizado –respondió él sonriente, y se quedó en silencio durante unos segundos antes de seguir–. Las mujeres tenéis un extraño poder.

–¿A qué te refieres? ¿Por qué te has puesto tan serio de repente? ¿He dicho algo que te ha molestado?

–Por supuesto que no –dijo, y la miró para tranquilizarla.

–Entonces, ¿qué es? Es por tu madre, ¿verdad? –preguntó Cate seriamente.

–Sí. Aunque ya han transcurrido muchos años, sigo pensando en ella con mucha frecuencia. Incluso sueño con mis padres. Son sueños agradables en los que mis padres son felices juntos.

–¿Has intentado alguna vez encontrarla? –preguntó Cate, pero inmediatamente se arrepintió.

–Es ella la que no quiere que la encuentre –respondió Jude–. Si no, habría tratado de ponerse en contacto conmigo de alguna manera. Ella fue la que un día decidió abandonarnos.

–Por lo que he visto en el retrato, era una mujer muy guapa y con una expresión muy dulce.

–Sí, pero dejó de querernos.

–Es muy triste. Sé lo que es perder a una madre. La última mañana que estuvimos juntas, le di un rápido beso de despedida. Se me había hecho tarde para el colegio. Le dije que tenía ensayo de teatro por la tarde y que me retrasaría. Cuando volví, ya no estaba. Llamé a todas sus amigas. Uno de los vecinos me dijo que la había visto paseando con su perro hacia el bosque hacía horas. Agarré la bicicleta y estuve buscándola hasta la noche, pero no encontré ni rastro de ella ni de su perro. Entonces, mi padrastro llamó a la

policía. No volví a verla más. La desaparición de una persona querida es muy dolorosa. Y mi padrastro es un ser despreciable. Lo odio.

Jude comprendió que no había más que decir.

Cate estaba pensativa mientras deshacía su pequeña maleta en el dormitorio de invitados. No era el tipo de cosas que solía hacer, pensó, pero allí estaba preparándose para pasar otra noche en casa de Jude. La brisa marina que entraba por las ventanas hacía volar las cortinas, así que se acercó a sujetarla con los cordones de seda amarilla que había para ello. Mientras hacía el nudo, se quedó contemplando la playa. A aquella hora de la tarde, el agua tenía un brillo especial y la arena se veía dorada. Le gustaba mucho la casa de Jude. Todas las habitaciones tenían una vista maravillosa.

Jimmy le había hablado mucho sobre sus amigos los Conroy. Por la descripción que le había dado de Jude, supo reconocerlo en cuanto lo vio. Era un hombre muy atractivo y con un gran encanto. Se sentía tan cómoda con él, que temía dejarse llevar por sus sentimientos.

Había tenido muchos pretendientes y siempre los había mantenido alejados. Si hubiera querido, habría podido casarse. No le habían faltado candidatos. Pero a sus veintidós años no había conseguido olvidar el sufrimiento al que había tenido que hacer frente a lo largo de su vida.

Quizá estaba empezando a olvidar sus desgracias. Jude Conroy la hacía sentir bien. De hecho, entre ellos se estaba estableciendo un vínculo especial. Aparte de la fuerte atracción física que sentían ambos, tenían en común la inesperada desaparición de sus madres.

A pesar de que Jude había llegado a ser un gran abogado, no había conseguido la felicidad, y Cate podía reconocer cierto resentimiento y amargura en sus palabras. Se preguntó si estaría saliendo con alguien. Seguro que sí. Jude no era un hombre al que dejar escapar. Aquel beso que le había dado en la playa había sido tan profundo y apasionado que era difícil creer que tuviera una relación seria con alguien. Aunque quizá esa sensación sólo la había tenido ella…

De repente, unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos.

–¡Hola, Jude! –dijo Cate tratando de mostrarse tranquila.

–He venido a ver cómo estabas –dijo él.

–Estaba contemplando la playa. Esta parte de la costa es preciosa. Tienes una casa magnífica, me encantaría vivir aquí. Me gustaría nadar en el mar por la mañana y por la noche, dar largos paseos, ocuparme del jardín… Esta habitación es muy acogedora, y la terraza es una maravilla, es el lugar ideal para relajarse. ¿Puedo hacerte una pregunta?

–Claro. Dispara.

–¿Tienes novia?

Él la miró con una sonrisa misteriosa.

–Hay alguien, aunque no es nada serio.

–¿Quién es la afortunada?

–Es la hija de mi jefe.

–¿Trabaja contigo? –preguntó tratando de disimular lo incómoda que se sentía ante aquella respuesta.

–Gracias a Dios, no –contestó él. Había cierta ironía en sus palabras.

–¿A qué se dedica?

–Le gusta dejarse caer por mi despacho y acorralarme –dijo Jude seriamente.

–Creí que sabías comportarte.

–No es fácil, Cate –dijo él sacudiendo la cabeza–. Creo que su padre estaría encantado de que me casara con ella.

–¿Entonces? Parece una buena manera de asegurarte el porvenir.

–No quiero perder mi trabajo. He luchado mucho para conseguir lo que tengo y Poppy es una mujer acostumbrada a tener todo lo que se le antoja.

–¿Es guapa? –preguntó Cate. Deseaba que le dijera que no, pero sabía que no iba a ser así.

–Es una rubia espectacular –dijo Jude confirmando su sospecha.

–¡Qué afortunado! –exclamó Cate desviando la mirada.

–Pero no me interesa –añadió Jude–. De hecho, estoy deseando que se encapriche de cualquier otro hombre mientras estoy de vacaciones.

–¿Y por eso besas a una desconocida en la playa? –preguntó ella.

–A mí me parece que estás un poco celosa, Cate Costello –dijo él mientras le acariciaba un mechón de pelo–. Aquel beso fue especial.

–¿Qué quieres de mí? –preguntó Cate.

–Quiero pasar un tiempo contigo. Me gustaría conocerte y ayudarte si puedo. Parece que no has tenido demasiada suerte con

el amor en tu vida.

–Podría decir lo mismo de ti. Además, no tengo certeza de que sea cierto lo que me acabas de contar de Poppy. ¿Te acuestas con ella?

–Háblame de ti. ¿Hay alguien en tu vida? –dijo Jude ignorando lo que le acaba de preguntar–. He salido con muchas mujeres, Cate, pero hasta ahora nadie me había impresionado tanto como tú –añadió, y alargó la mano para acariciar su mejilla. Fue un gesto tan dulce que Cate sintió que se derretía–. Estoy deseando basarte. Lo llevo deseando todo el día.

Con un movimiento rápido, Jude la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su cuerpo.

Cate pensó en apartarse de él antes de dejarse llevar. Tenía que mantener el control. Pero, por otra parte, deseaba entregarse a él. Sentía sus senos contra el fuerte pecho de Jude y disfrutaba del olor de su piel.

–Puedo soltarte si quieres –murmuró él–. Pero quiero que sepas que cuidaré de ti.

Cate dejó caer la cabeza hacia atrás en una clara invitación para que besara su cuello. Sus respiraciones se fueron haciendo profundas mientras él recorría con los labios la delicada piel de su garganta hasta llegar a su boca.

Estaban rodeados de una gran calma, como si estuvieran en un mundo aparte. El sonido de las olas al romper era todo lo que se oía.

Cate estaba totalmente entregada a él, disfrutando de su proximidad. Se dejó acariciar, deseosa de sentir el roce de sus manos sobre su piel. Deseaba estar con él más que ninguna otra cosa en el mundo. Era físicamente perfecto para ella, era su alma gemela. A su lado, todo era fácil y sencillo.

–Déjame contemplarte. Eres tan hermosa…

Cate dejó escapar un gemido y lo rodeó con sus brazos, estrechándose contra él. Temblaba tanto, que sentía la necesidad de agarrase a algo para no caerse. Se sentía desvalida y deseaba dejarse llevar para olvidar sus desgracias.

Jude respiraba acompasadamente. Estaba perdiendo la conciencia de todo lo que no fuera ella. Inclinó la cabeza hacia atrás. ¿Qué estaría pensando de él? Se había dejado llevar por sus deseos de acariciarla y le había dado la impresión de que Cate estaba temblando.

–Cate, lo siento. No tengo excusa para hacer lo que he hecho. Las cosas se me escapan de las manos contigo. Pero quiero que confíes plenamente en mí.

–Confío en ti –dijo ella en tono pausado.

–Normalmente no soy tan atrevido –dijo Jude sin soltarla, mirando hacia el mar.

La verdad era que Jude estaba sorprendido de su propio comportamiento.

–No te preocupes –susurró ella mirándolo con sus intensos ojos verdes.

–No quiero asustarte –dijo tratando de tranquilizarla–. ¡Mira lo que he conseguido! No paras de temblar.

Cate levantó la cabeza y sus ojos se encontraron.

–No me ha molestado. Yo también deseaba que me besaras. Simplemente me he estremecido, eso es todo. Hacía tiempo que nadie me besaba de esa manera.

–No me lo creo. Eres una mujer muy atractiva, estoy seguro de que puedes tener al hombre que quieras.

–Lo cierto es que no quiero a nadie a mi lado.

Jude frunció el ceño.

–Esa decisión, ¿tiene algo que ver con tu padrastro?

–Dejemos de hablar de él –dijo Cate esforzándose por no derramar lágrimas–. ¿Por qué no damos un paseo por la playa? Las puestas de sol en el trópico son maravillosas –añadió tratando de contener su nerviosismo.

–Como quieras.

Jude, que disfrutaba controlando y manejando cada situación, se estaba dejando arrastrar por sus sentimientos. Y todo por aquella mujer. Supo que no sería capaz de mantener su promesa de que la respetaría.

Era una situación extraña. Siempre había creído ser una persona independiente. Pero Cate Costello, con sus deslumbrantes ojos verdes, lo perturbaba. Quizá, a través de ella, estaba aprendiendo a conocerse a sí mismo.

Capítulo 8

Los días pasaron sin que las investigaciones en relación a Lester Rogan dieran su fruto. Era como si aquel hombre no hubiera existido antes de llegar a Queensland.

Jude trató de obtener información de Myra sobre su difunto esposo, pero fue inútil. No sabía nada. Al principio de su noviazgo, cada vez que había preguntado a Lester algo acerca de su familia, él había esquivado el tema. La respuesta era siempre la misma: él no tenía familia. Tampoco recordaba que Lester le hubiera hablado de Irlanda, salvo en una ocasión con motivo de la muerte de un caballo de carreras.

Fue más fácil indagar acerca de Dermot Costello. Jude consiguió averiguar detalles como el año en que llegó a Australia, su carrera como arquitecto y su posterior entrega a la docencia. Aquella vida quedó truncada por un accidente de coche en el que viajaba como pasajero.

Lo más sencillo fue conseguir información sobre el caso Lundberg a través de los periódicos de la hemeroteca, aunque nunca se había conseguido saber con certeza lo que le había pasado a la señora Lundberg, la madre de Cate. Aquello seguía siendo un misterio sin explicación.

Seguían sin encontrar una conexión entre los padres de Cate y Rogan. Tampoco con los Lundberg ni con el padrastro de Cate, un hombre rico e influyente con una brillante carrera académica.

Descubrieron que la primera esposa de Lundberg había muerto de una extraña enfermedad del corazón a los pocos años de casarse. Así que Lundberg había perdido dos esposas. ¿Sería tan sólo una trágica coincidencia o había algo siniestro en ello? El poder y la crueldad en muchas ocasiones iban de la mano. Jude había empezado a sentir una gran aversión por Lundberg, a pesar de no haberlo conocido.

Cate pasó la segunda noche en casa de Jude, pero después insistió en regresar a su casa. Cada día él iba a visitarla, al igual que

hacía con la familia Rogan. No había habido más problemas en la galería. Ralph no había vuelto a acercarse a Cate, pero Jude sabía que no estaba perdiendo el tiempo. Jimmy le había contado que Ralph estaba buscando alguna evidencia de que su padre sufría alguna alteración mental y no le había dicho nada a nadie acerca del testamento de su padre.

–Está tratando de encontrar alguna prueba de que su viejo había perdido el rumbo –le había dicho Jimmy.

Esa era la cuestión. ¿Estaba Lester Rogan en pleno dominio de sus facultades mentales? Lester había redactado un nuevo testamento modificando el anterior y designando a Cate como su principal heredera tan sólo dos años antes de morir. Aunque Jude había revisado cada papel de su padre referente a Lester Rogan y sus asuntos sin encontrar nada, todavía tenía esperanza de que apareciera algún documento que su padre hubiera guardado en otro sitio por seguridad.

Con la excusa de que lo ayudara a buscar, Jude pidió a Cate que fuera a su casa. Llegó el sábado a mediodía. Los días soleados que habían disfrutado durante la semana habían dejado paso a fuertes tormentas, tan habituales en el trópico, intensas pero breves.

–Gracias por venir –dijo Jude al recibirla, y se permitió la licencia de besarla en la mejilla.

Subieron juntos las escaleras del porche.

–Creo que se acerca una tormenta –comentó Cate.

–Sin ninguna duda –dijo él mirando el cielo.

–¿Has averiguado algo? –preguntó ella interesada.

–Me temo que no. Parece como si Lester Rogan hubiera llegado de otro planeta.

–Quizá Rogan no fuera su verdadero apellido –sugirió ella.

–Es muy posible. Pero si es así, la pregunta es por qué ocultaba el verdadero –murmuró Jude–. ¿Quieres tomar algo? Acabo de hacer una limonada con limones del jardín.

–Perfecto. ¿Por dónde empezamos? –preguntó Cate ladeando la cabeza.

–Por donde quieras. ¿Dónde pondría mi padre un documento que quisiera esconder para que nadie lo encontrara?

–Creo que deberíamos empezar por sus libros –propuso ella–. Mi padre siempre guardaba recortes de prensa entre sus libros.

Jude se quedó pensativo.

–No recuerdo que mi padre hiciera eso. Era muy ordenado y

metódico, pero podemos intentarlo.

–Empecemos –dijo Cate sonriendo.

Se dirigieron al estudio y comenzaron a mirar entre las estanterías. Había libros legales, de economía, de ciencias, de historia, de matemáticas, biografías,…

–Esto es imposible –dijo Jude reclinándose desesperado sobre el escritorio de su padre–. Además de todos estos libros, hay una gran cantidad de expedientes de clientes y ya he mirado todo lo referente a Lester Rogan.

Cate recorrió con la mirada la estancia.

–Se ve que tu padre leía mucho –comentó ella.

Jude contempló la gran butaca de cuero y recordó a su padre allí sentado estudiando sus papeles.

–Cierto. Era un hombre muy culto. En algunos aspectos, desaprovechó algunas oportunidades que se le presentaron en la vida. Cuando yo tenía diez u once años, había hechos planes para irnos a vivir a Brisbane. Tenía contactos con algunos importantes despachos de abogados y estaba muy preocupado por mi educación. Pero cuando mi madre nos abandonó, no volvió a sacar el tema. A partir de ese momento, toda su vida giró en torno a mí.

–Lo querías mucho, ¿verdad? –preguntó Cate en un intento por atenuar el dolor de Jude.

–Sí. Era un hombre que lo daba todo por los demás –dijo él con la mirada clavada en los ojos de Cate–. Por eso estoy seguro de que se habría asegurado de que todo esto de la herencia no supusiera un problema para ti.

Cate desvió la mirada.

–Probablemente no esperaba morir tan pronto. Como mi padre. Él y un compañero de trabajo iban a una reunión, pero en su camino se cruzó la muerte. ¿Crees que tu padre habló con Lester Rogan sobre mí? ¿Sabría tu padre quién era yo? Parece que era la única persona capaz de tratar a Lester.

–Rogan confiaba en él. No eran lo que se dice amigos, pero de vez en cuando salían a pescar.

–No encuentro sentido a su testamento. ¿Por qué me ha nombrado heredera en lugar de a su mujer y a sus hijos? –insistió Cate.

–Ten paciencia. Todavía no hemos averiguado nada. Mi padre tuvo que haber dejado algo que nos ayude a saber la verdad. Podríamos contratar a un investigador, pero nos llevaría tiempo y

Ralph no está dispuesto a esperar.

–Al menos, no ha vuelto por mi casa –dijo Cate sintiendo un pequeño escalofrío.

–Lo mejor será que te quedes aquí para siempre –afirmó Jude esbozando una sonrisa.

Cate alargó la mano y lo acarició en la mejilla.

–De momento, puedo quedarme a cenar.

–Catherine. Cate. Tienes un nombre muy sugerente.

–Te he echado de menos –dijo ella simplemente, y se giró en redondo.

Cate comenzó a buscar por un extremo de la estantería superior y Jude por el otro. A media tarde, a pesar de la exhaustiva búsqueda que habían llevado a cabo, no habían encontrado nada.

–Prepararé café –se ofreció Jude.

Cate estaba cansada de todo el asunto de la herencia. Tenía que existir algo que explicara por qué Lester Rogan la había nombrado heredera. De repente, al otro lado de la habitación, una docena de expedientes se cayó al suelo provocando un fuerte ruido que la asustó. Probablemente, eran los que Jude había estado revisando antes de irse a la cocina. Cate se acercó para recogerlos y colocarlos otra vez en su sitio.

Mientras los apilaba, advirtió que había unos recortes de prensa al fondo de la estantería. Cate sacó aquellos papeles con sumo cuidado, como si acabara de encontrar lo que buscaba.

–¿Cansada? –preguntó Jude, y se giró para mirar a Cate, que entraba en la cocina. Al observarla, comprobó que la expresión de su rostro se había vuelto seria–. ¡Cate! ¿Qué pasa? ¿Has encontrado algo?

–Eso parece –dijo Cate en un susurro sacudiendo la cabeza, y le entregó lo que tenía en la mano.

–¡Periódicos! –exclamó Jude, y frunció el ceño mientras comenzaba a leerlos–. ¿Qué significa todo esto?

–Parece que tu padre se enteró de la desaparición de mi madre y guardó los artículos –respondió Cate pasándose una mano temblorosa por los labios.

–Y eso, ¿qué demuestra? Mi padre era muy curioso y estaba

interesado en muchas cosas. Al fin y al cabo, la desaparición de tu madre fue seguida por la prensa.

–¿Crees que la conocía? –preguntó Cate acercándose a Jude–. ¿Por qué se molestaría en guardar estos artículos? –añadió mirándolo con sus intensos ojos verdes.

Él se encogió de hombros y tragó saliva.

–No sé que decirte –contestó con voz calmada–. Mi padre no era capaz de hacerle daño ni a una mosca.

–Quizá, pero estaba ayudando a un hombre al que todo el mundo odiaba: Lester Rogan. ¿Podría Rogan haber conocido a mi madre?

–O quizá Rogan conocía a Lundberg. Pero no veo qué relación podía tener con tu padrastro.

–Sigamos buscando –dijo Cate con determinación, y regresó al estudio.

Jude la siguió, olvidándose del café.

–¿Dónde has encontrado esos periódicos?

–Allí –contestó ella señalando la estantería–. Parece que, después de todo, tu padre guardaba cosas entre los libros. Esos expedientes se han caído –añadió, indicándole cuáles.

–¿Y los recortes de prensa estaban detrás?

–Sí, enrollados –afirmó Cate.

–Está bien, los revisaremos uno por uno –decidió Jude con expresión severa.

Media hora más tarde, Jimmy llegó.

–¿Qué estáis haciendo? –preguntó sorprendido.

Ninguno respondió.

–Quizá puedas ayudarnos, Jimmy –dijo Jude al cabo de unos segundos–. Estamos intentando encontrar algún documento que nos ayude a establecer la conexión entre Rogan y Cate.

Jude evitó hacer referencia a los periódicos que habían encontrado. Sabía que Cate no le había contado a nadie salvo a él la trágica historia de la desaparición de su madre.

–Muy bien. ¿Qué estamos buscando? ¿Algo dentro de un libro? Esto nos puede llevar años. Matthew tenía un libro para cada cosa. Es como buscar una aguja en un pajar. ¿Por dónde quieres que empiece? Por cierto, Jude, te he traído algo para que lo cuelgues en la pared.

–Gracias, Jimmy –respondió sin prestar atención a lo que su amigo le decía.

–¿No quieres saber lo que es? Espera un minuto, te lo traeré. Lo he dejado en la entrada. Pensé que te correspondía a ti tenerlo.

Al cabo de unos segundos, Jimmy regresó con lo que parecía un cuadro envuelto en papel burbuja.

–No sé cuánto tiempo hace que lo tengo, pero te lo regalo –dijo Jimmy extendiéndole el paquete.

–Gracias –repitió Jude.

–Ábrelo de una vez, hijo. La búsqueda puede esperar unos minutos.

–Lo siento, Jimmy –dijo Jude–. Esto es desesperante. Parece que papá sabía quién era Cate.

Jimmy se acercó a Cate y le dio unas suaves palmadas en el hombro.

–Tranquilízate, querida. Verás como todo tiene una explicación.

–No sé si seré capaz de afrontar todo esto –dijo ella.

–No te preocupes. Juntos lo afrontaremos –afirmó Jimmy, y se giró hacia Jude, que estaba contemplando lo que le había traído–. ¿Qué te parece, hijo?

Jude tardó en responder.

–No sabes cuánto te lo agradezco, Jimmy.

–Me alegro. Seguro que encontraremos un buen sitio donde colgarlo. ¿Qué tal allí? –añadió señalando una pared llena de fotografías.

–Voy a buscar un martillo –anunció Jude.

–¿Puedo verlo? –preguntó Cate.

–Por supuesto, querida –asintió Jimmy sonriendo–. Es una foto de Matthew y sus amigos a bordo del Calypso. Matthew era un gran pescador. Aquí estamos los dos con Lester, un amigo y un actor americano al que le apasionaba pescar en estas aguas. Cada vez que venía por aquí, lo llevábamos de pesca –explicó entregándole la fotografía enmarcada a Cate–. ¡Qué días aquellos!

Ella miró la imagen y se quedó paralizada.

–¡Jimmy! –exclamó. Se puso pálida y se sentó rápidamente en la butaca, inclinando la cabeza sobre las rodillas.

–Cate, ¿estás bien? –preguntó Jimmy alarmado.

Cate no respondió y continuó con la cabeza entre las rodillas. En ese instante, Jude regresó con el martillo y, al verla, se acercó rápidamente.

–Jimmy, trae un vaso de agua –ordenó Jude.

–Enseguida –y salió en dirección a la cocina.

–Llevamos mucho tiempo dando vueltas a lo mismo. Lo siento –dijo Jude acariciando la cabeza de Cate–. Esto debe de ser muy duro para ti.

Jimmy regresó con el vaso de agua.

–Bebe un poco –dijo Jude acercando el vaso a los labios de ella.

–No se si seré capaz de beber.

–Inténtalo –dijo sosteniendo el vaso mientras bebía–. Ahora, deberías tumbarte en el sofá un rato.

–Sí, querida –intervino Jimmy–. Estás muy pálida.

Cate se incorporó y apoyó la cabeza sobre el respaldo de la butaca. Aspiró profundamente antes de hablar.

–El hombre de la foto, el que está junto a Lester Rogan, es mi padre –dijo con los ojos cerrados.

Jude se quedó mirándola fijamente mientras su corazón latía con fuerza.

–Por fin hemos dado con algo.

–¿Estás segura, querida? –preguntó Jimmy tomando el marco.

–Tan segura como de que estoy aquí.

–No recuerdo haber conocido a nadie apellidado Costello. ¿Cuál era su nombre de pila?

–Dermot.

Jimmy sacudió la cabeza.

–Tampoco me suena ese nombre. Creo recordar que Lester se refería a él como Derry. Por el trato que tenían, parecía que se conocían de siempre. Pero Derry era un hombre muy culto. Hablaba con mucha corrección, como Gwennie, todo lo contrario que Lester. Aún así, parecían grandes amigos. Ésa fue la única vez que lo vi.

Jude, que hasta ese momento había estado sentado a los pies de Cate, se levantó mirándola preocupado.

–Parece que hemos dado con algo. Sabemos que tu padre y Lester se conocían, probablemente de Irlanda. La pista debe de estar en la familia de tu padre.

–Ya te lo he dicho, Jude. No los conozco. Será difícil dar con ellos después de tanto tiempo. Además, mi padre dejó su casa cuando era joven para viajar al otro lado del mundo, y nunca más habló con ellos. Yo creo que tuvieron problemas y que mi padre decidió marcharse. Si Jimmy dice que daba la impresión de que se conocían desde siempre, quizá sea porque ambos procedían de la

misma ciudad.

–Sí, pero eran dos hombres totalmente opuestos. Uno era todo un caballero y, el otro, todo lo contrario –dijo Jimmy lentamente midiendo sus palabras–. Al menos, tenemos por dónde empezar. Recuerdo que tu padre tenía un gran porte, al revés que Lester. Al principio pensé que era inglés, pero luego supe que era irlandés. Mirad, fijaos en la diferencia de aspecto que había entre ellos –añadió señalando la imagen–. Ha sido una casualidad que trajera hoy esta fotografía. Hace treinta años que la tengo.

–Me pregunto si Myra podrá recordar algo –dijo Jude.

–La pobre Myra apenas puede recordar lo que pasó ayer –contestó Jimmy negando con la cabeza–. Además, cuando nos hicimos esta fotografía, todavía no estaban casados. Tenemos que hablar con Gwennie. Ella fue a la boda y recordará su nombre. Creedme, Gwennie nunca olvida nada.

Los ojos de Cate se encontraron con los de Jude al otro lado de la habitación.

–Creo que todo esto no ha hecho más que empezar –dijo ella.

Capítulo 9

La tormenta no empezó hasta pasadas las cinco y media. Jimmy se había ido una hora antes para evitarla.

–Creo que será mejor cerrar las contraventanas –dijo Jude mirando al cielo.

En el jardín, las ramas de los árboles se agitaban con fuerza. Se respiraba un intenso olor a humedad en el ambiente.

–¿Estás asustada? –preguntó Jude al ver que Cate miraba hacia el cielo con gesto de preocupación.

–No, es que nunca había visto un cielo como éste.

Jude rió mientras aseguraba el último cierre de las contraventanas.

–Eso es porque llevas poco tiempo por aquí. Las tormentas tropicales son intensas, pero breves. De lo que hay que preocuparse es de los ciclones. Será mejor que entremos, va a empezar a llover de un momento a otro.

Con las contraventanas cerradas, el interior de la casa quedó sumido en la oscuridad. Cate encendió algunas luces mientras Jude recogía las sillas del porche. Cuando regresó, las apagó rápidamente.

–Es una tormenta eléctrica. Será mejor que estemos a oscuras, pero no durará mucho. Recuerda no tocar la televisión ni el teléfono y que el ordenador debe estar apagado. Tampoco te acerques a las puertas ni a las ventanas. Podemos dejar abierta una de las contraventanas para mirar el exterior. Hará calor, pasará pronto.

–Mira cómo se agita el mar. Parece muy peligroso. No me gustaría estar en un barco ahora –dijo Cate, y se arrepintió inmediatamente de su comentario. Se había acordado demasiado tarde de que el padre de Jude había desaparecido en el mar–. Lo siento, no debí decir eso.

–Mi padre murió haciendo lo que más le gustaba: pescar. No tenía miedo a las tormentas, pero sentía un gran respeto al mar. Me gustaba ir con él en el barco. Si Jimmy hubiera salido a pescar aquel día, tampoco estaría aquí para contarlo.

–Es el destino –dijo Cate–. ¿Quién habría pensado que Jimmy te

traería hoy esa fotografía? Si no lo hubiera hecho, no habría sabido nunca que mi padre estuvo aquí, y mucho menos que conoció a tu padre. Todo esto es increíble, parece un sueño.

–Nos estamos acercando a la verdad –dijo Jude–. La clave del testamento de Rogan está en el pasado.

–¿Crees que Ralph y su familia se quedarán más tranquilos cuando sepan lo que hemos averiguado?

–Probablemente no. Empiezo a sospechar que Rogan y tu padre eran parientes. Creo que el asunto de la desaparición de tu madre nos estaba confundiendo. Esto es un asunto completamente diferente.

–Que necesita un punto y final –añadió Cate–. Sólo espero conocer algún día la verdad.

–Yo también lo espero –repuso él.

Por primera vez, Jude empezó a considerar la posibilidad de buscar a su propia madre. Era posible que lo rechazara otra vez, pero la trágica historia de Cate le había hecho ver que, al menos, tenía que intentarlo.

–Quizá mi padre y Rogan fueran unos fugitivos –dijo Cate mientras contemplaba la lluvia con los brazos cruzados.

–Cada uno de ellos pudo tener sus propios motivos para dejar a sus familias. La vida está llena de desgracias –afirmó, y se acercó a ella deseando consolarla en sus brazos.

–Abrázame –pidió ella sin mirarlo.

–Cate, ¿sabes a dónde puede llevarnos esto? –susurró él junto a su cabello–. Eres muy hermosa y soy incapaz de resistirme.

–Estoy deseando olvidarme de todo durante un rato.

–¿Es ésa la única razón? –preguntó Jude haciéndola girarse para que lo mirara.

–El sexo es muy relajante.

–Te he preguntado si ésa es la única razón.

La expresión de Cate se transformó.

–Sabes que no –respondió Cate, y apoyó la cabeza en su pecho–. Confío en ti y me haces sentir a gusto. Te voy a decir algo que no le había contado a nadie. Evité decírselo a mi madre para que no sufriera: un año antes de que ella desapareciera, mi padrastro empezó a acosarme sexualmente.

Aunque Jude ya lo había sospechado, no pudo disimular la impresión que le causó oírlo de sus labios.

–¿Llegó a pasar algo? –preguntó, y le levantó la barbilla para

que lo mirara directamente a los ojos.

Cate suspiró profundamente.

–No. Sólo en una ocasión me acorraló y llegó a besarme y a palpar mis pechos. Fue horrible, aterrador. Aquel día mi madre no estaba en casa. Conseguí separarme de él a patadas y le dije que no me callaría y que se lo contaría a sus colegas de la universidad, a Deborah, a todo el mundo. Pero no mencioné a mi madre.

Jude tomó la temblorosa mano de Cate y la besó.

–Es lógico. No querías preocuparla.

Cate tomó aire, tratando de calmarse.

–Ella lo amaba profundamente. ¿Por qué otra razón se habría casado con él?

–Quizá necesitaba que un hombre la cuidara. Y más teniendo en cuenta que tenía una hija a la que criar.

–Todo fue culpa mía. Él me dijo que se casó con mi madre por mí, para tenerme cerca. ¿Puedes imaginar cómo me sentí? Fue culpa mía que se casara con él.

Jude la escuchaba atento. Había mucho dolor en sus palabras. Fuera, el destello de los rayos iluminaba el porche.

–No tienes que culparte, tu padrastro estaba trastornado.

Cate rió amargamente, inclinando la cabeza hacia delante.

–Ahora pienso que nadie me habría creído. Deborah fue la única que sospechó algo.

–¿Y tu madre? ¿No crees que también pudo darse cuenta de lo que él sentía por ti?

–Eso la habría obligado a marcharse.

–¿Contaste algo de esto a la policía?

Cate sacudió la cabeza.

–No sabía qué hacer. Estaba muy avergonzada y no me atrevía a contárselo a nadie. Pero contigo es diferente. Contigo me siento bien. En aquel momento, pensé que lo mejor era no hablar de lo que había pasado. Tenía mucho miedo a mi padrastro. Era un hombre muy convincente y siempre conseguía salirse con la suya. Además era rico, y a mucha gente el dinero infunde respeto, como si el hecho de tenerlo te hiciera mejor persona. Pensó que, sin mi madre, podría hacer conmigo lo que quisiera. Al fin y al cabo, yo era su hijastra, y se comportaba como si fuera un objeto que le perteneciera.

–Debió de ser una pesadilla –dijo Jude.

–Yo diría un infierno. Y ahora estoy en otra situación difícil. No

quiero el dinero de Lester Rogan. Que se lo quede su familia. Como abogado, sabrás lo que tengo que hacer. Siempre me pareció que la atención que me prestaba no era normal.

–¿Por qué no me lo habías dicho antes? –preguntó Jude.

–No me malinterpretes. No había nada sexual, de eso estoy segura –dijo Cate.

–Aun así, deberías habérmelo dicho.

–Quizá el problema es que no sé sincerarme –dijo ella acercándose a la ventana–. Desde que perdí a mi padre, mi vida no ha sido fácil. Lundberg subestimaba a mi madre, pero ella lo veía como a un dios. Él era el gran profesor Lundberg. Yo no lo soportaba pero, al fin y al cabo, era el marido de mi madre. Estoy cansada de tanto sufrimiento, Jude. Cuando vine a vivir aquí pensé que dejaba mi pasado atrás, pero ahora veo que eso es imposible.

El resplandor de un rayo surcó el cielo e iluminó el mar. El fuerte viento golpeaba las puertas y las ventanas.

Jude se acercó a ella y la alejó de los cristales. Se sentía turbado, y no era a causa de la tormenta. Había vivido muchas, e incluso algunos ciclones espectaculares, pero la causante de sus emociones era aquella mujer que tanto había sufrido a lo largo de su vida.

La tormenta estalló y comenzó a llover con fuerza. Cate se giró y miró a Jude fascinada. Un rayo iluminó la playa donde ella había creído ver a una mujer con un largo vestido blanco.

Jude pudo sentir cómo Cate se estremecía. La rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí. En ese momento, el sonido de un trueno la asustó y se sobresaltó.

–Ése ha caído cerca –dijo mirándolo asustada.

–Te asustan las tormentas, ¿verdad?

–Sí. Parece como si el final del mundo estuviera cerca –afirmó mientras lo observaba. Los rizos de su cabello estaban revueltos, lo que le confería un aspecto muy atractivo.

Jude acarició la suave melena de la mujer y se inclinó para besarla con delicadeza. Ella abrió los labios en respuesta a su pasión.

A pesar de la excitación que sentía, Jude recordó que tenía que ser amable y comprensivo con Cate. Ya había sufrido mucho y no quería hacerle más daño. Lentamente comenzó a besarla por el cuello, atento a su reacción, mientras acariciaba la suave piel de sus hombros. A pesar del creciente deseo que sentía, Jude trataba de controlarse. Había decidido llegar hasta donde ella estuviera

dispuesta. Quería darle el tiempo que necesitara.

Cate jadeó ante la calidez de sus besos y la suavidad de sus caricias. Sólo se oía el sonido de la lluvia.

Continuaron besándose durante largos minutos y Jude la estrechó contra él. Ella sintió que sus piernas no podían soportarla durante más tiempo y se apoyó sobre Jude, que la tomó en brazos y la llevó hasta el sofá, dejándola tumbada. Se inclinó sobre ella y le acarició el pelo. Con dedos temblorosos, ella alargó su mano y comenzó a desabrocharle lentamente la camisa.

Con cada beso, él sentía que su corazón latía con más fuerza. Esa vez no pudo controlarse, la pasión era demasiado fuerte para resistirse.

–Déjame contemplarte –dijo él con voz sugerente.

Estaba embriagado por su belleza. Sus intensos ojos verdes lo miraban fijamente mientras sentía que los tirantes de su camiseta se deslizaban. Jude se inclinó y besó sus erectos pezones a través del suave tejido del sujetador. Deslizó una mano y desabrochó la prenda, dejando al descubierto sus suaves y turgentes pechos.

En aquel instante, Cate se dio cuenta de que se estaba enamorando de Jude. Había huido toda su vida del amor, y nunca había imaginado que las fuertes manos de un hombre fueran capaces de acariciar con tanta dulzura y delicadeza. Fue dejando que Jude la desnudara lentamente y, mirándolo a los ojos, sintió cómo recorría su cuerpo. ¿De verdad era amor lo que sentía?

–Cate.

–¿Sí?

–Quiero llevarte a la cama –afirmó Jude–. Quiero hacerte el amor. Tengo protección.

–No hay nada que pueda protegerme de ti –murmuró Cate, y le pasó un brazo por los hombros, acariciando sus rizos dorados.

Le dedicó una sonrisa pícara. Confiaba en él y lo deseaba intensamente.

–¿Estás segura?

–Sí.

Jude la llevó escaleras arriba hasta su habitación.

Fuera, la tormenta continuó rugiendo, pero no se dieron cuenta. Con las manos entrelazadas y las bocas apasionadamente unidas, se encontraban en otro mundo maravilloso y lleno de sensaciones del que no querían regresar.

Un rayo de sol brillaba sobre la alfombra haciendo que sus vivos colores destacaran aún más, y la brisa movía suavemente las cortinas.

Jude se incorporó sobre los codos y observó a Cate, pensando en lo bonita que era. Respiraba profundamente y sus labios estaban entreabiertos. Tenía unas pestañas largas y espesas. La sábana había dejado al descubierto uno de sus senos y Jude acarició suavemente el pezón. Nunca había disfrutado tanto del sexo como con Cate. Todavía sentía el éxtasis de la pasión.

Cate se estremeció al sentir el roce, y su pezón se endureció. Jude se inclinó para besarlo.

–Buenos días –dijo besándola apasionadamente–. ¿Estás bien?

–¿Que si estoy bien? –preguntó mirándolo con sus intensos ojos verdes, y lo atrajo hacia sí–. En la vida me he sentido mejor. Creo que me quedaré aquí para siempre.

–Eso estaría bien –dijo él en tono pausado–. No estoy dispuesto a dejarte marchar. Eres maravillosa.

–Tú también –aseguró Cate, y acercó su cuerpo al de él–. Hazme el amor.

Jude retiró la sábana y la dejó caer al suelo.

Luego, disfrutaron de una ducha juntos. Se enjabonaron el uno al otro, acariciándose y besándose hasta que Jude la tomó en sus brazos y la penetró una vez más.

–He de ir a la galería –dijo ella algo más tarde, mientras se vestían–. Tengo muchas cosas que hacer.

–Yo también tengo que irme. Tengo una reunión –afirmó él poniéndose una camisa azul–. He de ver a Ralph para mantenerlo informado.

–¡Ralph! –exclamó Cate con tono de fastidio. Ya se había vestido y estaba cepillando su largo y cobrizo cabello–. Te lo repito una vez más: no quiero el dinero de Lester Rogan.

–Entiendo cómo te sientes, Cate. Pero no tomes ninguna decisión hasta que sepamos toda la historia. Hemos buscado entre las cosas de mi padre, pero vamos a tener que revisar las de Lester también. Creo que tenía una caja fuerte y estoy seguro de que Ralph ya la habrá registrado.

–No sé si seré capaz de soportar a Ralph Rogan otra vez.

–No te preocupes, deja que yo me ocupe de él. ¿A qué hora cierras la galería?

–A las cinco.

Se quedó mirándolo fijamente, observando lo atractivo que era. Después de la noche que habían compartido, Cate se sentía feliz. Pero sabía que la vida podía ser muy cruel y no pudo evitar estremecerse. Sabía por experiencia que la felicidad podía evaporarse de la noche a la mañana.

–Pasaré a recogerte –dijo Jude terminando de vestirse. Lo único que deseaba en aquel momento era hacer feliz a Cate.

Capítulo 10

Mientras Cate atendía a un grupo de turistas japoneses en la galería, Jude estaba reunido con Ralph en la oficina del difunto Lester Rogan. Le había enseñado la fotografía enmarcada de su padre y sus amigos a bordo del Calypso tomada treinta años antes. Ralph la estudió detenidamente.

–¿Es este hombre el padre de esa mujer? –preguntó Ralph una vez más.

–Ya te lo he dicho. Es éste –respondió señalándolo en la foto.

–¿Y Jimmy dice que este hombre y mi padre parecían amigos?

–Amigos de toda la vida –afirmó Jude–. El padre de Cate se llamaba Dermot Costello. Por lo que he podido averiguar, emigró desde Irlanda a principios de los años setenta. Era arquitecto y también profesor. Se mató en un accidente de coche cuando Cate tenía unos diez años. Su madre volvió a casarse después, pero no he podido averiguar nada de la vida que tu padre llevaba antes de que viniera a vivir a Queensland.

Ralph desvió su atención de Jude y volvió a contemplar la fotografía.

–Papá era un hombre muy misterioso. Nunca nos habló de su infancia y, desde luego, nunca nos dijo que había nacido en Irlanda.

–Estoy revisando todos los documentos de mi padre. Son muchos y todavía no he acabado. ¿Has revisado los de tu padre? ¿Has comprobado lo que tenía en la caja fuerte?

–Lo habría hecho si hubiera sabido la combinación.

–¿No la sabes? –preguntó Jude sorprendido.

–¿De veras pensabas que nos la había facilitado? Era un hombre muy reservado.

–Pero alguien tiene que conocer esa combinación. Además, él mismo sabía que se estaba muriendo. Quizá tu madre la sepa.

–¿Crees que a estas alturas no me lo habría dicho ya?

–¿Has mirado en los cajones del escritorio? –preguntó Jude señalando el mueble–. Seguro que tenía la combinación a mano.

–Y tanto. La tenía en su propia cabeza –repuso Ralph con ironía.

–Tenemos que intentarlo –dijo Jude con decisión, acercándose al

cuadro tras el que se escondía la caja fuerte.

–No creerás que vamos a ser capaces de dar con la combinación correcta, ¿verdad?

–Es habitual usar números como cumpleaños, aniversarios…

–Podríamos tardar años –gruñó Ralph.

Tras varios intentos infructuosos, Jude se acercó al escritorio y encontró una serie de números anotada en un papel, al fondo de uno de los cajones. Unos minutos más tarde, la caja estaba abierta.

En esos momentos, mientras Cate contestaba las preguntas del último de los turistas sobre las propiedades de las piedras, una mujer rubia y muy atractiva entró en la galería. Llevaba una blusa con estampado de leopardo y unos estrechos pantalones claros que resaltaban su magnífica figura.

Cate le dirigió una sonrisa.

–Enseguida estoy con usted.

–Muy bien.

La mujer recorrió lentamente la galería con sus sandalias de tacón.

Unos minutos más tarde, Cate había envuelto en una caja una esfera de aguamarina, que transmitía una gran energía con tan sólo sujetarla en la mano. El turista le dio las gracias y se marchó. Cate se acercó a la elegante mujer, que en aquel momento estaba contemplando una pieza de obsidiana.

–¿Busca algo en particular? –preguntó Cate con amabilidad–. Dicen que ese mineral atrae la felicidad.

La mujer se giró en redondo y miró directamente a Cate.

–¿Realmente cree esas patrañas?

Cate ignoró aquel comentario.

–Desde el principio de los tiempos se ha hablado de las propiedades de los minerales –dijo tranquilamente–. Se han encontrado piezas hechas con ese mineral en excavaciones arqueológicas de Egipto, Babilonia y China. Los mayas, los aztecas, los celtas y otras civilizaciones usaban minerales en sus ceremonias. Muchas personas creen que ayudan a curar dolencias.

–Ahórrese sus comentarios –dijo secamente la mujer–. Usted es Cate Costello, ¿verdad? –añadió mirándola de arriba abajo.

–Sí, soy yo –afirmó Cate.

–Soy Poppy Gooding, la novia de Jude –anunció–. Un pajarito

me ha dicho que está pasando mucho tiempo con usted.

A pesar de lo sorprendida que estaba, Cate mantuvo la compostura.

–Y, ¿quién es ese pajarito? –preguntó, a pesar de que no quería saberlo.

–¿De verdad quiere que se lo diga? –dijo Poppy levantando sus finas cejas–. Espero que Jude me haya sido fiel y no se haya acostado con usted. Vamos a casarnos.

–Claro –dijo Cate en tono irónico–. Y serán felices para siempre.

La mujer se quedó sorprendida por aquella respuesta.

–Hablo totalmente en serio –dijo indignada–. He venido a este remoto lugar tan sólo para decirle que no se acerque a mi hombre.

–¿Por qué no se lo dice directamente a él? –preguntó mirando por detrás de Poppy hacia fuera–. De hecho, puede hacerlo ahora mismo. Aquí está.

–Perfecto –dijo Poppy, y se dirigió a la puerta–. ¡Jude! –añadió mientras salía de la galería.

Cate se dio media vuelta en dirección al mostrador, pero cambió de opinión y se acercó a la ventana para contemplar la escena. Poppy corría al encuentro de Jude. ¿Qué sabía de él realmente?, pensó. ¿Acaso había olvidado que todos los hombres eran unos mentirosos?

Poppy se acercó a Jude y, a pesar de que había otras personas alrededor, lo besó apasionadamente.

«¿Cómo he podido ser tan tonta?», se dijo Cate. Los hombres eran incapaces de controlar sus deseos sexuales. No podía entender cómo Jude le había hecho el amor tan apasionadamente aquella misma mañana, estando a punto de casarse con otra mujer que era la hija de su jefe. Había creído que era el hombre perfecto para ella, su alma gemela.

–Jude –susurró.

Cate se alejó de la ventana y colgó el letrero de cerrado en la puerta. No podía salir de allí, ya que se vería obligada a pasar a su lado. Decidió volver a su casa y encerrarse en su habitación. Cuando se fueran, volvería a abrir la galería.

Fuera, Jude había visto el cartel de cerrado y la expresión en el rostro de Cate. Enseguida se ocuparía de ella, pero primero tenía que hablar con Poppy. Hacía tiempo que sabía que esa chica sólo le

traería problemas.

–¿Qué le has dicho a Cate? –preguntó secamente.

Poppy rió divertida.

–Le he dicho que yo vas a casarte conmigo. Porque nos vamos a casar, ¿verdad, Jude?

–No seas ridícula. Ya es hora de que te des cuenta de que no puedes salirte siempre con la tuya. El matrimonio es algo muy serio, no uno más de tus caprichos.

–¿Crees que mis sentimientos por ti no son verdaderos? Me ha llevado todo el día llegar hasta aquí para verte –dijo Poppy.

–¿Quién te dijo que estaba aquí?

–Jude, cariño, hay maneras de saber lo que uno quiere. Incluso me hablaron de tu pelirroja. Pero no te preocupes, te perdono. Imagino que estarías aburrido.

–Para que lo sepas: estoy locamente enamorado de ella –dijo Jude con sus ojos azules brillando con furia.

–¿Enamorado? Es fea y apenas no tiene pecho.

–Para mí, es preciosa, perfecta. Tú crees que me quieres, pero ni siquiera me conoces.

–Claro que sí –dijo acercándose más a él–. ¿Sabes lo que esto significa? ¿Sabes lo que dirá mi padre cuando se entere de que me has dejado?

–¿Por qué no le dices la verdad? Soy sólo uno más de tus caprichos.

Poppy levantó la barbilla con un gesto orgulloso.

–No te saldrás con la tuya fácilmente. Nadie me ha rechazado nunca.

–Pues yo conozco a un par de hombres que ya lo han hecho –replicó Jude dándose media vuelta–. Y no te preocupes por mí, ya había decidido dejar el despacho.

–¡Me aseguraré que no tengas buenas referencias! –gritó Poppy furiosa.

–Eso sólo te traerá complicaciones –respondió tranquilamente–. Con tu reputación, podría presentar cargos contra ti por acoso sexual en el trabajo.

Poppy abrió la boca, pero no dijo nada durante unos segundos.

–¿Cómo has dicho? –preguntó finalmente, poniendo los brazos en jarras.

–Ya me has oído. Creo que lo mejor que puedes hacer es decir que has sido tú la que me ha dejado.

Jude llamó a la puerta trasera de la galería.

–¡Déjame entrar, Cate! –gritó.

Ella no respondió.

La telefoneó desde su móvil, pero saltó el contestador automático.

–El amor se basa en la confianza –comenzó a decir Jude después de la señal–. Poppy nunca ha sido parte de mi vida. Es sólo una mujer caprichosa acostumbrada a conseguir todo lo que quiere.

Cate no contestó. Había decidido ignorarlo.

Al cabo de unos minutos, Jude volvió a llamarla y a dejar otro mensaje:

–Cate, he encontrado un documento muy importante sobre tu padre. Si quieres, puedo pasártelo por debajo de la puerta. Por favor, no te enfades.

En un instante, Cate corrió desde su habitación hasta la puerta y la abrió.

–¡Cómo te atreves a decirme eso! –dijo con los ojos llenos de ira–. Esa mujer ha venido a mi galería y me ha dicho que vais a casaros.

–¿Y la creíste? –protestó Jude–. Ya te había hablado de ella.

–Pero me dijiste que no era nadie importante.

–Y así es. El hombre que se case con ella por su cuerpo espectacular, morirá de aburrimiento.

–¿Cuerpo espectacular? –dijo mirándolo asombrada–. ¿Cuánto tiempo has tardado en darte cuenta de que es una mujer aburrida?

–Déjalo ya, Cate –pidió Jude, y entró en la casa hasta el salón–. Sé que tu vida no ha sido fácil, pero si vamos a estar juntos hasta que todo el asunto de la herencia se resuelva, será mejor que confíes en mí.

–No estoy tan loca como para seguir confiando en ti –dijo Cate enfadada.

–Está bien –asintió él mirándola con sus intensos ojos azules–. No tienes por qué pasar ni un minuto más de lo necesario conmigo. Tienes un gran problema entre manos y no creo que seas capaz de resolverlo tú sola. Mi vida tampoco ha sido fácil, he sufrido tanto como tú –dijo y, dejando caer unos papeles sobre la mesa, añadió–: Este documento lo he encontrado en la caja fuerte de Lester Rogan. Siento decirte que Rogan era pariente tuyo. Era hijo ilegítimo de tu

abuelo. En estos papeles confiesa que robó un collar de diamantes muy valioso a tu abuela, Lady Elizabeth Costello, hace más de treinta años. Era el menor de los hermanos y tenía los típicos problemas económicos de un universitario. La madre de Rogan vivía y trabajaba en una pequeña granja, una de tantas propiedades de la familia Costello. Tu padre fue culpado por el robo y se vio obligado a emigrar a Australia. Lester se fue con él. Aparentemente, ese collar era una joya única –Jude hizo una pausa y comprobó que Cate no mostraba ninguna emoción, así que decidió continuar–. Estuvo en contacto con tu padre hasta que murió. Siempre se preocupó por saber cómo estabais tú y tu madre. Al final de su vida, Lester decidió compensar todo el daño que había hecho a tu padre. Siempre le estuvo muy agradecido por haberlo tratado como a un hermano. Yo me voy ya. Léete todo esto con calma y toma una decisión.

Cate se quedó allí sentada. Su vida parecía un sueño. Todas las personas que habían formado parte de ella habían guardado secretos. Si su padre sabía que Lester era medio hermano suyo, ¿por qué no se lo había presentado a ella y a su madre? Quizá por motivos sociales, había evitado reconocer esa relación familiar. Ahora, nunca lo sabría. ¿Habría Lester interviniendo en alguna manera para que ella acabara viviendo allí? Pero por encima de todos aquellos pensamientos, estaba Poppy Gooding y su relación con Jude.

Estaba tan sumida en sus pensamientos que no escuchó el sonido de unos pasos en el porche. De repente, vio ante la ventana a la señorita Forsyth saludándola con la mano.

–Tienes mala cara, querida. ¿No te encuentras bien? ¿Por eso la galería está cerrada? –preguntó preocupada.

–Es una larga historia –dijo Cate–. Por favor, pase.

–Espero no molestarte. ¿Va todo bien? –volvió a preguntar la recién llegada.

–Acabo de tener una discusión con Jude –explicó Cate.

–Entiendo. Y, ¿puede saberse por qué?

Cate dejó escapar una irónica carcajada.

–Aunque no lo crea, su novia ha venido hasta aquí para vigilarlo.

–¿Te estás refiriendo a esa tal Poppy?

–¿La conoce? –preguntó Cate sin salir de su asombro.

–Jude le habló a Jimmy sobre ella –dijo la señorita Forsyth, sentándose en la silla que le había ofrecido Cate–. Ya sabes que Jimmy me cuenta todo. Creo que Jude la considera un peligro más que una novia. ¿No es la hija de su jefe? No me extraña que haya venido a buscar a Jude. Con esos preciosos ojos azules y esa sonrisa que tiene… Así que sentiste celos, ¿verdad?

–¿Usted cree en el amor a primera vista? –preguntó Cate sacudiendo la cabeza.

La señorita Forsyth sonrió.

–¿Quieres decir que estás enamorada de Jude?

–Me sentía feliz hasta que esa mujer llegó.

–Y ahora Jude está enfadado porque no confías en él, ¿no es así?

–No es del todo cierto. Confío en él. Pero reconozco que soy una persona a la que le cuesta confiar en los demás. Nunca creí que la felicidad estuviera hecha para mí.

–Has sufrido mucho en la vida –dijo la señorita Forsyth con comprensión–. ¿Por qué no me lo cuentas todo, querida? Hablar ayuda y yo estoy convencida de que en este mundo debemos ayudarnos unos a otros.

–Es muy amable. Usted y Jimmy han sido muy dulces conmigo desde que llegué –dijo Cate mirándola a los ojos y tomando los papeles que Jude le había traído–. Aquí tengo una carta de Lester Rogan, escrita de su puño y letra. En ella confiesa el robo que cometió hace treinta años. Pero primero he de contarle algunos detalles de mi vida. Sé que debería haberlo hecho antes, pero no lo hice y tiene derecho a saber algunas cosas.

Capítulo 11

Los Rogan llevaban más de una hora discutiendo mientras cenaban.

–Es una más de nosotros –repetía Melinda sacudiendo la cabeza, sin haber salido de su asombro–. ¿Cómo pudo papá ocultarnos una cosa así? Su padre y el nuestro eran medio hermanos, hijos del mismo padre.

–Tu padre era un hombre muy extraño –dijo Myra–. Pero creo que lo que hizo estuvo mal y lo marcó de por vida.

–Debía de estar desesperado –intervino Ralph–. Aquellos Costello tuvieron que ser muy ricos.

–Pero eso no lo disculpa por lo que hizo –dijo Melinda, con los ojos irritados de tanto llorar.

–Especialmente después de que dejaran que otro cargara con la culpa –añadió Ralph–. Me pregunto si su padre sospechó alguna vez que papá había sido el ladrón.

–¡Quién sabe! –exclamó Myra encogiéndose de hombros–. Tuvo que sospechar algo. Lester siempre tuvo un lado oscuro. Creo que se casó conmigo porque le convenía.

–Estoy seguro de que robó ese collar para asegurarse un futuro.

–No tiene perdón lo que hizo, Ralph –repitió Myra–. ¿Qué pensará esa mujer de nosotros?

–¿A quién le importa? –gruño Ralph–. A pesar de lo que papá hizo, sólo consiguió una fortuna, y es nuestra, no de ella. No permitiré que se la quede.

–Quizá tenga algún derecho sobre las propiedades– dijo Myra–. Es horrible cómo su madre desapareció así de repente.

–Estoy seguro de que su madre simplemente se marchó. Puede que incluso se suicidara. ¿Quién sabe lo que pasó? Además, eso a nosotros no nos importa.

–Es nuestra prima, Ralph.

–¿Quién quiere una prima? –contestó él observando a su hermana con sus oscuros ojos–. Quizá tenga derecho a recibir algo, pero no todo lo que papá le ha dejado. Y menos después de la manera en que papá nos trataba. Debió de creer que era su modo de purgar sus pecados.

–¿A qué hora quiere Jude que nos reunamos? –preguntó Myra.

–A las diez de la mañana –respondió Ralph, y se giró hacia su hermana–. Por cierto, Melinda, no sé si sabes que Jude está muy pendiente de esa mujer.

–Es lógico.

–Por supuesto. Compara a esa mujer contigo. ¿Por qué iba a preferirte a ti teniendo en cuenta lo atractiva que es ella?

Myra aspiró profundamente.

–Ralph, eres muy cruel –dijo lentamente–. Eres igual que tu padre. He sido muy infeliz en la vida y siempre dejé que tu padre se saliera con la suya. Pero no estoy dispuesta a permitir que nos sigas tratando con tanto desprecio. Eso se ha acabado. Quiero que te vayas de esta casa.

–¿Me estás echando? –preguntó Ralph incrédulo.

–Si te soy sincera, me da igual lo que hagas a partir de ahora –contestó Myra tranquilamente–. Además, tu padre nos ha dejado a todos una buena cantidad con la que vivir sin preocupaciones.

Ralph se puso de pie bruscamente.

–No creas que voy a dejar que esto se quede así –dijo en tono amenazante–. Contrataré a los mejores abogados del país para que esa mujer no se quede con lo que es mío.

–Te arriesgas a perderlo todo –le recordó Melinda–. ¿Por qué no te casas con esa Amy Gibson? Llevas años aprovechándote de ella.

–Al menos tendré a alguien a mi lado. No como tú, que naciste para ser una solterona.

–No tienes de qué preocuparte –dijo Melinda relajadamente mientras su hermano salía furioso del comedor–. Mamá y yo tenemos grandes planes para cuando te vayas.

Jude llegó a las nueve y media a la galería para recoger a Cate y acudir juntos a la reunión en casa de los Rogan. Así podría hablar con ella a solas. La había telefoneado la noche anterior y le había explicado brevemente en qué consistiría la reunión.

A medianoche, subió a la buhardilla e hizo un descubrimiento que prefirió no haber hecho. En un viejo baúl encontró las cartas que su madre le envió desde su nueva casa de Connecticut.

¿Podría alguna vez recuperarse de aquella sorpresa? ¿Por qué su padre se lo había ocultado? Leyó una al azar, pero no pudo seguir leyendo las otras. Las primeras estaban fechadas a los pocos meses

de haberse marchado. Quizá su padre había temido que él decidiera marcharse a América en busca de su madre y lo dejara solo. Jude estaba sorprendido por el descubrimiento de tantos secretos en su vida.

Cate lo recibió en la puerta. Estaba elegantemente vestida con un traje de seda en color amarillo y sandalias de tacón alto, y llevaba el pelo recogido en un moño.

–Imagino que has leído detenidamente la carta de Lester Rogan.

–Por supuesto –dijo ella–. Se la enseñé a la señorita Forsyth. Vino ayer, nada más irte, y la leímos juntas.

–Los Rogan también la han leído. He hablado con la señora Rogan esta mañana y ella y Melinda están deseando conocerte. Son buenas personas. A pesar de todo el dinero que tenía Lester, no han llevado una vida fácil –le informó Jude–. Además, Myra ha tenido el coraje de pedirle a Ralph que abandone la casa. Serán más felices sin él.

–Me alegro. No sé si podría volver a ver a ese animal –dijo Cate–. De verdad que yo no quiero ese dinero.

Él se encogió de hombros.

–No creo que sea una buena idea dárselo a Ralph. Será mejor donarlo a alguna fundación de caridad. Aunque recuerda que Lester lo que quería de alguna forma era tu perdón.

–Más bien el de la familia de mi padre.

–Bueno, vayámonos y averigüemos lo que tienen que decir los Rogan. Te aconsejo que no tomes una decisión precipitada. Ahora eres muy vulnerable, después de tantas sorpresas.

–Siento lo de ayer –susurró Cate.

–Yo también –dijo Jude–. ¿Nos vamos?

Myra, con mejor aspecto del que tenía últimamente, los recibió en la puerta.

–Bienvenida, querida –dijo mirando con cariño a Cate.

Aquellas palabras fueron suficientes para romper el hielo. De manera espontánea, ambas mujeres se acercaron y se saludaron con un beso en la mejilla.

–Por favor, pasad al salón.

Melinda se levantó de la butaca donde estaba sentada para saludarlos con una gran sonrisa. Al cabo de unos instantes, Ralph también se puso de pie.

El camino de regreso a casa lo hicieron en completo silencio. Ambos sentían que ya habían hablado demasiado. Cate no dijo nada cuando Jude le propuso regresar a su casa en lugar de a la galería. Aquello era una buena señal, pensó él.

–Lo has hecho muy bien, Cate –dijo nada más atravesar la puerta de su casa–. No era fácil en tu situación. Y parece que todos han quedado contentos. Incluso Ralph.

–No me interesan los negocios inmobiliarios –comentó Cate–. Tenías razón respecto a Myra y Melinda: son muy agradables. Nunca imaginé que me aceptarían tan rápidamente.

–¿Por qué no? Por cierto, que apenas te llevó unos minutos tranquilizar a Ralph.

–Tan sólo quería ser justa con él –admitió Cate.

–Lo sé.

–Cuando todo esto esté zanjado, voy a localizar a la familia de mi padre y a aclarar el malentendido. Aprovecharé para compensarles por la pérdida del collar.

–También es tu familia, Cate.

–Sí, pero apartaron a mi padre de su vida y nunca se preocuparon por él. No sé si les podré perdonar lo que le hicieron.

–No tenemos certeza de que eso fuera así –dijo Jude–. Yo estaba totalmente convencido de que mi madre me abandonó, pero estaba equivocado. Anoche encontré unas cartas que me han dejado impresionado. Pero antes, déjame que te diga que Poppy Gooding no significa nada para mí –añadió mirándola con sus intensos ojos azules. Deseaba besarla, pero no quería hacer nada contra su voluntad–. Quiero que sepas que no habría podido hacerte el amor como lo hice, si hubiera estado enamorado de otra mujer.

Cate se sonrojó y lo abrazó.

–Siento haber dudado de ti, Jude –respondió con voz temblorosa–. Háblame de esas cartas.

–Las escribió mi madre para mí.

Cate lo miró sorprendida y sintió un escalofrío.

–¿Tu padre nunca te las enseñó?

–No –respondió él con tono apesadumbrado. Era evidente que Jude se sentía traicionado–. Anoche sólo leí una. Me quedé impactado y no pude continuar leyendo las otras. Espero poder hacerlo hoy. Tengo que tomar algunas decisiones. Mi madre

confiaba en que me pusiera en contacto con ella.

–Es comprensible que tu padre tuviera miedo de perderte a ti también.

–Yo no lo hubiera abandonado. Sé lo mucho que sufrió cuando mi madre se fue, pero me hubiera gustado mantener el contacto con ella. Incluso la habría ido a visitar en alguna ocasión. La quería mucho. Nos hizo mucho daño cuando se fue.

–Pero todavía estás a tiempo. Puedes intentar localizarla y explicarle por qué nunca recibiste sus cartas. Al menos, ahora podrás dar con ella.

–Lo siento, Cate –dijo Jude–. Estoy seguro de que algún día la desaparición de tu madre se aclarará. La policía nunca cierra ese tipo de casos. Probablemente sospecharon de tu padrastro, pero no encontraron pruebas suficientes para presentar cargos. Además, deberías contarles que te acosaba sexualmente. Si ese hombre tuvo algo que ver con la desaparición, el día menos pensado cometerá un error.

–Estoy segura de que la mató –dijo Cate con tristeza–. Jude, ¿no crees que todo esto que está pasando es una señal que nos envían nuestros padres?

–Todo es posible. He de admitir que hay algunas cosas que son muy extrañas –contestó acariciando la mejilla de Cate–. Me he dado cuenta de que te necesito –añadió abrazándola–. Estás muy guapa con ese vestido. Espero que sea fácil de quitar.

–Estoy segura de que sabrás hacerlo.

Jude la miró intensamente y su expresión se volvió seria.

–Contigo me siento completo. Nunca antes me había sentido así. Y no quiero que discutamos nunca más.

–Entonces, será mejor que empecemos de nuevo –sugirió ella.

–¿Por qué empezar otra vez cuando te amo desde el primer momento en que te vi? Quiero que estemos juntos para siempre. Nunca creí que diría esto, pero estoy seguro de que he encontrado a mi alma gemela. ¿Quieres casarte conmigo?

–Sabes que sí.

–Cariño… –dijo Jude, y se inclinó a besarla–. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Voy a dejar de trabajar en el despacho de Gooding y a abrir mi propia oficina. No quiero volver a dejar esta casa, quiero que compartamos en ella alegrías y penas. La vida es muy triste sin una compañera.

–Nos necesitamos el uno al otro –dijo Cate.

–¿Quieres que te lleve arriba en brazos? –dijo Jude mirándola con ojos llenos de deseo.

–Nada me gustaría más –respondió Cate dulcemente.

Una nueva vida se abría para ella y estaba llena de felicidad.